



EL ARREBATO DE LAS GOLONDRINAS



JOSEP CAPSIR

EL ARREBATO DE LAS GOLONDRINAS

JOSEP CAPSIR

A mi familia, por vuestro apoyo incondicional.

A mis lectores, con toda mi gratitud.

Y para aquellos seres queridos que ya no tendrán oportunidad de leer este libro.

Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie.
– La Biblia, Éxodo.

CAPÍTULO 1

La habitación 306 del Hostal Roma era vieja, olía a humedad y la limpieza era más que cuestionable. El suelo, enmoquetado al más puro estilo londinense, presentaba unas manchas blanquecinas de las que ni me planteé imaginar su origen y antigüedad; los muebles habían sido tendencia a principios de los ochenta y la decoración parecía sacada de una novela costumbrista. Era un verdadero desastre.

Estuve trabajando de ingeniero electrónico en una multinacional alemana durante más de quince años y, en todo ese tiempo, tuve la oportunidad de visitar muchos países, algunos de ellos del norte de África. Me hospedé en todo tipo de hoteles, desde alojamientos de cinco estrellas a hostales de mala muerte. En una ocasión tuve que pasar una noche en un tugurio cochambroso de Cracovia. Daba tanto asco que dormí vestido, o mejor dicho, no dormí nada; solo permanecí tumbado, limitando mis movimientos a los de una momia, hasta que amaneció. Ese alojamiento seguirá siendo mi experiencia hotelera más horrible, pero la habitación 306 del Hostal Roma pasaba a ser la segunda peor con todo orden de méritos.

Con motivo de la Feria del Libro de Madrid, la editorial me había buscado un lugar para dormir en la zona de Legazpi, a una hora en transporte público del centro de Madrid, lo que ya de por sí era un despropósito, pero como pagaban ellos, no podía protestar demasiado, ni siquiera por el pésimo estado de la habitación. Eso sí, cuando regresase a Barcelona se la dejaría caer a Juan Carlos, mi editor. Era el primer año que accedía a asistir y lo hice medio obligado por las circunstancias y sobre todo, por una de las cláusulas del contrato. No me hacía gracia volver a Madrid, ese era el escenario donde comenzó mi infierno.

Mi vida cambió por completo diecisiete años antes, una noche de abril, en pleno centro. Yo llevaba puestas un par de copas, que quizás eran cinco y Clara también había bebido unas cuantas, tal vez menos que yo. Regresábamos a nuestro hotel después de asistir a una fiesta privada para ejecutivos de la empresa que terminó en la Joy Eslava y que se alargó hasta las tantas. Salimos de allí a eso de las cuatro y media, muertos de sueño, con dolor de cabeza y

unas ganas locas de llegar a nuestro hotel. No estaba demasiado lejos de donde nos encontrábamos, teníamos veinte minutos de paseo, aunque estábamos tan cansados que decidimos coger un taxi y ahorrarnos la caminata. Pero habíamos quemado todo el efectivo en la barra de la discoteca, así que nos acercamos hasta un cajero automático para sacar algo de pasta.

Y allí empezó todo.

No vimos como se acercaba hacia nosotros, ni siquiera nos dimos cuenta de que se situaba a nuestras espaldas. Fue al darnos la vuelta, con los billetes aún en la mano cuando nos lo encontramos de frente, mirándonos fijamente. Clara guardó el dinero al instante en el bolsillo de su chaqueta, me agarró del brazo y tiró de mí para empezar a andar calle abajo. Él dijo algo que no entendí y, estúpido de mí, en lugar de obedecer a mi mujer y acelerar el paso me quedé allí, preguntándole al tipo qué había dicho.

—Tengo una navaja —repitió.

Esta vez lo escuché perfectamente. De manera instintiva, lo primero que hice fue echar un vistazo a sus manos: la izquierda, agarrando el hombro de Clara y la derecha hundida en el bolsillo de su pantalón. Tardé unos instantes en procesar lo que estaba ocurriendo, un lapso de apenas dos segundos que no fueron suficientes para tomar una decisión acertada. Creí que iba de farol, que era un *yonqui* de media hostia y que ni siquiera llevaba encima una navaja. Subestimé el peligro, posiblemente por la euforia que me otorgaban los cinco cubatas e hice lo contrario a lo que hay que hacer en este tipo de situaciones. Lo aparté de malas maneras.

—Esfúmate, colgado.

El sonrió y, acto seguido, me devolvió el empujón. Tan fuerte e inesperado fue que me trastabillé y caí hacia atrás, impactando mi cabeza con el cajero automático y perdiendo de vista durante un par de segundos al atracador. Cuando conseguí ponerme en pie, el hombre tenía a Clara retenida, rodeando su cuello desde su espalda y con un cuchillo demasiado cerca de su cara. La zarandeaba mientras le exigía que le diese el dinero que se había guardado en el bolsillo.

—¡Eh! Tranquilo, chaval —le dije con mis manos en alto.

Él esgrimió su arma hacia mí sin borrar esa horrible sonrisa para coartarme de cualquier acercamiento y luego volvió a dirigirlo hacia la cara de Clara, que se apresuraba a sacar el dinero del bolsillo de su chaqueta.

Podía sentir los latidos de mi corazón martilleando todo mi cuerpo, me temblaban las piernas y apenas tenía aliento para tratar de calmar al atracador.

Me mantuve a un par de metros de él, aún con las manos levantadas, tratando de no empeorar la situación con otro de mis arranques de coraje y me quedé más tranquilo cuando se separó de ella en cuanto tuvo en sus manos las treinta mil pesetas que acabábamos de sacar.

Entonces se dirigió hacia mí, esta vez sin sonreír, con una expresión de furia que asustaba.

—¡Tu cartera!

Obedecí sin pestañear y se la entregué.

Ya con su botín, el yonqui pareció estar conforme y nos dedicó de nuevo esa sonrisa diabólica, se guardó mi cartera en el bolsillo de su pantalón e introdujo el bolso bajo su sudadera, luego dio media vuelta y echó un vistazo a lado y lado de la calle para cruzarla.

Todo tendría que haber acabado aquí, en un susto y una experiencia desagradable, pero Clara enloqueció de pronto, supongo que afloró la rabia y el pavor que hasta ese momento había contenido. Y empezó a gritar...

—¡Hijo de puta! ¡Policía!

El tipo se giró hacia ella.

—¡Cállate, zorra!

Y Clara gritó socorro. Y no debió hacerlo.

Apenas tuve tiempo de reaccionar cuando él se abalanzó sobre ella y empezó a darle, lo que creí que eran puñetazos en el estómago, entonces lo agarré por la espalda para apartarlo y él se revolvió hacia mí. Noté como el filo de su navaja se hendía en la palma de mi mano y luego en un costado. Caí al suelo, totalmente consciente de lo que estaba ocurriendo, viviendo mi muerte.

No teniendo bastante con los dos pinchazos, vino hacia mí para rematar la faena y yo traté de defenderme pataleando, mientras notaba otras nuevas incisiones en las piernas. Recuerdo que grité socorro varias veces antes de recibir una brutal patada en la cara.

Después de ese golpe quedé aturdido y le perdí de vista. Inerte en el suelo, cerré los ojos y me di por vencido, a la espera de recibir una última estocada. Pero no la hubo. Entre la confusión escuché el sonido de sirenas y gritos de algún trasnochado que acababa de presenciar el atraco. Entonces abrí los ojos y busqué a Clara. El cielo se teñía intermitentemente de azul y entre destello y destello la vi tumbada boca abajo junto a un coche. Estaba inmóvil, en una posición extraña, con las piernas arqueadas y los brazos extendidos por encima de su cabeza.

Balbuocé su nombre antes de perder el sentido.

Volví en sí instantes más tarde, no sé con exactitud cuánto tiempo había pasado, supongo que un minuto o dos, o quizás tres; pero no mucho más. Un policía trataba de colocarme en posición de seguridad mientras otro taponaba la herida del costado.

—Mi mujer está allí —pude decir, tratando de incorporarme.

—Tranquilo —me calmó el que me sujetaba—. La estamos atendiendo.

El tiempo que transcurrió hasta que llegaron las ambulancias fue muy confuso, mis recuerdos siempre se me aturullan. Creo que me desvanecí varias veces y solo la inquietud por saber cómo estaba Clara me resucitaba tras cada desfallecimiento.

El equipo del S.A.M.U.R. consiguió detener la hemorragia del vientre y luego hicieron lo propio con la herida de la mano, que era la que más dolor me producía. Luego, mientras me tomaban la tensión y me inyectaban algo que deduje era algún analgésico o quizás un sedante, mi mirada se dirigió hacia la posición de Clara. Y entonces se me cayó el mundo encima. Su cuerpo estaba cubierto por completo por una manta térmica reflectante y pensé en lo peor.

—¡Clara!

Entre la gente que se paraba a curiosear tras el improvisado cinturón policial, adiviné a ver una cámara de televisión y a un reportero que entrevistaba a los testigos. La emisora del coche de la Policía Nacional emitía pitidos y melodías abruptas antes y después de barbotar códigos de comunicación incomprensibles para mí, que se alternaban con los del S.A.M.U.R. Poco comprendí de todo lo que entre ellos hablaban, pero me incorporé como impulsado por un chute de adrenalina cuando escuché «hemos interceptado al sospechoso». Me levanté de la camilla en un estado temporalmente indoloro y fui hacia Clara, que seguía allí, en el suelo, inmóvil y totalmente cubierta. Nadie la atendía y comprendí que esa falta de asistencia significaba que nada se podía hacer por ella.

Fue en ese instante cuando pude ver como dos agentes conducían a empellones al atracador, esposado por la espalda, hacia uno de los coches zeta. Un tercer agente llevaba en sus manos el bolso de Clara mientras trataba de disuadir al cámara de la televisión para que no tomara imágenes del escenario de los hechos.

Al ver al asesino de Clara me volví loco. Mi enajenación era tal que fui en dirección a él sin sentir dolor ni miedo. Por el camino me hice con la barandilla de una camilla móvil y se la lancé, pero ni siquiera llegué a

alcanzarle. Casi al instante, sin tiempo de una segunda tentativa, uno de los policías me redujo agarrándome de los brazos y obligándome a ponerme de rodillas. En ese momento todas mis heridas volvieron a dolerme y me sentí incapaz de ni siquiera sostenerme en esa posición. Entonces grité, sacando por la boca toda mi ira.

—¡Hijo de puta! Te mataré. Reza para que entres en la cárcel y no pueda ir a por ti, y reza también para que estés allí muchos años, porque cuando salgas estaré esperándote. ¡Estás muerto!

No recuerdo mucho más después de esto. Me subieron a la ambulancia y supongo que me dieron alguna medicación relajante, puesto que el siguiente recuerdo fue en el hospital, tumbado en una cama de planta.

En cuanto abrí los ojos se me acercó un hombre de mediana edad, de complexión fuerte, alto y con cara de pocos amigos, que sin embargo me ofreció algo parecido a una sonrisa. Se identificó como Alejandro García, subinspector de la Policía Nacional y me preguntó si me encontraba bien y yo asentí mientras trataba de recordar lo que había sucedido. Estuvimos charlando unos minutos, él me explicó que Clara había fallecido y que el asesino ya estaba en comisaría. Me aseguró que ese capullo se podría en la cárcel, y lo hizo con estas palabras exactas.

En ese momento entró una enfermera con una bandeja metálica entre sus manos que contenía material para hacer curas. También me regaló una sonrisa, que me pareció más sincera y menos forzada que la del subinspector, luego me quitó el vendaje que llevaba en la mano y me limpió la herida, le puso algo de yodo y la volvió a vendar. Me sorprendió ver que el corte era largo, de lado a lado de la palma, pero poco profundo; mucho menos que cuando noté el desgarró. Después curó también la herida del costado, que, a decir verdad, apenas me dolía.

—Has tenido suerte.

—Suerte... —dije entre dientes.

La palabra suerte me sonaba a ironía, o incluso a insulto; pero me pareció injusto desatar mis iras hacia una muchacha que no tenía la culpa de nada y que solo trataba de animarme.

—La incisión ha sido limpia y no ha tocado ningún órgano. Eso sí, tienes un buen cosido... doce puntos—continuó explicando ella.

Me limité a asentir mientras mi mirada se perdía en algún lugar inconcreto del paisaje que dejaba ver la ventana. Estaba amaneciendo un nuevo día, gris y nublado, como si fuese un reflejo de mi estado de ánimo. Sentía rabia, tristeza

e impotencia. Y entonces me puse a llorar. Pensé en Lucas, nuestro hijo, y se me cayó el mundo encima solo de imaginar su reacción cuando le contase que su madre había muerto. Y luego pensé en mis suegros y me vi incapaz de llamarles para darles la terrible noticia. Entonces sentí odio, un odio inmenso hacia el individuo que había truncado la vida de toda una familia y me juré a mí mismo que lo mataría.

La policía se encargó de informar a mis suegros de lo sucedido y me sentí aliviado por ello. Yo apenas tuve fuerzas para hablar con mi hermana, a quien le pedí que se lo dijera a mi madre y a algunos amigos en común, que al poco tiempo empezaron a enviarme mensajes al móvil o a llamarme, mas no atendí a ninguna de esas llamadas. Solo podía pensar en Lucas y se me partía el alma por él. Solo tenía cuatro años.

Los días siguientes fueron terribles. Me dieron de alta a la mañana siguiente y como si fuera un títere, me fui hasta una funeraria de las afueras con mi suegro, que acababa de llegar de Barcelona. Él también quería matar al asesino de su hija y eso me hizo sentir aliviado, por compartir con él un pensamiento de venganza más poderoso que mis convicciones. El agente de la funeraria que nos atendió nos explicó que cuando la muerte se produce por circunstancias violentas todo se alargaba un poco más. Me explicaba que a Clara tenían que hacerle una autopsia y entonces mi moral volvió a desplomarse. Me la imaginé diseccionada, con cortes e incisiones por todo el cuerpo, como si ya no la hubiese rebanado suficiente el hijo de puta.

Tuvimos que comparecer en el juzgado para solicitar la incineración, pero el juez no accedió a ello y solo nos permitieron trasladarla a Barcelona, eso sí, dos días más tarde, hasta que no hubo un informe de autopsia. Tres días estuvo Clara en una nevera de las dependencias forenses. Pero no acabó aquí el suplicio, para poderla trasladar en avión tuvieron que embalsamarla y eso todavía hizo que nuestra marcha de Madrid se retrasase veinticuatro horas más.

Por si no fuera poco, todos los informativos abrieron sus programas con imágenes de lo sucedido, con primeros planos del cuerpo de Clara cubierto con la manta térmica reflectante, con la imagen del asesino entrando en el coche zeta y la de un marido malherido que juraba venganza. Desconozco cómo averiguaron mi teléfono, pero recibí más de diez llamadas de cadenas de televisión y de emisoras de radio que ni pude ni quise atender. Ni siquiera tenía arrestos de contestar a los mensajes de nuestros amigos.

Ya en Barcelona, no quisimos demorar mucho su entierro. Yo estaba

agotado, pero debíamos despedirla como Dios manda. La estancia en el tanatorio fue un suplicio, no quería ver ni hablar con nadie, pero tuve que atender a familiares y amigos que pretendían darme todo su calor y su cariño, y es que a cada beso y a cada abrazo se me desgarraba el corazón. Y yo solo quería que acabase esa pesadilla de una vez por todas y regresar a casa.

La inhumamos esa misma tarde.

Pero la pesadilla no acabó después de su entierro, me ha acompañado durante los últimos diecisiete años.

CAPÍTULO 2

Intenté hacer una lectura positiva del regreso a la ciudad que significó el principio del fin de mi vida. Los diferentes psicólogos y psiquiatras que me habían tratado durante todos esos años me lo habían aconsejado en más de una ocasión, que sería bueno para mí enfrentarme a ello, volver a Madrid y comprobar por mí mismo que estar cerca del lugar de los hechos era una manera de cerrar definitivamente mis miedos y mis obsesiones. Y posiblemente tenían razón. No sentía miedo, pero estaba nervioso, como movido por una inquietud inefable que me atenazaba. En el fondo, no me apetecía estar demasiado tiempo en la capital. Pasaría los dos días con los que me había comprometido con la editorial y me largaría a casa, seguramente para no volver nunca más.

La primera noche en el Hostal Roma fue mejor de lo que creía. Me tomé el somnífero después de cenar y me quedé dormido viendo un partido de baloncesto femenino que estaban emitiendo en diferido. Debería ser medianoche, o quizás la una. Y me desperté sobre las seis, bastante despejado y con un espíritu optimista que me sorprendió a mí mismo. Por extraño que pareciese, me sentía bien y con ganas de salir a la calle.

Después de una ducha generosa en agua caliente y un desayuno escaso en hidratos y abusivo en cafeína, tomé un taxi y me fui hacia el parque de El Retiro, donde se inauguraba ese día la Feria del Libro. Tenía sesión de firmas en varias casetas por la mañana, una a las once, con la editorial y la otra a las doce, para una librería de las más conocidas de Madrid; luego tenía cinco horas de recreo antes de mi último evento del día, en la caseta del distribuidor. Cuando llegué al recinto ferial apenas habían abierto media docena de puestos, así que decidí darme una vuelta por el parque mientras hacía tiempo.

Pasear me daba pánico, quizás porque al hacerlo, a mi cabeza le daba por pensar y a darle vueltas a todos mis problemas y, estando en Madrid, corría el peligro de entrar en paranoia. Quizás por eso me detuve junto a un foso de petanca, donde cinco o seis jubilados se divertían dándole al boliche. Estuve allí un buen rato, incluso intercambié algunas palabras con ellos para tener mi mente distraída en otras cosas. Y fue una sabia decisión, porque el tiempo me

pasó volando.

Las sesiones de firmas fueron medianamente productivas, más de lo que esperaba; de hecho me sorprendió tener a tantos lectores fieles lejos de casa. Uno de ellos había venido desde Toledo a propósito, solo para que le dedicase y le firmase la última novela y no se fue de allí hasta que consiguió que nos tomásemos una foto juntos. Otra chica, muy vergonzosa, se me lanzó al cuello y me dio un abrazo tan efusivo como inesperado.

Como todos esos días que no haces nada en especial pero que te pasas el día fuera de casa, previa cena con mi editor y con una chica de la empresa distribuidora de la cual no me acordaba de su nombre, regresé al Hostal Roma a las tantas y completamente agotado. La habitación estaba, si cabe, peor que la noche anterior. Creo que solo habían hecho la cama y cambiado las toallas. Con el barrer y el quitar el polvo, en ese tugurio tenían un grave problema. En la papelería todavía estaban las etiquetas de los pantalones que había estrenado por la mañana y la cajetilla de chicles que había tirado antes de salir. Un desastre...

Me puse el pijama y me tumbé en la cama con la esperanza de que el sueño se apiadase de mi tedio y me recogiese en su regazo más pronto que tarde; además, la noche antes me había tomado el último somnífero que me había traído a Madrid y debía dormirme por el método tradicional, que no siempre funcionaba. Puse la tele un rato y traté de sintonizar el canal más aburrido que encontrase, no fuera que pillase una película de las buenas y me diesen las tantas sin dormir. En TeleMadrid estaban haciendo una tertulia que me pareció lo suficientemente tediosa, creo que hablaban de la gestión de recogida de residuos de la Comunidad de Madrid y lo hacían animadamente, como si ese fuese un tema apasionante. Intercalaban la charla con pequeños reportajes de corte social, de inmigrantes llegados a España sin papeles, de jubilados con pagas precarias que subsistían como podían y de madres solteras que ejercían de heroínas para sacar a sus hijos adelante. Un programa apasionante que prometía ser el somnífero perfecto.

La intervención de una abogada de discurso feminista y tono cansino había conseguido relajarme lo suficiente y mis ojos empezaban a cerrarse, pero de pronto, algo hizo que los abriese de nuevo y me incorporase como impulsado por un resorte. Escuché un nombre y por un momento creí que solo había sido un episodio de mi primer sueño, pero fue entonces cuando lo vi a él en la pantalla. El programa abordaba la reinserción social de los presos y una periodista entrevistaba a diferentes ex convictos para conocer sus casos

particulares. Había chorizos, estafadores y camellos de poca monta, todos ellos demacrados por las drogas o por el simple tránsito carcelario. También explicaba su testimonio un asesino llamado Mario Carrasco, el hijo de puta que mató a Clara.

No podía creer lo que estaba viendo, estaba allí, en la calle, delante de su casa, en mitad del barrio de Vallecas, explicando lo injusta que es la sociedad porque su condición le impedía encontrar un trabajo digno y lamentándose por tener que vivir de la ayuda de los vecinos y de Cáritas, que le daban comida y alguna ayuda económica para sobrevivir. Un empleado de la pizzería de al lado explicaba que, de vez en cuando, le daban alguna pizza y apelaba a la caridad de la gente para ayudar a las personas con exclusión social. La voz en off del programa se refería a esa injusticia y animaba a los televidentes a ofrecerle un trabajo a esta gente y a no discriminarlos por haber cometido algunos errores en su vida.

La consternación se apoderó de mí. Era él y estaba fuera de la cárcel...

Y lo que escuchaba de boca de los periodistas me hacía hervir la sangre, era indignante. Noté como mis pulsaciones se aceleraban y como un sudor frío recorría mi espinaza como una culebra. Al escuchar de nuevo su voz volvió a mí ese odio irracional que tantos años me costó contener y mis fantasmas aparecieron de nuevo en mi atormentada mente. Pasaron por ella las imágenes de Clara tendida en el suelo, cubierta con la manta reflectante, recuerdos del tanatorio, los lloros de Lucas cada vez que preguntaba por su madre y muchos otros episodios vividos durante los últimos diecisiete años.

Tuve arcadas.

Marcos Carrasco explicaba su caso ante las cámaras, alegando estar ese día fuera de control por culpa de las drogas, eso sí, sin mostrar arrepentimiento por su crimen. Su discurso era un vómito de reproches hacia la sociedad y el sistema, un lamento victimista de lo dura que era la vida y lo difícil que era sacarse de encima el estigma carcelario.

—Hijo de puta...

En ese momento recordé aquel juramento que me hice a mí mismo en la cama del hospital y también de las únicas palabras que pude decirle a la cara al asesino de mi mujer. Juré acabar con él.

En mi cabeza se aturullaba todo: el odio, la rabia y la impotencia. Cogí la almohada y traté de desahogarme con ella, aporreando las paredes, el armario y la lámpara de la mesita de noche, que cayó al suelo con estrépito, haciéndose añicos. Estaba fuera de sí. Desenchufé el televisor de un tirón de

cable para dejar de oírle y aporreé el colchón mientras me saltaban las lágrimas. Entonces traté de hacer los ejercicios de relajación que me enseñaron en las sesiones psiquiátricas para controlar mis ataques de ansiedad; cerré los ojos, extendí mis brazos en posición de meditación y respiré hondo media docena de veces, expulsando el aire por la boca.

Y conseguí tranquilizarme.

Esa noche no dormí. Me la pasé tumbado, con la mirada perdida en el techo y tramando cómo cargarme al hijo de puta. La Justicia me había defraudado y solo había una manera de reparar esa fisura del sistema, y se llamaba venganza. No paraba de preguntarme cómo era posible que un asesino no estuviese en la cárcel diecisiete años después de cometer un crimen y que encima lo trataran como a una víctima en un canal de televisión. Me lo imaginaba delante de mí, suplicándome clemencia mientras yo le apuntaba con una pistola en la cabeza y entonces yo apretaba el gatillo. ¡Bang! Y él desaparecía de mi vida para siempre. Y con él mi tormento, mi rabia, mi odio y mi impotencia.

—Hijo de puta —no paraba decir.

Al amanecer me sentía más calmado. Había conseguido canalizar la rabia con el paso de las horas mientras mi mente diseñaba medio millar de maneras de asesinar a alguien. Pero solo una cosa me detenía a hacerlo: Lucas. Matarle significaba ir a la cárcel unos cuantos años, al menos dieciséis o diecisiete, si es que no cambiaba el código penal, pero eso era otro golpe más para mi hijo, aunque él ya era mayor de edad y maduro; con la cabeza bien amueblada y sin traumas. Confié que sabría entenderlo y que mi encarcelación no le supondría un trastorno demasiado severo. Eché cuentas de todo ello y, la verdad, merecía la pena hacerlo. Además, dicen que allí dentro el tiempo se hace eterno y tendría todas las horas del mundo para dedicarlas a mi gran pasión: escribir novelas policíacas.

La escritura se había convertido en mi válvula de escape. Empecé a hacerlo cinco años después de la tragedia por recomendación de mi psiquiatra y, la verdad es que reconozco que siempre ha sido bastante terapéutico. Al principio escribía desde las tripas, relatos cortos que me ayudaban a canalizar mis problemas, alguna poesía de rima libre o reflexiones personales disfrazadas de ficción; pero con el tiempo le cogí el gusanillo a la literatura y empecé a escribir novela policíaca. El éxito me pilló por sorpresa cuando una editorial apostó por mi segunda novela y se convirtió en uno de los libros de ficción más vendidos del 2007. A partir de ese momento, hice de una afición

una fuente de ingresos que me ayudaron a sobrevivir.

Me fui del hotel a las nueve de la mañana, después de rellenar con toda la literatura que pude la hoja de reclamaciones por el lamentable estado de la habitación, dejé la maleta en consigna y me fui a desayunar al bar de la esquina. Comí como un marqués, con bocadillo de calamares incluido y un café con leche del tamaño de un barreño. Iba a pagar cuando me sonó el teléfono. Era Lucas. Me preguntaba cómo me había ido, si estaba bien y si había firmado muchos libros. Y yo, para no preocuparle, evité contarle nada de lo que había salido por televisión, me limité a decirle que estaba muy bien, que había firmado muchísimos libros en la Feria y que esa misma noche estaría de regreso a casa.

Todavía no había guardado el teléfono en el bolsillo cuando éste volvió a sonar. Esta vez era mi madre. Me daba pereza contestar, pero la mujer estaba preocupada por mí; le dije que la llamaría a mi llegada a Madrid y se me había pasado por completo. La despaché rápido, alegando que estaba a punto de llegar a la Feria y que me estaban esperando, le mandé besos y colgué. Luego me supo mal haber sido tan áspero con ella y me prometí llamarla tranquilamente desde casa en cuanto regresase. Acto seguido apagué mi teléfono, no tenía demasiadas ganas de hablar con nadie; además quería visitar un sitio antes de ir a la Feria.

No soporto el transporte subterráneo, me asfixia y me mareo. Es otro de los miedos que he ido adquiriendo durante los últimos años, así que me decidí a ir hasta Vallecas dando un paseo. Quería localizar el domicilio de Mario y encontrarme cara a cara con él. No tenía trazado plan alguno, ni llevaba encima ningún arma, incluso tampoco tenía el suficiente odio instalado en mi cuerpo en ese momento para cargármelo a puñetazos. Mi visita obedecía más a un ejercicio de curiosidad que a la ejecución de una venganza.

No me costó demasiado encontrar su casa, solo tuve que preguntar por la pizzería que había en el bloque de al lado; de hecho, a la media hora de llegar a Vallecas me encontraba allí, delante de un interfono que me invitaba a entrar. Y entonces pulsé uno de los botones al azar.

Contestó una señora.

—Correo comercial —se me ocurrió decir.

El mecanismo de la puerta hizo un chasquido y se abrió.

Ya en el interior del portal, sin saber exactamente qué hacer, se me ocurrió buscar el piso de Mario en los buzones y “et voilà”: En el tercero segunda. Me senté en la escalinata del primer rellano y me quedé allí un buen rato, tentado

de subir y llamar a la puerta y luego matarle. No sabría decir qué me detuvo a hacerlo, quizás el miedo o posiblemente lo improvisado que era todo.

Durante el resto del día atendí mis compromisos profesionales, un par de horas en la Feria firmando libros con una cara de perro que ni los más entusiastas lectores consiguieron borrar y la comida de despedida con mi editor, que terminó con varios chupitos de orujo de hierbas y un whisky sin hielo que me dejaron a gusto durante el resto del día.

Cuando el AVE arrancó de la estación de Atocha pude ver como el día se desvanecía sobre Madrid. Me preguntaba si sería la última vez que visitaba esa ciudad y desconocía la respuesta. Lo único que sabía era que si regresaba era para asesinar a Mario Carrasco.

CAPÍTULO 3

Dos días más tarde, la sed de venganza se había apaciguado. Sin dejar de pensar en ello y montar en cólera cada vez que recordaba que el hijo de puta estaba en la calle, traté de hacer borrón y cuenta nueva; de olvidarme de él y tratar de vivir en paz el resto de mi vida. Pero no era fácil... Me costaba concentrarme. Me ponía delante del ordenador y mi escritura no fluía, desechaba fragmentos o eliminaba capítulos enteros. Además, desde hacía unas semanas, unas simpáticas golondrinas habían anidado en la azotea de mi casa y los arrebatos histéricos que me dedicaban cada tarde me desconcentraban, además de crispar mis nervios.

A Lucas casi no le veía el pelo, el niño se había echado novia hacía unas semanas y solo pasaba por casa para ducharse, cambiarse de ropa y vaciarme la nevera. Eso hacía que estuviese muchas horas solo, con lo que eso implicaba: comerme el coco y desarrollar pensamientos paranoicos que no me hacían ningún bien. Quizás por eso fui a cenar varias veces a casa de mi madre, que confundida por esa inusitada asiduidad, me preguntó si todo iba bien. Y pese a estar tentado de explicarle lo que ocurrió en Madrid, decidí no hacerlo para no reabrir una herida que ella sí había cerrado desde hacía tiempo.

El insomnio hacía de las suyas y los somníferos no hacían el efecto habitual, lo que me hizo pensar que algo me estaba ocurriendo. Los ataques de ansiedad que hacía más de diez años que no sufría volvieron a manifestarse en forma de mareos y de opresión en el pecho, además, no me apetecía hacer nada en casa y los platos sucios se me apilaban en la encimera y la ropa se quedaba tendida durante días. Solo tenía ganas de mirar películas y programas de entretenimiento.

Sabía que volver a visitar psicólogos era dar un paso atrás, pero era la única manera de volver a la senda de la normalidad y eso conllevaba explicarles cuál había sido el detonante de la recaída y adminir los pensamientos oscuros que de vez en cuando rondaban por mi cabeza. Pensé que, a pesar de ser lo preceptivo, no era buena idea. Con el tiempo había aprendido a conocerme mejor y estaba convencido que sería capaz de controlar y regular mis traumas sin la ayuda de pastillas, ni de divanes, ni de

batas blancas.

Escruté mi alrededor, el caos de ropa apelotonada, de platos sin fregar, de polvo en los muebles y de sábanas sucias. Debía dar un giro a ese desastre doméstico que era un reflejo de mi desastre anímico.

Después de este propósito para salir del bache por mí mismo, me levanté con las pilas puestas, puse tres lavadoras y limpié la casa de arriba abajo. Compré plantas y flores para la terraza y quemé incienso para aromatizar todas las estancias. Por la noche estaba hecho polvo por el tute de todo el día, pero me acosté sin pastilla, eufórico y satisfecho por mi cambio de actitud; además, tanta actividad mantenía mi mente ocupada y casi no pensé en Mario Carrasco durante toda la jornada. Me dormí casi al instante con el convencimiento de que estaba en el camino correcto para reconducir mi vida.

Pero las buenas intenciones duraron dos o tres días. Con la casa inmaculada y toda la ropa planchada y guardada, el trastorno obsesivo compulsivo por el orden y la limpieza se fue apaciguando y mi mente volvió a transitar por recuerdos tristes y pensamientos oscuros. Tras dos días sin escribir ni una sola palabra, al tercero, después de comer me puse delante del ordenador y empecé una nueva novela. Pensé que sería bueno escribir algo diferente, donde los sentimientos fuesen el hilo conductor de la trama para así canalizar toda mi mierda a través de las palabras. Y empecé con una soltura poco habitual, escribiendo con una narrativa ágil y veloz, hasta que introduje a la chica que le rompía el corazón al protagonista. Quería alejarme de la influencia de Clara, fuente de inspiración de casi todos mis personajes femeninos y construir a una joven malvada y egoísta; que resultase odiosa a ojos de los lectores.

Y me quedé bloqueado frente a la pantalla, con los dedos inertes sobre el teclado. De vez en cuando escribía un párrafo sin demasiado convencimiento, para luego borrarlo por completo. Mientras, como música de fondo, escuchaba el arrebato de las golondrinas que esa tarde parecían haber enloquecido. Abrí la ventana y las observé mientras danzaban como un escuadrón, elegantes y precisas, enfundadas en su frac negro, de este a oeste... Para no escuchar el alboroto puse un poco de música clásica de fondo, hice unas cuantas respiraciones para relajarme y volví a sentarme frente al ordenador.

Pero el trisar de las aves cada vez era más escandaloso e impertinente. Noté como mis mandíbulas se tensaban y mi corazón se aceleraba. Me estaban sacando de mis casillas. Por su culpa no podía escribir y mis pensamientos volvían a coger el Puente Aéreo.

—Hijo de puta...

Apagué la radio y encendí el televisor, con la esperanza de engancharme a algún concurso de esos que echan a media tarde y evadirme pero no iba... ¿Por qué no iba? La pantalla me devolvía una imagen de nieve y un mensaje de “sin señal”. Aporreé el mando a distancia, revisé el cableado y zarandeeé el televisor; luego salí al balcón y dirigí la mirada a la antena.

—La madre que...

Las golondrinas habían anidado bajo la cornisa, junto al receptor digital de la antena y eso explicaba la falta de señal. Si hubiese tenido una escopeta.

Volví al interior y me senté en el sofá, ante un televisor que emitía nieve en todos sus canales. Me pregunté a quién narices tenía que llamar para que sacasen el nido de debajo de mi antena y mi colapso me impidió encontrar una solución.

Me palpitaban las sienes, me sudaban las manos, el pie me temblaba. Me froté la frente y la cara, bebí un sorbo de agua y cerré los ojos. Salí al balcón y encendí un cigarrillo para tratar de relajarme. Pero allí estaban, sobre mi cabeza, planeando con esa escandalera insufrible. Aplasté medio cigarrillo en la taza que hacía las veces de cenicero y cerré la puerta corredera, volví a encender la radio y subí el volumen de la música. Me senté frente al ordenador y posé mis manos sobre el teclado. El cursor parpadeaba impertinente en una pantalla en blanco que me atormentaba y entonces empecé a pulsar teclas sin sentido alguno, formando secuencias de letras repetidas, de palabras con media docena de efes, con números y alternando mayúsculas. Luego empecé a aporrear el teclado, hasta que noté como la ansiedad me asfixiaba. Necesitaba gritar y desatar toda mi ira, así que salí corriendo como un poseído hacia la terraza. Quise gritar pero el lloro me lo impidió.

Y el trisar de las golondrinas que no cesaba.

Grité alto y claro *hijo de puta*, lo hice con desgarró. Y después me dejé caer de rodillas, sollozando como un niño desamparado, mirando hacia el cielo, pidiendo clemencia a aquellas aves estúpidas, pidiéndoles que me dejaran en paz antes de que me volviese loco.

Debía matarle.

Sin estar demasiado convencido de si sería o no capaz de hacerlo, empecé a pensar en un plan para acabar con él. Tenía que ser algo perfecto y limpio, sin fisuras que pudiesen incriminarme. No quería ser condenado por ello. Si algo salía mal y acababa con mis huesos en la cárcel mi pesadilla seguiría formando parte de mi vida. Incluso muerto, Mario Carrasco habría vuelto a

ganar. Necesitaba pensar con frialdad, no dejar nada a la improvisación y preparar la coartada perfecta; algo asumible para un escritor de novela policíaca.

Me tumbé en el sofá y empecé a ordenar mis ideas. Se trataba de escribir la estructura de una nueva novela, de apuntalar todos los hilos argumentales y de tener controlada la investigación policial desde el primer capítulo. Tenía claro que no llevaría a cabo el crimen hasta tener toda esa trama concebida y hasta que no tuviese todos los detalles, por estúpidos que pudieran parecer, atados y bien atados.

Las ideas empezaron a fluir y se amontonaron en mi cabeza. Algunas eran estúpidas, pero otras eran brillantes, aunque tenían inconsistencias para la coartada. Fue entonces cuando me fui hacia el ordenador para volcar ahí esa tormenta de ideas y ponerlas en orden. Pero me detuve ante un cursor impaciente.

Sabía que la policía me investigaría. No en vano, no solo era una de las víctimas de ese hijo de puta, además, le había amenazado con matarle delante de las cámaras de televisión. Seguirían mis movimientos después del crimen, me interrogarían tratando de pillarme en falso y, más que probablemente, buscarían información en mi ordenador y en mi teléfono móvil. Así pues, ninguno de mis dispositivos informáticos debería contener huella alguna de la trama, ni una sola búsqueda en Internet, ni un solo párrafo que pudiese incriminarme. A partir de ese momento debía ser muy cuidadoso con todo, incluso con las compras que hiciese con tarjeta o por comercio electrónico.

Aquí debía empezar mi coartada, en la falta de indicios.

Después de una noche donde deseché parte de las ideas de la tarde anterior y en la que pude encajar varias piezas del puzzle, me levanté temprano, me preparé un zumo y unas tostadas y me fui a trabajar al bar de Miguel.

Tras la muerte de Clara, caí en una profunda depresión que me llevó hasta lo más oscuro de los abismos. Adelgacé cerca de veinte kilos el primer año y empecé a peinar canas. Casi no comía, me costaba dormir y, cuando lo hacía, los terrores nocturnos se adueñaban de mis sueños; lloraba a todas horas y todo lo cotidiano me venía grande. Descuidé mi imagen y mi higiene, no hablaba con nadie; ni siquiera con mi familia, pese a que trataron de estar a mi

lado en todo momento. Pero sus ánimos y sus palabras solo hacían que herirme más y yo quería olvidarme de lo que le había pasado a Clara. Lucas era mi único motor y resurgía de mi apatía para que no le faltase ninguna atención, principalmente esa parte de cariño que le habían arrebatado. Si no hubiese sido por él, no me habría levantado de la cama en meses.

En el trabajo fueron muy comprensivos conmigo durante los primeros meses, acataron mi baja y complementaron el sueldo que no cubría la Seguridad Social. Durante medio año nadie me preguntó por mi reincorporación y mis compañeros aceptaron que no quisiese ningún mensaje de apoyo por parte de ellos. Pese a eso, de vez en cuando me enviaban algún SMS o me hacían una llamada de corta duración. Pero el tiempo transcurría y yo no mejoraba, al contrario, el pozo era cada vez más oscuro y profundo. A través de la mutua de la empresa empecé a visitar a psicólogos y psiquiatras que consiguieron reenderezar mi rumbo; quizás por eso me reincorporé al trabajo tras nueve meses de baja. Pero no estaba preparado para ello. Mi dispersión era alarmante y cometía errores de becario y la empresa empezó a cansarse de la situación. Nunca se lo he tenido en cuenta, bastante bien se portaron conmigo todo ese tiempo.

Al año me despidieron, me pagaron una indemnización y me arreglaron los papeles del paro. Para mí fue un alivio, era un quebradero de cabeza menos en mi vida, pero sabía que mi situación tenía que cambiar radicalmente. Además, con lo que cobraba de subsidio de desempleo no me daba para pagar la hipoteca y los préstamos que tenía contraídos con Clara.

Cuando un año más tarde me decidí a buscar alguna vacante de ingeniero electrónico todo fueron negativas. El país había entrado en crisis, muchas de las empresas del sector estaban al borde de la ruina y las pocas ofertas interesantes que llegaron a mi mesa llevaban consigo unos sueldos irrisorios. Mi currículum y mi experiencia parecían papel mojado y padecía en mis carnes la crueldad del rechazo.

Pasaban los meses y cada vez se hacía más complicado atender a los pagos mensuales. Sin darme cuenta, mis preocupaciones ya no llevaban el rostro de Clara, había aprendido a admitir su ausencia, ahora mi espada de Damocles era el logo de un Banco que no era comprensivo con mis problemas. Tomé la decisión de vender el piso, pero me vi afectado por la crisis y la explosión de la burbuja inmobiliaria. Los bancos no concedían hipotecas, el valor de los pisos bajaba en picado y, por el contrario, los precios de los alquileres cada vez eran más altos. Y sin darme cuenta, me encontré que solo

podía vender el piso por debajo del precio de mi hipoteca y además, debía buscarme otro sitio dónde vivir, pagando un alquiler que tampoco me sacaba de pobre. Los números no salían y debía salir del pantanal a cualquier precio.

Fueron cuatro años muy duros... Con contratos basura trabajé de ayudante de cocina, de mensajero y hasta de lampista, pero muchos de esos sueldos incluso eran más bajos que el propio subsidio de desempleo. Vendí mi coche antes de acabar de pagarlo, hice lo mismo con los palos de golf y mi colección de vinilos; a Lucas lo matriculé en la escuela pública y con eso pude pagar alguna de mis deudas y pasar sin apuros unos cuantos meses, aunque con ayuda de la tarjeta de crédito.

Al poco tiempo falleció mi padre. Un cáncer fulminante. Pese a ser ley de vida, me vino por sorpresa, hundiendo todavía más mi línea de flotación emocional y también la económica. Los gastos del entierro, el papeleo del notario y unas facturas médicas que mi madre no pudo asumir volvieron a hundirme en el lodo.

Por mi cabeza rondó la idea de quitarme de en medio un par de veces, pero tenía que pensar en Lucas. No se merecía vivir otra tragedia y yo debía afrontar los problemas; mejor dicho, debía solucionarlos. Pero no era tan fácil.

Me puse en manos de un psicólogo al que le debo la vida, y es que fue mi bastón cuando en mi vida solo había oscuridad. Me ayudó a superar la muerte de Clara y consiguió que por las mañanas me levantase con ganas de vivir. Me sugirió escribir todo lo que sentía y eso fue la mejor medicina que me han recetado nunca; a través de ella canalicé mis miedos, mis odios y mi rabia. Volví a sonreír después de años de no hacerlo y sé que eso le hizo mucho bien a mi hijo y también a mi madre.

Pero el estado de ánimo no paga facturas y mi economía había entrado en un callejón sin salida. Cada dos meses me cortaban la luz o el agua, debía cinco recibos de la hipoteca y mi pírrico sueldo de lampista solo me daba para poder comer y pagar los intereses de la tarjeta de crédito.

Un año después, un juez dictó orden de embargo de mi casa y ni siquiera pude recurrir; los gastos de abogados y procuradores eran inasumibles y el banco se la quedó de un día para otro. Nunca pensé que mi deriva económica pudiese llegar a esos extremos. Con el tiempo pensé que debía haber alquilado la casa e irnos a vivir con mi madre durante una temporada, pero las buenas ideas no son buenas ni son ideas cuando llegan demasiado tarde.

Desde entonces vivo en un pequeño piso, propiedad de un primo de mi

madre, por el que pago una cantidad simbólica, los gastos de la comunidad y los suministros. He estado viviendo de lo muy poco que se gana escribiendo libros y trabajando de camarero por las mañanas en el bar de Miguel. Creo que el pobre ni me necesita, me paga cuatrocientos euros en negro y me voy de allí almorzado. Si hay otra vida después de la muerte, sería de justicia dedicar parte de ella a devolverle todo lo que ha hecho por mí.

CAPÍTULO 4

Después de que me embargaran la casa, un día me pasé una tarde entera calculando a cuánto ascendían los daños económicos que me había ocasionado Mario Carrasco. Echando cuentas rápidas y, sin entrar al detalle con los intereses que todo ello me han ido devengando, llegué a la conclusión de que me debía cuatrocientos cincuenta mil euros. Ese hijo de puta no solo asesinó a Clara, también se cargó mi vida y la de mi hijo, llevándonos a la ruina económica y emocional; quizás por eso mi odio hacia él era cada vez más profundo y mi sed de venganza más insaciable.

La mañana en el bar fue caótica. No estaba centrado, me equivoqué con los cafés varias veces, olvidé cantar comandas y le perdí el carné de identidad a una señora que había pagado con tarjeta. Hasta Miguel, que es un buenazo, tuvo que llamarme la atención en alguna ocasión, algo que se me hizo raro viniendo de su talante. Mi cabeza seguía maquinando, pensando en los detalles de mi venganza y tratando de buscar la mejor coartada posible. Tenía claro que no quería involucrar a nadie, principalmente para no comprometer a esa persona, pero además para que fuese solo yo quien controlase desde el primer momento mi plan de asesinato. Meter a terceras personas no solo entrañaba peligro para el correcto funcionamiento del plan, sino que implicaba ponerle al corriente de lo que iba a hacer o que sospechasen de mí si la policía se ponía a investigar entre mi entorno.

Camino de casa mis pensamientos se fueron hacia nuevos derroteros. Quizás porque no encontré ninguna coartada que me alejase de la lista de presuntos culpables en el caso de que me relacionasen con el crimen, o quizás porque mi racionalidad trataba de convencerme de que lo que quería hacer era una locura y una salvajada; lo cierto es que mi plan de venganza se fue enfriando y poco tardé en decirme a mí mismo que todo eso era una ensoñación estúpida y que no sería capaz de cometer un asesinato a sangre fría.

Matar a alguien es lo peor que uno puede hacer en la vida, aunque la víctima sea también un asesino. De bien seguro, él tendría una madre, una hermana o un primo y privar a esa familia de un ser querido es un duro golpe; y yo debería recordarlo, porque lo viví en mis propias carnes cuando me

arrebataron a Clara.

Vacíé mi mente de pensamientos contradictorios y decidí ponerme a escribir. Tenía en mente el primer capítulo de una nueva novela y estaba convencido de que mis dedos se deslizarían por el teclado con facilidad, pero todo lo contrario; mi bloqueo seguía haciendo de las suyas y me hacía borrar cada frase que escribía. Por si fuera poco, la serenata de las golondrinas se empeñaba en hacerle los coros a mi crisis literaria.

—¡Malditos pajarracos!

Tal era mi crispación, que decidí irme a trabajar a una zona más tranquila, así que cogí una memoria USB por estrenar del cajón de mi escritorio y me fui a la biblioteca del barrio con la intención de desechar la novela que tenía en mente. Creí que debía empezar de cero una nueva historia policíaca, para que la ficción se encargase de canalizar mi sed de venganza. Y el resultado fue maravilloso, en pocas horas construí una trama, definí a mis personajes y escribí las primeras páginas del primer capítulo. Llegué a casa eufórico.

Lucas estaba en el salón, tumbado en el sofá, viendo la tele mientras devoraba un bocadillo.

—Benditos los ojos... ¿Dónde te habías metido? —exclamé con sorpresa—. Hace dos días que no te veo el pelo.

—Ya... —contestó vagamente—. He estado en casa de Dani, sus padres están fuera y tenía la casa libre.

—¿Quién es Dani?

—Papá... —se quejó por enésima vez por mi falta de memoria.

Últimamente hablaba muy poco con él, principalmente porque nunca estaba en casa, pero también porque él había construido su círculo de amigos y Papá ya había pasado a un segundo plano. También es cierto, que desde que había cumplido los dieciocho años, abdiqué un poco de mi rol paternal y protector. Pero echaba de menos nuestras charlas trascendentales, y también las absurdas.

Siempre me ha gustado hablar con Lucas, de hecho, desde muy pequeño ha sido más un compañero de vida más que un hijo. Puedo decir en voz alta que es mi mejor amigo y el que mejor me entiende. Pese a no haber tenido demasiada suerte con los estudios, es un muchacho trabajador y buena persona, valores que para mí son mayores que cualquier título universitario, de modo que me siento orgulloso de él; sobre todo desde que empezó a trabajar de monitor en su antiguo colegio. Ahora ya no me desvalija la cartera cada viernes y encima me da cien euritos como contribución a su estancia en

casa. Tiene un carácter indomable que ha heredado de mí, así como la inquietud por conocer cosas nuevas en la vida y a dejarse llevar por los sueños; pero los rasgos físicos son característicos de la familia de su madre y eso hace que, a veces, cuando lo miro, veo en sus ojos y en su pelo ensortijado a Clara. Y por estúpido que parezca, en ocasiones creo estar hablando con ella.

—He puesto una lavadora —me dijo.

—Vaya... ¿Te encuentras bien?

Lucas carcajeó.

—Papá, no te hagas ilusiones, no pienso hacerte de chacha. Tenía un montón de ropa sucia y me interesa tener los pantalones listos para mañana por la noche. ¿Crees que estarán secos para mañana?

—Si los tiendes, seguro que sí —bromeé para forzarlo a que fuese él quién se encargase de la colada.

Me levantó el pulgar como toda respuesta mientras apuraba los últimos mordiscos del bocadillo.

—¡Ah!, se me olvidaba, no podré ir a la presentación de tu libro. Lo siento...

—¡Joder, Lucas...! ¿Por qué?

Alba nos ha invitado a pasar el fin de semana en una casa familiar que tienen en el Pirineo. Van todos... Estará Víctor, Gabi, Joana y Dani.

—¿El mismo Dani de antes?

Lucas resopló —Sí, el mismo...

Me sentía un poco decepcionado. Había programado la presentación para el día siete por la tarde porque caía en sábado y de este modo Lucas no tenía que pedir fiesta en el colegio y podría acompañarme. Lo cierto es que me hacía más ilusión a mí que a él, pero me había prometido que vendría y me tocaba las narices que ahora se largase de fin de semana con sus amigos.

—Por cierto... He encontrado esto en el bolsillo de una de tus camisas —dijo de pronto mientras me mostraba algo que no identifiqué en ese momento

—. Es guapa, ¿vais en serio?

—¿Qué es eso?

Cuando me acerqué, comprobé que aquello que sostenía en sus manos era el DNI de la clienta del bar que creía haber extraviado en algún lugar del local. Miré su foto y le di la razón a Lucas.

—Pues sí, está buena —le reconocí—. Pero no la conozco de nada, solo me he quedado el documento sin querer.

—Ya... —se hizo el incrédulo mientras se levantaba para encerrarse en su habitación.

Maribel Martínez Segura.

No era asidua del bar, de hecho no la había visto nunca antes, y a juzgar por la escandalera que me montó cuando le dije que no sabía dónde estaba su documento de identidad, no creí que la volviera a ver por allí. Miré su dirección, vivía en la zona de Pedralbes, en la otra punta de la ciudad; de modo que debería estar de paso. Después de mirar varias veces su foto y cotillear sus datos personales, me lo guardé en mi cartera con la idea de llevarlo al día siguiente a una comisaría o a meterlo en el primer buzón de correos que encontrase. Luego me fui a la cocina para conseguir encontrar en el interior de una nevera vacía la manduca suficiente para preparar una cena digna para dos.

Esa noche dormí como un lirón, ni siquiera mi próstata pidió auxilio en mitad de la noche. Me fui a la cama con mis pensamientos maquinando sobre la trama de mi nueva novela y, aunque Mario Carrasco trató de colarse en el argumento, conseguí expulsarlo de mi mente. Y me desperté animado, con ganas de retomar mi vida y olvidar definitivamente al hombre que me la había arruinado. Tendí la lavadora que había puesto Lucas la tarde antes —el muy pájaro solo había tendido sus pantalones— y salí de casa. Desde hacía unos años, los desplazamientos al bar los hacía caminando. Por un lado era el transporte más barato y, por el otro, me ayudaba a poner en orden mis ideas. Aprovechaba la caminata de cerca de cuatro kilómetros para ensoñarme en una vida mejor, sin deudas, o para estructurar algún capítulo de la novela de turno. Pero ese día, casi sin darme cuenta, se me coló de nuevo Mario Carrasco en mis pensamientos. Su risa burlona retumbaba en mi cabeza con la misma fuerza que el trisar de las golondrinas que venían a visitarme cada tarde. Mis sienes empezaron a palpitar con fuerza, mis mandíbulas se tensaron y mi odio empezó a convertirse en un ácido ulceroso. Lo maldije... Llegué a la conclusión de que ese hombre no marcharía jamás de mi vida, que me acompañaría cada vez que mirase a los ojos a mi hijo, que se entrometería en las tramas de mis novelas y que continuaría colándose en mis sueños para convertirlos en pesadillas.

Me estaba ahogando.

Me senté en un banco y traté de coger aire. Y luego me puse a llorar

mientras balbuceaba una y otra vez el juramento que me hice cuando murió Clara, y a cada lágrima que derramaba me odiaba a mí mismo por mi cobardía, por faltar a mi palabra y a la memoria de ella.

Apenas estuve cinco o seis minutos sentado en ese banco del Paseo de San Juan, pero fue el tiempo necesario para convencerme, esta vez de manera definitiva, que la única solución a mis problemas era matar al hijo de puta.

—Muerto el perro, muerta la rabia.

Quizás fue el destino o quizás fue mi subconsciente; quizás fuese la mente de un escritor acostumbrado a construir complejas tramas de novela negra. No sé que me llevó a hacerlo, pero algo me invitó a sacar el DNI de la cartera de mi cartera. Jugueteé con él entre mis manos unos instantes, mientras mi cabeza empezaba a maquinarse el crimen perfecto.

Sin ella saberlo, Maribel Martínez Segura se acababa de convertir en mi cómplice y ese DNI en el primer elemento con el que construir una coartada que me situase a seiscientos kilómetros del lugar de los hechos.

CAPÍTULO 5

Decidí que toda la operativa de investigación, todas las búsquedas por Internet y todas las anotaciones referentes a mi venganza se harían desde ordenadores externos. Así pues, la biblioteca y un cibercafé cercano al bar de Miguel serían los dos puntos de conexión habituales. Lógicamente, desde esos dispositivos jamás entraría ni en mi cuenta de correo, ni en cualquier página de mis redes sociales y mucho menos a mi cuenta de Google. Durante el tiempo que durase el proceso de documentación, tendría mi teléfono apagado; además, todo el material que necesitase para preparar la coartada y mi viaje a Madrid lo pagaría en efectivo y, a poder ser, en tiendas alejadas de mi barrio o en Centros Comerciales. El hecho de que Miguel me pagase semanalmente mi sueldo a la antigua usanza, cada viernes y dentro de un sobre marrón, me facilitaba las cosas, puesto que no se reflejaría ningún reintegro relevante en mis movimientos bancarios durante las fechas anteriores al crimen.

Lo más complicado de todo era preparar mi coartada. Se trataba de que nadie estuviese conmigo a la misma hora en que se produjese el asesinato, pero que yo pudiese demostrar que estaba en Barcelona en ese mismo momento. La identidad de Maribel jugaba un papel muy importante, pero de nada servía utilizarla como elemento de despiste si no elaboraba bien el resto del plan.

A veces lo más obvio y lo más inocente acostumbra a ser el recurso más efectivo, de modo que creí conveniente que mi coartada sería precisamente no tenerla. Mientras yo estuviese en Madrid, también estaría en mi casa. Y solo. Las nuevas tecnologías y mis conocimientos de programación y electrónica serían suficientes recursos para enmascarar mi viaje.

Mi otra preocupación era dejar fuera de toda sospecha a Lucas, no en vano, tenía tantos motivos para matar a Mario Carrasco como yo. Y sin quererlo y para mi tranquilidad, él mismo me había puesto en bandeja su propia coartada. Debía cometer el crimen el día de la presentación de la novela. Aunque fuese muy precipitado, puesto que solo me dejaba seis días para prepararlo todo, el día siete por la mañana sería el día D. El tiempo empezaba a correr y había muchas cosas que preparar, muchos elementos a comprar y muy poco tiempo para todo ello, así que me puse en marcha esa

misma tarde.

Antes de nada tenía que programar el viaje y para eso necesitaba conocer horarios de aviones y trenes y combinaciones de las líneas de metro y autobuses. En ese sentido, el avión parecía el medio de transporte más rápido, pero por el contrario, representaba pasar muchos más controles de seguridad y pasear bajo muchas más cámaras. La opción del tren iba cogiendo forma cuando conseguí cuadrar los trayectos de ida y vuelta, además, me salía ligeramente más barato.

Me avergonzó darme cuenta de que no había pensado en el arma del crimen hasta tener toda la trama ya organizada. Era algo importante que debía tener en cuenta, aunque la solución era tan lógica como sencilla. Lo haría con un cuchillo de cocina que compraría al llegar a Madrid. Así mató él a Clara y así debía morir él.

—A quien a hierro mata, a hierro muere —me dije con convencimiento.

Por otro lado necesitaba ropa nueva para poder disfrazarme y varios postizos de buena calidad, para que nadie pudiese levantar sospechas o reconocerme. El día D tendría que utilizar dos disfraces diferentes, uno de ellos por partida doble; maquillaje de buena calidad y accesorios femeninos. Por un momento pensé en utilizar alguna de las joyas de Clara, de hecho, usarlas hubiese sido el tributo perfecto pero podría ser peligroso usarlas y, además, no tendría los arrestos suficientes para deshacerme de ellas una vez cometido el asesinato. Una maleta de cabina, un bolso, unos guantes y un carro de la compra eran elementos adicionales que necesitaría y algunos de ellos los tendría que comprar en Madrid, aunque eso supusiera perder un tiempo precioso para la coordinación horaria.

Solo había un par de cosas que no podía controlar: la primera, era que Mario Carrasco no se encontrase en casa cuando llegase a ella y la otra, la que quizás más me preocupaba, es que llegado el momento, con él ante mí y cuchillo en mano, mi cobardía me atenazase. Para eso tenía que tener muy presente a Clara, que cuando estuviese empuñando el cuchillo la recordase en el suelo, llena de sangre, con la cara desencajada y con su blusa blanca ensangrentada. Debía tener bien presente los llantos de Lucas cada vez que la ha echado de menos durante todos estos años y, además, debería recordar la desdicha por la que he pasado, la ruina, el desahucio y las noches de insomnio.

Al día siguiente le pedí a Miguel que me adelantase la paga del mes

entero. No era la primera vez que lo hacía y generalmente accedía a hacerlo, aunque poniéndome alguna que otra pega. Para mi infortunio, ese fue una de esas ocasiones.

—Sergio, es martes. No me jodas... ¿Me pides que te adelante el sueldo de cuatro semanas?

—Lo sé. Y lamento las prisas.

—Tengo que pagar a los de la cerveza esta mañana. ¿No puedes esperarte un par de días?

—Sabes que no te lo pediría si no fuese estrictamente necesario. Si no pago mañana me cortarán la luz —le mentí.

Miguel frunció el ceño y se frotó la frente, me miró con cara de circunstancias y se echó la mano al bolsillo y me entregó noventa euros, luego abrió la caja registradora y sacó otros trescientos euros.

—No te lo puedo pagar todo, Sergio. ¿Te llega con esto?

Asentí.

—No sabes cómo te lo agradezco —le dije, esta vez con toda mi sinceridad—. Me salvas el cuello una vez más.

—A cuenta del mío —se quejó—. Ya veré que excusa me invento cuando venga a cobrar el chico de la cerveza.

Con lo poco que llevaba en el bolsillo y el adelanto que me había concedido el bueno de Miguel, ya tenía el dinero suficiente para ir a comprar todo lo que necesitaba. O al menos eso creía.

Los billetes del AVE se llevaban una buena parte del presupuesto. Si no subían de precio en las próximas veinticuatro horas los podía sacar con ida y vuelta por 130 Euros, pero tenía que comprarlos en taquilla presencialmente, pero antes debía convertirme en Maribel y necesitaba aún los complementos necesarios para ser ella. Resultaba estresante planificarlo todo con tan poca antelación y, además, corría el riesgo de omitir algo del meticuloso plan. Y posponer la acción para más adelante suponía dejar sin coartada a Lucas y arriesgarme a que se enfriara mi calentón. Así pues, para no olvidarme de nada, me hice una lista completa con todo lo que debía comprar antes del viernes y también todo aquello que debía aprovisionar en Madrid. Así pues, me senté en la terraza de un bar y mientras me tomaba un descafeinado, empecé a anotar todo lo que iba a necesitar:

Disfraz de mujer:

Peluca
Falda, blusa, zapatos y un par de medias
Pañuelo para el cuello
Bolso a conjunto
Una maleta tamaño equipaje de mano

Disfraz de vagabundo:

Peluca sencilla
Dos pantalones idénticos talla XL
Dos camisas idénticas talla XL
Jersey grueso
Dos pares de zapatillas deportivas del número 44 idénticas
Barba postiza
Gorra.

Material para la coartada:

2 temporizadores eléctricos

Para comprar en Madrid:

Carro de la compra
Guantes de látex
Cuchillo afilado.

Después de recorrerme media docena de tiendas de disfraces y de probarme todas las pelucas habidas y por haber, comprendí que si no quería levantar sospechas, necesitaba encontrar una de pelo natural. Rastreado la red desde un cibercafé del barrio de Sants, encontré la dirección de una empresa especializada en pelucas oncológicas situada cerca de la Sagrada Familia. Y allí que me fui.

Llegué poco antes de que cerrasen la persiana, quizás por eso la chica que me atendió, lo hizo con una cara de perro y unos modales de despido inmediato. Modelos, colores y tamaños había para todos los gustos, pero como el presupuesto era menos que justito me decanté por una media melena de tono cobrizo al estilo Cleopatra.

90 Euros, y era de las más baratas.

La tarde siguiente me la pasé dando vueltas por Barcelona, comprando el resto de elementos que necesitaba en diferentes tiendas y centros comerciales de la ciudad. Exhausto, llegué a casa pasadas las diez de la noche, cargado de

bolsas y con una sed de camello.

Me preocupaba que Lucas estuviese en casa cuando llegara. Aunque no tuviera que darle explicaciones de lo que compraba, si me veía llegando a casa cargado con todas las bolsas y la maleta de mano colgando de un hombro, como mínimo le parecería un poco extraño; y rezaba para que no insistiese mucho para que se lo enseñara todo. Y efectivamente, como no podría ser de otro modo, estaba el niño en casa. Desde la calle pude comprobar que la luz del comedor estaba encendida, también la del cuarto de baño, la de su habitación y la de la cocina.

—Maldito niñoato...

Sin mucho tiempo para reaccionar, entré en el ascensor y antes de pulsar el botón del cuarto coloqué toda la ropa que había comprado en el interior de la maleta de mano. Mientras ascendía, intenté recomponer mi cara ante el espejo, felicitándome por mi capacidad de improvisación.

Abrí la puerta con la cautela de un caco y la cerré con el mismo cuidado, tratando de llegar hasta mi habitación sin ser visto. Pero a mitad de camino me di cuenta de que no hacía falta dedicar más esfuerzos a mi sigilo. Lucas estaba en la ducha, a saber desde hacía cuanto rato.

Cuando llegué a mi habitación, guardé la maleta en el fondo del altillo y entonces me sentí liberado. Celebré mi pírrica heroicidad con una cerveza bien fresquita y unas aceitunas rellenas.

Si bien no había sido descubierto por mi hijo y había salvado ese primer contratiempo con una buena dosis de improvisación, lo cierto es que acababa de cometer un error de principiante en uno de mis primeros movimientos y eso me invitó a la reflexión. Si pretendía organizar y llevar a cabo el crimen perfecto no podía dejar nada al azar, de modo que decidí revisar meticulosamente todo el plan para que nada más fallase. Pero instantes más tarde, casi sin darme cuenta, estuve a punto de cometer un segundo error y, es que la inercia me llevó a teclear en Google “líneas de autobuses de Madrid” y la providencia hizo que no llegase a hacer clic.

Me fui a la cama muy enfadado conmigo mismo y con una angustiosa sensación de que algún punto del plan podía torcerse. Prescindi del habitual somnífero y eso propició que el motorcito de mi cabeza siguiese trabajando. Durante horas, con la vista perdida en algún lugar inconcreto del techo, estuve dándole vueltas a todo y repasando minuciosamente mi particular lista de la compra. Se me ocurrieron un par de ideas más, sobre todo para la coartada, para complementarla mejor; pero nada relevante que me diese indicios de

error. Y me dormí a las tantas, y lo hice menos convencido de tener éxito que la noche anterior.

CAPÍTULO 6

El viernes empezó mal, me dormí. La noche anterior olvidé poner el teléfono a cargar y me quedé sin batería. Me desperté de golpe, con la luz de los primeros claros y consulté la hora.

—¡Mierda!

En cuanto pude dar un poco de vida a la batería del móvil llamé al pobre Miguel, que ya empezaba a echarme en falta; de hecho me contestó con una acritud impropia de su manera de ser, por lo que me maldije todavía más por mi descuido.

Cinco minutos bastaron para aliviar mi vejiga, vestirme con lo primero que encontré en el armario y lavarme la cara. Sin ni siquiera tomar un café, salí a la calle con la chaqueta en la mano y el pelo todavía alborotado; sin saber muy bien qué transporte sería el más rápido para ir al bar. Para dolor de mi bolsillo, me decanté por tomar un taxi y aproveché el trayecto para arreglar mi pelo y abotonar correctamente mi camisa. De nuevo, me castigué con medio centenar de reproches por mi despiste: «¿Y pretendes organizar el crimen perfecto?» —me dije.

Miguel estaba que se subía por las paredes. Nunca lo había visto tan malhumorado como ese día, incluso me tiró un trapo cuando pretendí disculparme por mi retraso. No se lo tuve en cuenta, bastantes neuras más había aguantado en los últimos años como para ofenderme por un mal día de él. Para no encender más sus ánimos, bajé la cabeza y traté de ponerme al día con mi trabajo; me encerré en la cocina a cortar pan y a untarlo con tomate mientras me tomaba un café clandestino para activarme un poco.

Desde el otro lado de las cortinas de plástico observaba como Miguel no paraba de dar vueltas y a mover cosas de sitio. Retiró la cafetera para volverla a poner en su sitio, hizo lo mismo con el congelador y luego con el cajón de los cubiertos. Algo pasaba.

—¿Has perdido algo? —se me ocurrió preguntarle.

—¿Yo? —repuso con tono indignado— No, Sergio... Yo no he perdido nada, has sido tú quién lo ha perdido.

—¿A qué te refieres?

—Al DNI de la clienta. Ha vuelto esta mañana y se ha puesto como una

moto. ¡Y con razón!

Instintivamente me llevé la mano al bolsillo trasero del pantalón y palpé mi cartera. Me sabía mal por él, pero ese carné de identidad era una pieza clave del plan y no podía devolverlo hasta que el crimen estuviese consumado. Fue entonces cuando pensé que si Maribel iba a comisaría para denunciar la pérdida del DNI, ese podría ser un hilo incriminatorio, sobre todo si llegado el caso, la policía la relacionaba conmigo. Durante unos instantes estuve sopesando qué hacer. Una opción era llamar a la señora y prometerle que pondríamos el bar patas arriba durante el fin de semana hasta que apareciese y así evitar que fuese a la policía, pero de hacerlo, debería ser a espaldas de Miguel, que seguro que me diría que era una estupidez abrir el fin de semana para ponerlo todo del revés. Por otro lado, aunque pusiese la denuncia, si el lunes se lo devolvía, lo normal es que la anulara.

Una tercera opción era no hacer nada, confiar en que la mujer no iría a comisaría ese mismo día y que nos dejaría unos días de margen para encontrarlo, pero eso era especular y, a la vez, dejar un cabo suelto.

Y por estúpido que parezca, me decanté por la última opción. «Alea jacta est» —pensé.

Al terminar la jornada me temblaban las piernas. Quedaban pocas horas para que se consumase mi venganza y las dudas y los miedos tomaron mi cuerpo en forma de tembleque. Algo me decía que estaba actuando precipitadamente, pero me gustaba tanto la trama que había ingeniado que quería intentarlo. Por curioso que parezca, lo que menos me preocupaba era la vida de Mario Carrasco, mis preocupaciones giraban en torno al momento de hacerlo y al desarrollo de la coartada.

Saliendo del bar mi cordura me aleccionó de lo lindo. Estaba tomándome el asesinato como una trama de mis novelas, planificándolo con una alegría desmesurada, como quien planifica una salida de fin de semana, sin haber pensado en las consecuencias psicológicas con las que tendría que lidiar si finalmente lo hacía. Era tan frívolo todo que me golpeé la cabeza varias veces, para asombro de varios transeúntes que presenciaron la escena.

«¡Joder, Sergio! Que estás concibiendo un asesinato... ¿Qué coño te pasa?»

Me pregunté si estaría volviéndome loco y no obtuve respuesta, o quizás sí y no me interesaba escucharla.

Al llegar a casa casi se me sale el corazón de la boca cuando encontré la maleta que había comprado en mitad del pasillo.

—¿Me la prestas? —escuché la voz de Lucas.

—¿La maleta? Pues no...

—¿Por qué? La mía está hecha polvo y es demasiado grande. La tuya me vendría de lujo.

Me quedé aturdido durante unos instantes, sin saber exactamente qué excusa ponerle. ¿Qué razón podría tener para negarme a prestársela?

—Papá... ¿Me la dejas o no?

—No es mía —se me ocurrió decir—. Es de Miguel, el del bar.

Lucas masculló algo, que seguro denotaba fastidio.

—¿Y no tienes otra?

Tuve que desempolvar varias maletas que residían en el altillo desde tiempos inmemoriales para conformar al niño, pero no le gustó ninguna. Al parecer, eran demasiado antiguas para alguien tan moderno como él. En fin, que después de marear la perdiz durante más de una hora, se fue al Pirineo con la suya y con una promesa bajo el brazo de que le compraría una para su cumpleaños.

Esa tarde me di un baño caliente, me depilé las piernas y las manos, me hice la manicura y perfilé mis cejas, luego me afeité y me pinté las uñas con una habilidad lamentable. Lo que una mujer puede hacer un par de horas a mí me llevó cuatro y el tiempo empezaba a tiráseme encima. Todavía tenía que vestirme, maquillarme y conseguir subirme a unos tacones diabólicos.

Maquillarme se me hizo relativamente sencillo, incluso quedé más satisfecho de lo que esperaba cuando comprobé que había ocultado cualquier rastro de barba. Pitarme los labios ya fue otra historia, me temblaba el pulso y me salía de las comisuras; me empecé a poner nervioso y me quité los restos de carmín con papel higiénico, llevándome por delante parte del maquillaje que tan bien me había quedado.

Me enfundé las medias, me vestí al estilo azafata de American Airlines y me subí a los tacones, luego me puse la peluca y miré el resultado en el espejo. Estaba hecho una pepona, pero no había tiempo para retocarme más, debía salir pitando para comprar los billetes.

Pasarme en transporte público con esa pinta me pareció una mala idea, de modo que detuve a un taxi y, fingiendo una voz al estilo castrati, le di las indicaciones para que me llevase hasta la Estación de Sants. Creo que el conductor no se dio cuenta de que era un hombre disfrazado, o quizás sí lo hizo, pero no hizo ningún comentario. A saber la cantidad de gente rara que debe recoger cada día un taxista...

El empleado de la taquilla apenas me miró durante todo el proceso de compra, ni siquiera me miró las tetas, con lo simétricas y levantadas que me habían quedado. Pagué un poco más del precio de la web, supongo que el hecho de comprar los billetes a última hora me penalizó. No obstante, fue bastante más asequible de lo que hubiese imaginado antes de planificar todo el tinglado.

Viaje Barcelona-Madrid-Barcelona, 182,50 Euros.

El taxista que me devolvió a casa no me quitaba ojo desde el retrovisor y empecé a sentirme incómodo. El tipo sonreía, no sé si lo hacía porque se estaba cachondeaba de mí o porque se estaba poniendo cachondo.

—«Como se te ocurra decirme algo guarro te comes mi puño» —le dije para mis adentros.

Por suerte, sobre todo para él, no hizo ningún comentario en todo el trayecto; como si me hubiese leído el pensamiento. Se limitó a cobrarme y a mirarme el culo cuando bajaba del taxi.

Esa noche apenas cené.

El interior de la nevera era lamentable, un par de tomates a punto de flor, medio limón endurecido por el tiempo, un tupper con pasta que calculo era del siglo XV y un bote de mayonesa que fue directo a la basura. Las cuatro cervezas que había por la mañana habían volado, seguramente camino del Pirineo. Tan triste era el panorama, que improvisé un ágape rápido con un poco de pan del día anterior y una lata de atún en escabeche. No obstante, aunque el frigorífico me hubiese ofrecido un espectáculo de luz y color tampoco hubiese comido demasiado. Tenía un nudo en el estómago y, a medida que se iba acabando el día, el nerviosismo iba a más.

Salí al balcón a fumar un cigarro mientras repasaba mentalmente el plan. Todo el engranaje se ponía en marcha a las cinco de la mañana y si nada fallaba, todo habría acabado pasadas las tres de la tarde. Una vocecita bondadosa gritaba en el interior de mi cabeza, tratando de disuadirme de ejecutar a Mario Carrasco, pero las voces se mezclaban con los de un diablillo que alimentaba mi odio y las ansias de hacerlo. Lo cierto es que no necesitaba escuchar a ninguno de los dos, la decisión ya estaba tomada, me había tomado muchas molestias preparando el organigrama del día D y había gastado unos cuantos cientos de euros comprando todo el material. Además, la vanidad del escritor de novela policíaca que llevo dentro se relamía los labios, deseoso de que la maquiavélica trama que había hilvanado en tan poco tiempo saliese tal como había concebido.

Antes de acostarme llamé a Lucas, para asegurarme que había llegado a sitio. No es que sea uno de esos padres lunáticos que necesitan saber dónde están sus hijos, aunque estos nos saquen un palmo, pero necesitaba asegurarme que nada había cambiado y que pasaría el fin de semana lejos de casa y acompañado de cinco testigos que le dejarían fuera de toda sospecha.

Como solía ser habitual, el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

—No sé por qué diablos me gasté doscientos euros en un teléfono si cada vez que te llamo no consigo hablar contigo.

Lancé la colilla candente del cigarrillo balcón abajo y me entretuve observando cómo caía, hasta que tocó suelo; miré hacia el firmamento y busqué un punto luminoso para hablar con él, como si Clara fuese una de esas estrellas que adornaban las noches. Le soplé un beso.

—Cariño, mañana cumpliré mi promesa.

Me aseguré que ponía el teléfono móvil a cargar, me tomé el somnífero y me metí en la cama. Vacíé la mente, hice mis ejercicios de respiración y me dormí sin más, como si el día siguiente hubiera de ser uno cualquiera.

CAPÍTULO 7

Mi reloj biológico y mi subconsciente me sorprendieron al despertarme cuatro minutos antes de que sonase la alarma de mi teléfono. Me quedé en la cama degustando ese tiempo regalado y me levanté a la hora prevista, con un dolor de barriga que necesitó ser aliviado.

Dispuse sobre la mesa del comedor todos los elementos que debían formar parte del plan y repasé mis apuntes para no olvidar ningún detalle. La metodología debía ser precisa y cualquier fallo podría poner en peligro la coartada.

El primer elemento era un antiguo fax que todavía conservaba de cuando me llevaba trabajo a casa en mi época de ingeniero electrónico. En sus mejores tiempos, ese arcaico aparato me permitía enviar a la central alemana los informes diarios de los mantenimientos del día. Lo conecté a la corriente y a la línea eléctrica, puse una hoja en blanco en el carro de lectura y marqué el número de teléfono de mi madre y pulsé el botón de envío. Antes de que se produjese la comunicación, desenchufé el aparato para interrumpir el envío y deshabilité la opción de rellamada automática. Acto seguido, programé el primer temporizador para que se conectase a las 9:50 y lo enchufé el fax, que seguiría apagado hasta ese momento.

El segundo temporizador lo conecté al router de la Wifi y lo programé para que se conectara a las 11:10, luego deshabilité los datos de mi teléfono móvil y le escribí un par de Whatsapp a Lucas:

«Niño, cómo te va???»

«Por cierto, hoy voy lanzado con la novela ☺, cuatro páginas del tirón!!! Oeeeeee, oeeeeee, oeeeeee!!!»

Con los datos deshabilitados y la Wifi desconectada hasta la hora programada, ambos mensajes quedaron en espera, para satisfacción del escritor de novela policíaca, que veía así agrandado su ego. Luego dejé el teléfono junto al router, lugar donde se quedaría durante toda la mañana.

Era el momento del primer número de transformismo del día. Me afeité concienzudamente, me maquillé y me vestí de mujer, evitando cualquier evidencia que hiciese sospechar que era un hombre. En ese sentido, el pañuelo anudado al cuello, además de darme un aire a azafata de vuelo, cubría por

completo mi pronunciada nuez. Si algo había que no acababa de convencerme era el esmalte de uñas, que dejaba mucho que desear y decía más bien poco de mi pulso.

—Desde luego, Sergio... La próxima vez que tengas que matar a alguien acuérdate de comprar unas uñas postizas —me dije.

En la maleta de mano coloqué los dos pares de pantalones idénticos y las camisas también iguales, junto a los dos juegos de zapatillas del número 44, la barba postiza y la gorra; así como un estuche con todo el maquillaje que volvería a necesitar más tarde.

En apenas una hora había terminado con todos los preparativos y me encontrada sentada en el sofá tratándome de contener mis nervios. Revisé el bolso por enésima vez para comprobar que llevaba dentro las llaves de casa, los billetes del AVE y el DNI de Maribel. Me tomé un tranquilizante. Minutos después y, aunque me sobraba tiempo, salí de casa y me metí en el Metro en dirección a la estación.

A esa hora, los pasajeros eran básicamente jóvenes trasnochados, borrachos todos; algunos desdichados que iban a trabajar y un grupo de japoneses cargados de maletas hasta las cejas. Todo era tan pintoresco que nadie se fijó en mí, ni siquiera un hombre vestido con un mono azul, que parecía más interesado en su móvil que en mirarme las tetas.

Pese a mis temores, pasé por el arco de seguridad sin ningún problema, mostré mi billete y el documento de identidad de Maribel a los interventores y me dejaron pasar sin apenas mirar la foto.

El tren salió con una puntualidad extraordinaria a las 07:05 y llegó a la estación de Atocha a las 09:54, cuatro minutos más tarde del horario previsto, aproximadamente a la misma hora en que el temporizador conectado al fax estaría realizando una llamada telefónica a mi madre. Durante el trayecto nos ofrecieron una película francesa de la que apenas seguí el hilo. Aunque mi mirada estuvo fijada durante todo ese tiempo en el pequeño televisor que había colgado en el techo del vagón, mis pensamientos estuvieron en la imaginaria casa de Mario Carrasco. Estaba convencido de que la planificación era perfecta, pero solo había una cosa que no podía controlar y que me inquietaba: el momento clave.

No tenía miedo a matar, estaba convencido que sería capaz de hacerlo. De hecho, había acumulado tanto odio hacia ese hijo de puta y lo había asesinado tantas veces en mi imaginación y en mis sueños que hacerlo una vez más era lo de menos. Lo que me preocupaba era encontrar la oportunidad adecuada para

hacerlo, que mi estocada fuera certera y que él no repeliera mi agresión; en dicho caso, el que saldría mal parado sería yo. Si algo salía mal, en apenas una hora y media el muerto sería yo. Eso me hizo pensar en Lucas y en mi madre. Me iría de este mundo sin haberme despedido de ellos y a manos del mismo hombre que asesinó a Clara.

Ponerme en lo peor era una mala idea, lo único que podría conseguir haciéndolo era perder la seguridad con la que había llegado a Madrid, así que me concentré en todo aquello que yo podía y debía controlar. En cierto modo, me sentía como uno de mis propios personajes, con la tranquilidad de que todo estaba escrito con antelación y que solo debía interpretar mi papel en la novela. Nada debía preocuparme, porque la trama ya estaba escrita.

Desde Atocha viajé hasta Vallecas con el autobús de la línea 54, que apenas tardó quince minutos en dejarme muy cerca del mercado municipal y esto todavía me tranquilizó mucho más. Iba con un adelanto de diez minutos sobre el horario previsto.

10:26 – Barrio de Vallecas.

Entré en un bazar chino y allí compré un carro de la compra, un juego de cuchillos de cocina, una caja de guantes desechables y un paquete de toallitas desmaquilladoras, luego deposité la maleta en el interior del carro y salí a la calle. Con temblor de piernas y con un dolor de pies que me hacían sentir toda una mujer, recorrí los cerca de trescientos metros que me separaban del Mercado Municipal de Vallecas y entré en su interior, tirando del carro, como si fuese una cliente más; paseé por los pasillos centrales simulando algún tipo de interés por los productos allí expuestos y me dirigí hacia los lavabos. Una vez dentro, me encerré en uno de los departamentos y empecé con el segundo proceso de transformación. Si todo salía como estaba previsto, Maribel desaparecería de escena durante aproximadamente una hora para dar paso a un personaje de aspecto desarrapado al que le había puesto de nombre Aníbal, un guiño hacia uno de los asesinos más conocidos en el mundo del celuloide.

Me desmaquillé a conciencia, me quité la ropa y los postizos y lo guardé todo en la maleta, después me puse el jersey, la camisa por encima de este para adoptar un aspecto corpulento y me subí los pantalones. Luego me pegué la barba autoadesiva, me incrusté la película y lo culminé con la gorra.

Al salir me encontré con una señora mayor que me increpó por haberme colado en el servicio de señoras y me disculpé con una especie de gruñido sordo que pareció no ser suficiente, pues continuó dedicándome toda una

retahíla de reproches e insultos. Por un momento incluso llegué a pensar que me iba a atizar con el bolso. Antes de salir, tuve tiempo de mirarme en el espejo, enderezar la peluca y ajustarme la gorra para que me cubriera los ojos. Estaba perfecto, mejor incluso de lo que había imaginado. Ante mí había una especie de vagabundo mucho más corpulento que yo.

El hecho de llevar unas zapatillas tres tallas superiores a la mía hacía que mi caminar fuese bastante torpe y se me ocurrió aprovechar ese aspecto para incorporar un elemento adicional a mi personaje. Aníbal empezó a cojear mientras se dirigía al domicilio de Mario Carrasco, lo que me pareció un toque sublime al plan preestablecido.

10:57 – Mercadona – Vallecas

Con el poco efectivo que me quedaba, compré cuatro cosas para llenar el carro de la compra; básicamente cuatro o cinco paquetes de pasta, un par de botes de garbanzos y un par de paquetes de galletas. Ese era el paso previo a la visita a la casa de mi víctima. Mientras iba hacia allí, la vocecita bondadosa volvió a hablarme en un intento desesperado de disuadirme; mientras el diablo maligno que residía en mí desde que murió Clara me invitaba a seguir con el plan previsto hasta las últimas consecuencias. Notaba como el corazón no paraba de bombear con una energía inusitada y me costaba respirar; los nervios y el calor que me provocaba el jersey me estaban haciendo sudar y noté como el adhesivo del bigote empezaba a desprenderse. Eso me inquietó todavía más y por un momento estuve a punto de detenerme allí mismo, quitarme la barba y la peluca y regresar a casa, pero entonces vi el cartel de la pizzería. Estaba a menos de cincuenta metros de mi objetivo.

Me di treinta segundos para reflexionar y tomar aire, hice mis respiraciones para controlar la ansiedad y tomé la decisión más importante de mi vida. Renqueé esos cincuenta metros y me detuve frente al portal de Mario y consulté la hora: 11:11. Si el segundo temporizador había funcionado correctamente, un minuto antes la Wifi se habría conectado y mi móvil, ubicado en Barcelona, estaría enviando varios mensajes de Whatsapp a Lucas.

Me puse los guantes y posé mi dedo sobre el botón del tercero segunda, cerré los ojos y lo pulsé con convicción. Pasaron diez segundos y el silencio fue como un jarro de agua fría y me sentí estúpido por haber dedicado tantos esfuerzos a un plan que se desmoronaba en el momento crucial. Y volví a pulsar el botón, esta vez con más insistencia. Instantes después una voz rompió el silencio.

—¿Sí?

Era él. Reconocí su voz al instante. Estaba en casa.

Dudé... La vocecita bondadosa hizo un último intento por convencerme de que diese media vuelta y acabase con esa locura en ese momento, mientras el diablillo jaleaba entusiasmado, haciéndome hervir la sangre.

—Vengo de Cáritas —contesté al fin—. Traigo unas bolsas de comida y productos de higiene personal.

De nuevo ese maldito silencio.

Entonces, cuando ya creía que mi aventura en Madrid había terminado, se escuchó el chasquido de algún mecanismo de la puerta y ésta se abrió. Saliendo me crucé con un vecino, un hombre que debería superar los setenta, y que me dedicó una mirada de extrañeza. No hizo comentario alguno, y lo agradecí.

Disponer de un testigo que pudiese declarar que el día del asesinato se cruzó con un hombre corpulento y con barba el día del asesinato era un punto a favor para exculparme. No obstante, no tardé en encontrarme con un inconveniente inesperado. El pulsador del ascensor era táctil y no respondía a mis intentos de pulsarlo con los dedos enguantados. Subir por las escaleras, cargando un carro de la compra repleto de macarrones y de botes de garbanzos no era la mejor opción. Llegaría hasta el tercer piso sin apenas fuelle, algo que no podía permitirme si quería acabar con él.

—Piensa rápido, Sergio —me dije.

Estuve a punto de quitarme el guante. De hecho, sacar una huella de un pulsador digital y reconocerla era del todo imposible, no obstante, en el último instante se me ocurrió arremangarme la camisa y pulsarlo con el codo.

Durante el trayecto del ascensor escondí el cuchillo más largo en el bolsillo posterior del carro de la compra, luego me miré al espejo con cierta admiración por el buen trabajo de caracterización. El disfraz era perfecto, parecía otra persona; y no solo por la barba y el pelo rojizo y esos diez kilos de más que parecía aparentar. No reconocí mi mirada. Ese hombre a quién yo había apodado como Aníbal tenía una mirada fría y distante, la de un asesino movido por el odio y la premeditación.

Eran las 11:16 y en poco más de una hora debería estar montado en un tren regresando a Barcelona. No tenía tiempo que perder, debía de ser rápido y eficaz.

Salí del ascensor y Mario me esperaba en el rellano, junto a la puerta de su casa. Había llegado el momento y ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 8

No sabría explicar las sensaciones que tuve al volverle a ver en persona. Habían pasado diecisiete años y se le veía envejecido notablemente. El pelo había emblanquecido y los surcos de su cara evidenciaban la dureza del paso del tiempo, con el agravante de haberlo hecho entre rejas. En cierto modo, había algo en él que me invitaba a apiadarme, aunque no sabría explicar la razón de ese sentimiento. Quizás era su indefensión, la misma que llevó a Clara a la muerte. Ese hombre que miraba con curiosidad el carro de la compra se había levantado ese día si saber que sería el último de su vida, cuando quizás él ya creía que había cumplido la pena suficiente por su terrible crimen.

Me asaltaron las dudas. Y eso no era bueno.

Sabía que eso podía sucederme, que el miedo o la compasión pudiesen hacerme desfallecer y me había prometido, que si eso pasaba, que recordaría a Clara tumbada en el suelo y cubierta de sangre, que me acordaría de cada una de las veces que Lucas me preguntó por su madre y que tendría muy presente la ruina económica a la que había llegado por su culpa. Hice esfuerzos para que el odio volviese a instalarse en las pulsaciones de mis sienes hasta que mi sangre hirviese y entonces cumplierse con mi palabra.

Le acompañé hasta la cocina y empecé a sacar bolsas de comida del interior del carro y se las fui entregando una a una, esperando cualquier despiste de él para pasar a la acción. De hecho, si no me perdía la cara, no sabía cómo podría abordarle.

Fue entonces cuando ocurrió algo completamente imprevisto y que no había previsto en ninguno de los supuestos de error.

—Gracias por traerme la compra, Sergio —dijo de pronto—. Dime, ¿qué te trae por aquí?

En ese momento creí que se me caía el mundo encima. Dejé la última bolsa sobre la encimera y me lo quedé mirando con el miedo instalado en mis ojos. Él me observaba con semblante circunspecto, esperando de mí una respuesta que era incapaz de verbalizar.

—¿Sabes? —continuó diciendo—. Lo primero que aprendes cuando entras en la cárcel es a reconocer a tus enemigos. Primero a los de dentro y luego a

los que tienes fuera.

—¿Me consideras tu enemigo? —le contesté. De hecho, me halagaba que me considerase como tal.

—No lo sé... Dímelo tú, Sergio. Has venido aquí disfrazado, haciéndote pasar por un empleado de Cáritas y todavía no has contestado a mi pregunta. ¿Qué haces aquí?, ¿a qué has venido?

Todo mi plan estaba diseñado con la intención de ser yo quién controlase la situación en todo momento, de ir siempre un paso por delante de todo el mundo. Y ahora, en el momento crucial, me encontraba indefenso; sabedor de que estaba a expensas de Mario Carrasco. Me lo quedé mirando, sopesando qué posibilidades tendría de salir victorioso en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo y me acobardé al momento. A juzgar por el tamaño de sus brazos y de su espalda, deduje que durante su reclusión aprovechó el tiempo en el gimnasio. Ya no era ese yonki de media hostia de hacía diecisiete años y, por lo tanto, en un enfrentamiento con ese tiparraco, tenía todas las de perder.

—Quería verte —le dije sin demasiado convencimiento.

—¿Verme? ¿Para qué?

Me encogí de hombros, sin saber qué responderle.

—Sergio, Sergio... ¿Te has tomado la molestia de venir desde Barcelona solo y te has montado toda esta película solo para verme? Perdona, pero no me lo creo. Te diré qué haces aquí... Has venido para darme el palo y para vengar la muerte de tu mujer. ¿Me equivoco?

Su tono inquisidor me amedrentó todavía más y eso condicionó mi respuesta.

—Si te soy sincero, no sé qué he venido a hacer, Mario. Sí, quería verte pero no sé con qué fin. He venido desarmado, puedes cachearme si quieres; pero también te puedo decir que si mi instinto de venganza se hubiese despertado al verte quizás habría intentado matarte.

Mario sonrió.

—Sabes que no podrías hacerlo. Para matar a alguien hay que estar predispuesto a hacerlo y, la verdad, te veo muy verde.

El hecho de que me considerase incapaz de matarle me indignó y pensé que quizás era eso lo que buscaba diciéndomelo y decidí seguirle el juego, nada tenía que perder; además, quizás era esa la manera de volver a retomar el control de la situación. Quise darle charla, que tuviese motivos para confiarse y, cuando menos se lo esperase, tomaría la decisión de hacerlo.

—Sabes, Mario... Lo primero que le pasa por la cabeza a alguien a quién

le han matado a un ser querido es vengarse. De hecho, juré matarte.

—Lo sé. Recuerdo perfectamente lo que me dijiste y me lo tomé como una amenaza, pero han pasado muchos años y la rabia y el instinto de venganza tiende a enfriarse.

—Ahí te equivocas —le repliqué de inmediato—. Estos últimos diecisiete años han sido un infierno y mi rabia y mi sed de venganza se ha ido alimentando a cada desdicha y cada vez que mi hijo preguntaba por su madre.

—Supongo que una disculpa no te servirá de nada, ¿verdad? —me dijo, creo que sinceramente.

—No me serviría de mucho pero no estaría de más hacerlo.

—Mira, Sergio... Me he arrepentido de lo que hice cada uno de los días que estuve en la cárcel, me he maldecido una y otra vez y, si pudiera volver atrás, te aseguro que tu mujer seguiría viva. Claro que te pido disculpas, pero estoy seguro que estas palabras no te servirán para curar tu dolor y tampoco a mí. No gano nada con tu perdón, el perdón lo tuve cuando salí de la cárcel.

Ambos nos quedamos en silencio, un silencio incómodo que solo podía resolverse marchándome de allí con mi carro de la compra y con una terrible sensación de frustración, pero no quería irme, debía cumplir mi cometido a toda costa, aunque mi tentativa acabase en una reyerta en la que yo sería el cadáver.

—Creo que ya tengo lo que vine a buscar— le mentí.

Él asintió y me invitó a salir el primero de la cocina.

—La segunda cosa que aprendes en la cárcel es que nunca puedes darle la espalda a nadie, y menos a tus enemigos.

Salí de la cocina, empujando el carro desde atrás, caminando hasta la puerta. En ese momento era yo quién estaba a merced de él, lo tenía a mi espalda y si él hubiese querido podría haber acabado conmigo.

A cada paso que hacía perdía una oportunidad más de culminar mi venganza y sabía que no habría otros intentos en el futuro. Si no acababa con él ese día, perdería el momento y el factor sorpresa.

La voz del diablillo me inquirió a hacerlo y, por primera vez, esa vocecita amable no dijo nada, quizás invitándome a llevar a cabo mi misión. Mis sienes empezaron a palpar, mi memoria me devolvió el estruendo del arrebato de las golondrinas, Lucas lloraba y Clara seguía muerta, en el suelo, cubierta con una manta térmica. El furor se instaló en mí, tensé las mandíbulas y dirigí mi mirada al bolsillo del carro de la compra.

Mario estaba a mis espaldas, a menos de un metro. Había llegado el

momento de hacerlo. «¡Vamos, Sergio! ¡Ahora!»

Saqué el cuchillo y me revolví con un gesto rápido. Él no tuvo tiempo de evitarlo y yo no fui del todo consciente de la certeza de mi maniobra. Le acababa de clavar una hoja de unos veinte centímetros en el estómago.

Mario se me quedó mirando, con el terror colmando sus ojos.

Entonces saqué el cuchillo y lo volví a hincar. Y lo hice una tercera vez, y una cuarta y una quinta. Luego Mario cayó de rodillas mientras de su boca brotaba un fino hilo de sangre. No dijo nada, solo me observaba mientras su cuerpo se desangraba poco a poco. Luego saqué el cuchillo de su vientre y él se derrumbó de cara, contra el suelo.

Me quedé petrificado, temblando como una hoja y tratando de contener mis náuseas. Mario había convulsionado unos instantes, para luego quedarse inmóvil, con los ojos abiertos y una expresión horrible. La sangre empezó a brotar de su vientre y en pocos segundos se formó un espeso charco de color púrpura negruzco alrededor de su cadáver. Desde ese momento supe, que fuese cual fuese mi futuro, nunca jamás olvidaría esa cara y esa escena.

Cuando matas a alguien te conviertes en un ser despreciable y, al instante, te das cuenta de que el peso del acto que acabas de cometer aplasta por completo tu conciencia para siempre. Y eso me ocurrió. El arrepentimiento aparece de inmediato y lo hace con fuerza para paliar el sentimiento de culpa y te sientes menos humano. Da igual los motivos que te hayan llevado a cometer tal aberración, los justificantes y los atenuantes carecen de sentido. Pensé que quizás, solo el paso del tiempo sería capaz de mermar ese sentimiento.

La lucidez tardó en llegar a mí. Tenía un procedimiento preconcebido que debía seguir estrictamente y si no me apresuraba, todo se vendría abajo y perdería el tren de regreso y mi coartada se iría al garete. Traté de templar mis nervios y para ello hice mis respiraciones de relajación antes de ejecutar el plan de huida.

Pisé el charco de sangre con ambos pies y lo hice a propósito, para luego deambular de un lado a otro de la casa, dejando constancia de mis huellas, dos tallas más grandes que las mías, en varias estancias. Luego revolví cajones y esparcí su contenido por el suelo. Hice lo mismo con una hilera de libros y una carpeta que reposaba sobre ellos, simulando que la entrada en la casa escondía un móvil de robo.

Consulté mi reloj y me aterroricé al comprobar que marcaba las 11:34 y que disponía de muy poco tiempo para abandonar la escena del crimen y transformarme de nuevo en Maribel Martínez Segura.

Mi ropa estaba completamente manchada de sangre, principalmente la manga derecha de la camisa, con el puño totalmente empapado. El resto eran salpicaduras, algunas de ellas, muy evidentes. El pantalón no se había visto demasiado afectado, pero lo suficiente para que alguien pudiese percatarse, de modo que tenía que poner en práctica la opción secundaria del momento D.

En ese punto debía estar extremadamente concentrado para no cometer ningún error y de mi meticulosidad dependía el éxito de la huida de la escena del crimen. Me tomé un tranquilizante y repasé mentalmente el plan. Me quité la ropa y las zapatillas y lo puse todo dentro de una bolsa de basura junto a los guantes que había usado desde que entré en el edificio. Luego cogí una toallita desmaquillante y me fui al cuarto de baño, me ayudé de ella para abrir el grifo sin dejar mis huellas y me lavé las manos. De la maleta saqué la camisa y los pantalones idénticos a los que llevaba al entrar y me cambié de zapatillas, luego puse la bolsa de basura en el interior del carro y salí por la puerta.

Esta vez bajé por las escaleras, con el carro al hombro y rezando para no encontrarme con ningún vecino durante mi bajada frenética. En el rellano del primer piso, quiso el destino que con una de las ruedas del carro pulsara accidentalmente el timbre de un vecino, lo que propició que acelerara todavía más el paso, haciendo traquetear el carro contra las paredes en el último tramo de escaleras.

El azar estuvo de mi parte y a las 11:46 conseguí salir de la finca sin ser visto y aparentando una calma que para nada tenía. Empecé a andar y, al doblar la primera esquina, aceleré mi paso todo lo que pude sin olvidar simular mi renqueo y me dirigí de nuevo al Mercado Municipal de Vallecas. Fue en ese momento cuando el crimen empezó a llamar a la puerta de mi conciencia para decirme que era un ser despreciable. Las lágrimas empezaron a nublar mi vista y a resbalar por mis comisuras para instalarse en el bigote postizo, que tuve que sujetar con la mano para que no se desprendiese definitivamente.

11:54 – Mercado Municipal de Vallecas.

En uno de los departamentos cerrados de los aseos de caballeros del mercado me quité la ropa y los postizos, saqué del carro la ropa de Maribel y puse en su lugar la que llevaba puesta. El tranquilizante no estaba haciendo los efectos deseados y maquillarme fue verdaderamente dramático, el pulso no me acompañaba y únicamente empolvé mi cara lo mejor que pude y me eché un poco de perfume para tratar de disimular un olor corporal que prometía

delatarme en cuanto subiese al tren. Luego limpié el arco de tiro del carro y la maneta del excusado para borrar cualquier tipo de huellas. Repasé mentalmente todo lo que había tocado. Había sido minucioso y estaba convencido que había borrado cualquier rastro.

Maribel Martínez Segura salió de allí con el bolso colgado del hombro y tirando de la maleta de mano con la toda la elegancia que supe interpretar, dejando en el interior de los servicios un carro abandonado que contenía las dos mudas de ropa de mi amigo Aníbal y un juego de cuchillos.

Faltaban menos de veinte minutos para que mi tren partiera y me encontraba a cuatro kilómetros de la estación de Atocha. Era inviable llegar a tiempo en autobús, así que decidí coger un taxi.

Catorce euros era todo el efectivo que me quedaba encima.

En el interior del taxi mi única preocupación era que el contador no sobrepasase esa cantidad, hecho que me vino bien para no hacer caso a mi conciencia, que trataba de torturarme con sus remordimientos. No conozco Madrid lo suficiente y no sé si el conductor me llevó por la ruta más rápida o se dio un rodeo a cuenta de mi bolsillo, pero lo cierto es que consiguió llegar en poco más de diez minutos. De agradecer es también que no se hiciera el simpático ni tratara de establecer una conversación y se limitara a hacer su trabajo.

12:25 – Estación de Atocha

Con los tacones en la mano y con una delicadeza impropia de una mujer con clase como Maribel, me hice todo el vestíbulo corriendo como un atleta olímpico, mientras trataba de identificar en los paneles la puerta de acceso a mi andén.

Creo que fui la última pasajera en subir al tren y solo unos segundos me separaron de echar por tierra toda mi coartada.

Dejé la maleta junto a las de otros pasajeros en la parte central del vagón y me encerré en el servicio para refrescarme y para poder llorar con tranquilidad.

CAPÍTULO 9

Media hora en el interior del lavabo del tren fue suficiente para derramar unas cuantas lágrimas, lavarme con tranquilidad y retocar el maquillaje. Los efectos del tranquilizante ya habían hecho su efecto y me encontraba mucho más calmado, así que fui hasta mi asiento, cerré los ojos y escuché un poco de música durante el trayecto. En ese tiempo, mis pensamientos estuvieron con Clara. Le expliqué que todo había acabado y que Mario Carrasco ya no existía y que nos había dejado en paz por fin.

De pronto abrí los ojos y me incorporé hacia delante. Mi corazón empezó a bombear con fuerza de nuevo y el sudor volvió a campar a sus anchas espalda abajo. Acababa de darme cuenta que había dejado olvidado el cuchillo en casa de Mario. El plan contemplaba meterlo en la maleta junto a la ropa de Aníbal.

—¿Cómo has podido olvidarte de él? —me reocriminé, atizándome en la frente con los nudillos.

Intenté recordar. Todo lo que había comprado en la tienda de los chinos lo había limpiado escrupulosamente con las toallitas desmaquilladoras antes de ir a casa de Mario, de modo que el taco de madera que había dejado abandonado en el interior del carro estaba limpio pero no estaba del todo seguro si el cuchillo que utilicé para cargarme a Mario lo saqué antes o después de ponerme los guantes.

La duda resultaba angustiante, sobre todo por que ya no había manera humana de saberlo. Era un cabo suelto y me preguntaba si sería el único que había cometido o el primero de una serie de errores que me inculparían irremisiblemente.

El tren llegó a Barcelona a las 15:25, con cinco minutos de adelanto a la hora prevista. Me sentí aliviado y liberado, con la conciencia aletargada por los efectos del tranquilizante y con unas ganas locas de llegar a casa, quitarme la ropa de Maribel y darme una buena ducha.

El trayecto en el Metro se me hizo interminable. Por momentos pensaba que todo el mundo me observaba y que alguien se daría cuenta de que era un hombre disfrazado de mujer, aunque en una ciudad como Barcelona, cruzarse con un travesti no es algo que llame tanto la atención. De todos modos, el olor

corporal, que me ofendía a mí mismo era totalmente delatador. Por suerte, un pasajero arrimó cebolleta en la parada de Paseo de Gracia y eso me alivió, al menos, a los ojos de ese depravado era toda una mujer.

Llegué a casa media hora después, con la esperanza de encontrarme el fax y la Wifi conectados. Y así había sido, todo había funcionado como estaba previsto. Lucas había contestado a mi whatsapp una hora y media más tarde:

«Sorry, no te había leído»

«Hay muy poca cobertura aquí»

«Salimos ahora de excursión. Queremos subir un pico de vaca ☺ ☺ ☺ ☺»

«Y no escribas tanto, sal un poco a la calle para que te dé el sol»

Me limité a contestarle con tres emoticonos carcajeando y me fui directo al baño para darme una de las duchas más largas de mi vida.

Media hora después, salí de casa y me fui a una hamburguesería del barrio y homenajeé mi hazaña con un succulento menú alto en grasas.

—Por favor, la hamburguesa bien hecha. No soporto la sangre —apostillé mientras pedía en el mostrador.

Incomprensiblemente me sentía bien, relajado y sin demasiado sentimiento de culpa. Mi mala conciencia continuaba adormecida y no me molestaba demasiado. No obstante, me sentía extraño, como si estuviese inmerso en un sueño o en el interior de la trama de una de mis novelas y la realidad no fuese conmigo. Era oficialmente un asesino y ninguna de las cincuenta personas que estaban a mi alrededor sabían qué tipo de persona estaba comiendo junto a ellos. Me pregunté si algunos de esos hombres o mujeres también serían capaces de asesinar a sangre fría y llegué a la conclusión de que uno debe estar muy mal de la cabeza para hacerlo. Sí, era un loco peligroso.

No me apetecía regresar a casa. Mi estado de liberación me pedía pasear, mirar al mundo con otros ojos, de disfrutarlo por primera vez en diecisiete años. Me bajé hasta Las Ramblas paseando, sin prisas, observando a la gente, entreteniéndome curioseando por los quioscos y las casetas. Le eché unas monedas a un mimo disfrazado de Dar Baden, que deleitaba a los paseantes con una performance muy original. Sin estar junto a mí, sentí el calor de la mano de Clara estrechando la mía, paseando juntos por las calles del Raval, como habíamos hecho años atrás. La última vez que hicimos juntos esa plácida caminata Lucas apenas tenía seis meses, yo empujaba el carrito mientras mi esposa se apoyaba en mi hombro. Esa era la felicidad absoluta, la de una familia repleta de ilusiones, disfrutando de la mutua compañía. Pocos momentos más recuerdo de los tres juntos, ese hombre me privó de vivirlos; a

mí y a Lucas. Y por supuesto, también a Clara.

«Muerto el perro, muerta la rabia» —pensé.

Pero me equivocaba. La muerte de Mario Carrasco no cambiaba nada, no llevaba consigo una resurrección ni una vuelta atrás. Fue entonces cuando me pregunté qué había ganado con su muerte más allá de saciar mi sed de venganza. Y no obtuve ninguna respuesta. Todavía no lo sabía, pero lo único que había conseguido con mi crimen era condenar mi alma para el resto de mis días, pero sin embargo, me sentía bien y en paz.

Me preguntaba si alguien había encontrado ya el cuerpo sin vida de ese desgraciado; si a lo mejor su madre, una hermana o una novia habían entrado y se habían encontrado con el pastel. Me supo mal y le recé a un dios en el que no creo para que fuese algún vecino quien avisase a la policía semanas más tarde quejándose del olor fétido de la muerte. En ese caso, serían un par de agentes los que se comerían el marrón. «Ojalá Mario no tuviese mucha familia».

Había previsto desde hacía días lo que me ocurriría. Sabía que mi mente daría bandazos durante una temporada, luchando con sentimientos encontrados: la venganza lidiaría con el arrepentimiento, la culpa con la justicia, la pena con la felicidad, el miedo con el orgullo de poseer un par de agallas... Más allá de la justicia creada por los hombres, me preguntaba quién más podría juzgarme por mis actos, quién podría convencerme de que mi acto estaba mal o todo lo contrario.

Por el camino me crucé con varios agentes de los Mossos d'Esquadra. Ni siquiera me miraron, solo vigilaban a los niñitos marroquíes que pajareaban calle arriba y calle abajo, buscando algún turista de cartera despistada. En cambio, yo, un asesino de bandera, por mi pericia, mi planificación y mi sangre fría, pasaba desapercibido ante ellos. Quizás en unos días, esos mismos policías a los que ahora ninguneaba estarían delante de mi casa con una orden de detención en una mano y unos grilletes de mi talla en la otra.

Consulté la hora. Se hacía tarde, quedaba poco para la presentación oficial en Barcelona de *La bala marcada*, mi última novela y quería repasar un poco el guion que Juan Carlos me había enviado hacía unos días. Subí por Rambla de Catalunya y me detuve pasada la Gran Vía, me senté en una de las terracitas y me tomé una de las cervezas más ricas que recuerdo.

Durante las tres horas siguientes, Mario y Clara desaparecieron de mi vida mientras Sergio, el escritor, se homenajeaba a sí mismo con una presentación multitudinaria.

CAPÍTULO 10

A mis presentaciones suelen venir mis amigos pero no lo hacen para adquirir un ejemplar firmado, el libro suele ser la coartada perfecta para correrse una gran juerga después del evento. Tengo una liturgia estúpida cada vez que bautizo a uno de mis retoños literarios: no pueden faltar las cervezas, las patatas bravas y los langostinos cocidos. Luego deriva en una bacanal de chupitos de orujo de hierbas o de rondas de tequila barato.

Y el resultado de todo ello fue una resaca monumental el domingo por la mañana. La cabeza me estallaba y tenía el estómago removido, hasta el punto de que me pasé media mañana sentado en un trono de cerámica blanca. Como era de esperar, esa noche soñé con Mario. En algunos episodios de esos sueños se me aparecía vivo y coleando para burlarse de mí, en otros volvía a la escena del crimen e interceptaba todas mis tentativas de acuchillarle. Supuse que ese tipo de sueños me acompañarían durante una buena temporada, seguramente para siempre, pero ese era el precio de mi malentendida felicidad.

Por la tarde, después de comerme un arroz hervido que fue mano de santo para frenar mi descompostura intestinal, me dediqué a deshacerme de unas cositas que no era conveniente tener en casa. La ropa de Maribel, sus complementos y la peluca debían desaparecer inmediatamente, de modo que los puse en el interior de la maleta y empecé a andar y a andar. Atravesé todo el barrio de Gracia hasta llegar a las inmediaciones de Lesseps, me metí por una callejuela estrecha que me pareció la menos transitada de las que me había encontrado durante el trayecto; me acerqué a un contenedor, miré a lado y lado para cerciorarme de que nadie me veía y dejé caer la maleta en su interior. Y ya estaba, adiós pruebas incriminatorias.

Más allá de un par de temporizadores, que pueden haber en cualquier casa, lo único que seguía en mi poder y que podía incriminarme era el documento de identidad de Maribel. Lo cierto es que me quemaba dentro de mi billetero y tenía ganas de deshacerme de él lo antes posible. Sopesé la posibilidad de ir en persona a entregárselo ese mismo día a su casa de Pedralbes, pero había previsto que fuese Miguel quien se lo hiciese llegar; no en vano, llevaba unos días uno poco mosca conmigo con este tema y me pareció buena idea

informarle de que lo tenía yo. Le diría más o menos la verdad, que me lo metí en el bolsillo de la camisa y que lo encontré cuando iba a ponerla en la lavadora. Y fin del asunto.

Antes de regresar me senté en la terraza de un bar y me pedí una cerveza y el periódico de la casa y busqué entre las páginas de suceso con la esperanza o no de encontrar una noticia relacionada con el asesinato de Mario. Una parte de mí deseaba saber que ya le habían encontrado, pero mi parte más racional rogaba al cielo porque la policía tardase semanas en hacerlo. El hecho de que apareciese o no me era bastante indiferente, pero estaba prácticamente seguro de que si lo encontraban y se ponían a investigar su muerte acabarían contactando conmigo. Diecisiete años antes le había amenazado ante una cámara de televisión y salí en todos los noticiarios del día. Me vieron millones de personas, incluso llegué a recibir alguna carta de solidaridad de gente de diferentes puntos de España. Era la persona con más motivos para matarle y así lo recogía la sentencia, en la que el juez hizo constar que durante el transcurso de la vista, el esposo de la víctima tuvo que ser amonestado en varias ocasiones por proferir insultos de manera reiterada al acusado y por amenazarle de gravedad.

Si alguien venía a mí para interrogarme o a preguntarme dónde estaba el día del asesinato quería estar preparado, debía saber que el crimen había sido descubierto para que la visita no me cogiese por sorpresa.

Como era de esperar, en el periódico no había ninguna noticia de Mario y, de hecho no la habría nunca, ni una vez encontrado. La muerte de un yonqui de Vallecas no era algo destacable y tenía una trascendencia ínfima como para salir publicada en un periódico. Además, Cada día se cometen crímenes en este país y son muy pocos los que salen a la luz.

Me di cuenta que le estaba dando demasiadas vueltas a la cabeza, cuestionándome demasiadas cosas y con demasiada asiduidad. Era normal, pero debía evitarlo para el bien de mi salud mental.

Lucas me envió un mensaje:

«Ya estoy en casa.»

«No hay de nada en la nevera. Compra algo cuando vengas XXXXDDDD»

Pagué la cerveza y volví para casa. Tenía muchas ganas de abrazar a Lucas.

CAPÍTULO 11

Habían pasado tres semanas desde el día D sin que ocurriese nada, o al menos que yo conociese y eso era una buena noticia. Acudía a diario a cibercafés de diferentes puntos de la ciudad para rastrear la red en busca de alguna noticia relacionada con Mario Carrasco, incluso consultaba las necrológicas y el listado de difuntos del día de todos los tanatorios de Madrid, pero no había nada, absolutamente nada. La búsqueda en Google de su nombre solo devolvía ocho resultados, uno de Facebook y de las otras, casi todas formaban parte de la noticia del asesinato de Clara. Si todavía no habían hallado su cadáver, me podía imaginar el olor nauseabundo que debía hacer ahora mismo ese piso.

Maribel Martínez Segura había recuperado su DNI antes de que denunciase su desaparición y yo ya me había desecho de cualquier otra prueba incriminatoria: mi bloc de notas, los billetes de autobús y los del tren; incluso también me deshice de los temporizadores. Pasado ese tiempo, todo eso ya debería haber pasado por una planta incineradora de residuos.

En lo que se refiere a mi conciencia, me encontraba bastante sereno, mucho más de lo que hubiese supuesto a priori. El crimen estaba muy presente en mi día a día, soñaba recurrentemente con él en forma de pesadillas, pero no me sentía culpable y no me consideraba un monstruo. Eso sí, cada vez que alguien llamaba a la puerta o sonaba mi teléfono, mi corazón daba un triple mortal con pirueta.

Por otro lado, a nivel profesional, estaba en un momento óptimo. Mi última publicación, *La bala marcada*, estaba imprimiendo ya la segunda edición y varios periódicos de tirada nacional hablaban muy bien de ella. Además, el proceso de escritura de mi nueva novela iba viento en popa, fluyendo como nunca, a un ritmo de ocho o nueve páginas diarias; además, disfrutando de la trama, de los giros y congeniando muy bien con mis personajes.

Pero una tarde, a eso de las siete, volvió a ocurrir. Estaba acabando el Capítulo 11, en él, mi protagonista recibía la llamada del sicario para decirle que había cumplido con su trabajo y aquí debía terminar el episodio con un giro magistral que cambiaría por completo el hilo de la trama. Una genialidad. Mis dedos se detuvieron, quedándose posados sobre el teclado, buscando una

buena frase para conectarla con el diálogo posterior con la hermana de la víctima. Escribí y borré, lo hice hasta tres veces. Me levanté, me fumé un cigarrillo y me preparé un descafeinado mientras le daba vueltas a la maldita frase. El cursor parpadeaba, mis mandíbulas se tensaron cuando volví a posar mis dedos inútilmente sobre el teclado.

Nada, no había manera.

Hacía calor y habían anunciado lluvias para esos días, el cielo estaba encapotado y la humedad era relativamente molesta. Me desabroché la camisa y me abaniqué con una revista que tenía por ahí encima. Me faltaba el silencio. Las golondrinas estaban histéricas, trisando como si esas fueran las últimas horas antes del fin del mundo.

El sudor me agobiaba... Hundí mis manos en mis cabellos y cerré los puños mientras mi pierna percutía contra el suelo. Entonces grité, soltando los reniegos más bajos de la condición humana y me eché a llorar. Lo hice con un desconsuelo incontrolable y frenético, a moco tendido, como cuando era un niño. Esas lágrimas llevaban consigo un sentimiento de culpa que llevaba dormido desde el día del crimen y mi cuerpo necesitaba expulsarlo. Quizás, si no hubiese sido por el arrebató de las golondrinas, hoy no habría crimen, ni culpa, ni locura.

Mi vista se fue hacia la estantería, buscando el retrato de Clara que presidía la balda superior, lo cogí y me abracé a él. Me senté en el sofá y le hablé.

—Lo he hecho por ti.

—He hecho bien, ¿verdad?

Buscaba en ella una aceptación que me redimiese de cualquier pecado. A fin de cuentas era ella la única que podría decir si lo hecho era justicia o no.

Al poco tiempo llegó Lucas. Entró por la puerta despotricando del tráfico, del calor y de la mala suerte que tenía aparcando. Me recordó a mí, yo siempre he sido igual de negativo, quejándome siempre de todo lo malo que me rodea; como si siempre fuese la principal víctima de una conspiración judeo-masónica ideada por Dios. Clara me enseñó a relativizar esa actitud, me infundía optimismo y siempre me mostraba una óptica pragmática y racional a todo lo que nos rodeaba.

—¿Qué te ocurre? —me dijo Lucas cuando dejó de lado sus absurdos problemas y se dio cuenta que mis ojos evidenciaban haber llorado.

—Nada... —contesté sin más.

Lucas se acercó hasta el sofá y se sentó junto a mí.

—¿Cómo que nada? Se te ha puesto cara de hamster. Has llorado, ¿verdad? Hice que no con la cabeza.

—No es nada, estaba limpiando el marco de la foto de Mamá y me he emocionado. Eso es todo —le mentí—. Todo está bien.

Hacía tiempo que no hablábamos de ella. Yo sé que a él le hace daño hacerlo y a mí también. Ambos lo evitamos y cuando acabamos refiriéndonos a ella lo hacemos en la superficie, sin bajar a bucear a los abismos del drama. Por eso me chocó que Lucas me abordara con preguntas que jamás había osado formular.

—¿Todavía la echas de menos?

—Siempre la echaré de menos —repuse encogiéndome de hombros—. Cada día que pasa pienso en ella, cada vez que te veo a ti...

—Yo no pienso mucho en ella —reconoció mi hijo—, me duele hacerlo pero también me siento mal por no hacerlo. ¡Joder, Papá! Yo era un niño y casi no me acuerdo de ella. Si retengo su imagen es por las fotos y por los vídeos que he visto por casa.

Comprendí a Lucas, de hecho es normal no echar de menos a alguien que no recuerdas.

—¿Sabes? —empecé a decir—. Si no hubiese muerto en unas circunstancias tan trágicas, quizás el dolor sería más llevadero. Hubiese aceptado su ausencia con más naturalidad, como un hecho más de la vida, pero el recuerdo que tengo de ella está manchado de sangre, de rabia y de odio. Y es muy difícil sacudirse de encima todos esos sentimientos.

—Nunca me has hablado de su asesino, de hecho no sé cómo ocurrió todo... ¿Te molesta que te lo pregunte?

No me molestaba, pero me veía incapaz de explicarle lo que sucedió sin que algo resquebrajase mi pecho, por eso nunca le había explicado los detalles. Para protegerle a él y para protegerme a mí.

—No me gusta recordar ese día —le dije al fin—. Es un recuerdo terrible que no me gustaría que formase parte de ti.

Lucas me abrazó y me besó, y eso me conmovió. Hacía años que no lo hacía, de hecho no recordaba la última vez que lo había hecho y tuve que sostener mi maltrecho lagrimal para no continuar con mi llorera. Fue muy tierno y me gustaría que ese momento hubiese durado unos instantes más.

—La abuela me contó que amenazaste de muerte al asesino de Mamá —me soltó por sorpresa.

—Pues sí —le reconocí.

—Dice que hasta saliste en el Telediario —se burló—. La liaste buena, ¿no? Me reí.

—Y lo hubiese matado si no me hubiese interceptado uno de los policías. Estaba fura de control, además, llevaba alguna copa de más.

Él sonrió y se me quedó mirando, en silencio, buscando las mejores palabras para formularme una pregunta más difícil de hacer que de contestar. Al final se decidió a hacerlo:

—¿Y ahora? ¿Lo matarías?

—No lo sé. No lo creo... —volví a mentirle—. ¿Acaso me ves capaz de hacerlo?

Para mi sorpresa, Lucas ladeó la cabeza y arqueó sus cejas, preguntándose a sí mismo y sopesando qué tipo de padre tenía delante. Supongo que si sacó el tema es porque sospechaba de que era capaz.

—Hubo un tiempo en que supongo que sí —traté de aclararlo—, al menos de pensamiento. Pero ahora... ¿De qué serviría hacerlo?

—Pues yo lo tendría claro —me sorprendió—. Si lo pillo por la calle, te juro que me lo cargo.

Su respuesta me preocupó. No me lo esperaba y era un discurso peligroso, en el caso de que algún día alguien pudiese sospechar de alguno de nosotros, así que intenté sacárselo de la cabeza de inmediato.

—No digas eso, chico. Matarle no nos devolvería a tu madre y nos estaríamos condenando de por vida con una carga demasiado pesada.

—¡Joder! ¿Hablas de remordimientos? —dijo con enfado—. Te aseguro que no tendría ni uno y dormiría bien tranquilo.

Una vez más, era como yo, beligerante, irreflexivo e impulsivo. De no haber sido todas esas cosas el día del atraco ahora Clara estaría viva, no me hubiese arruinado y no hubiese vivido diecisiete años de mi vida amargado y con un sentimiento de venganza carcomiéndome las tripas. Debía detener esa escalada de rabia y convencerle de que no le llevaba a nada vivir con ese odio y con la sed de venganza instalada en la mirada; le di uno de mis famosos discursos morales y éticos para sacarle esa idea de la cabeza y, mientras, me decía a mí mismo que yo debería haberme aplicado esa teórica antes de ejecutar a Mario Carrasco.

CAPÍTULO 12

Con el mes de agosto recién estrenado y el bar de Miguel cerrado por vacaciones, empezaba mi época más fructífera del año para escribir. Sin un céntimo para poderme ir de viaje y con un repelús atroz a las playas abarrotadas, el salón de casa era el escenario perfecto para continuar con la nueva novela. Después de unos días bloqueado en el Capítulo 11 conseguí que mis musas volvieran a mi custodia. No escribía con la misma frescura de los primeras semanas, pero iba haciendo un par o tres de páginas al día; lo justo para sentirme realizado como escritor y para no pensar en aquello que necesitaba olvidar cuanto antes. Además, las golondrinas parecían estar más calmadas, o quizás yo había aprendido a convivir con sus arrebatos. Dormía bien y casi siempre sin la ayuda de las pastillas, incluso las pesadillas con Mario se habían espaciado considerablemente.

Me sentía bien, con una extraña paz interior y sin apenas remordimientos, convencido de que estaba empezando una nueva vida mucha más parecida a la que llevaba hacía diecisiete años.

Apenas llevaba un par de párrafos del capítulo 12, con mi protagonista sentada en un banco del Paseo de Gracia esperando a su enlace con el sicario, cuando llamaron a la puerta. Miré la hora y deduje que era Lucas, que se habría dejado las llaves en casa, como de costumbre; así que me levanté indignado con él por haber interrumpido mi trabajo en un momento de fluidez absoluta y abrí.

Al otro lado había dos hombres. Uno alto y delgado, de calvicie rasurada que aparentaba unos treinta años; el otro, un hombre de mediana edad, orondo y un par de palmos más bajo que su compañero. Se me encogió el corazón antes de que se identificasen.

—¿Sergio Azorín? —preguntó el más joven.

Asentí.

—Mossos d'Esquadra —dijo mostrándome una placa.

Había visualizado ese momento cientos de veces. Había ensayado la manera de comportarme y las respuestas a sus preguntas estaban planificadas desde antes de cometer el asesinato. Sospechaba que en un momento u otro vendrían a hacerme las cuatro preguntas de rigor, de modo que estaba

preparado. Pero en ese momento temblaba como un flan.

—¿Ocurre algo? —dije al fin.

—Estamos en un proceso de investigación y nos gustaría contar con su ayuda. Si nos puede dedicar unos minutos, claro.

El tono era muy cordial, incluso diría que amigable, lo que me iba bien para interpretar mi papel con falsa naturalidad.

—Claro, pasen... No será nada relacionado con mi hijo, ¿verdad?

—No, no... —dijo ahora el más mayor—. No se preocupe, no tiene nada que ver con Lucas.

El hecho de que le nombrasen por su nombre me puso en alerta y supuse que antes de visitarme habían hecho ya su trabajo y lo sabían casi todo de nosotros. Lo que desconocía era hasta qué punto sabían de nosotros y debía andar con pies de plomo para no decir algo que les pudiese poner en alerta.

Nos sentamos en el sofá y se me ocurrió ofrecerles algo de beber, hecho que declinaron con educación.

—Por favor, cuéntenme de qué se trata. Me estoy poniendo nervioso —les dije.

Ahora fue el hombre robusto el que pareció coger las riendas de la conversación, volvió a mostrar su placa y se acreditó como Inspector Félix Llorente. Y su compañero hizo lo propio, presentándose como Subinspector Ángel Julve.

—Supongo que si le hablo de Mario Carrasco sabrá de quién estoy hablando, ¿verdad?

Enfurecí la mirada a propósito y fruncí el ceño.

—De sobras... —me limité a contestar.

—Verá, no hemos venido aquí para reabrir viejas heridas, pero hemos creído oportuno visitarle para explicarle algo relacionado con este hombre.

—¿No me digan que lo han soltado? —le interrumpí con indignación.

—No... Lo han asesinado.

—¡De puta madre! —exclamé—. Cuánto me alegro de que ese hijo de puta la haya palmado.

Mi expresión había cambiado y ahora mostraba una alegría que sorprendió a la pareja de policías, que se miraban de soslayo, tratando de comprender mi exaltación.

—Ocurrió hace unas semanas... —empezó a decir antes de que yo le interrumpiera.

—Oiga, quiero saber quién ha sido. No tengo demasiado dinero, pero si me

dice el nombre del recluso que se lo cargó, prometo enviarle un jamón a la cárcel por Navidad.

—A ver, Señor Azorín. Comprendo que le ha sorprendido la noticia y además veo que se alegra, pero permítame que le cuente una cosa... Mario Carrasco obtuvo el tercer grado hace un año y medio y desde hacía seis meses había terminado su condena. Estaba fuera... No lo mataron en la cárcel

—¿En serio? —repuse, ahora con un tono fingidamente indignado—. ¿Ese hijo de puta estaba ya en la calle? No me lo puedo creer... Vaya mierda de sistema penal tenemos en este país —me lamenté.

Los dos agentes continuaban cruzando sus miradas a cada uno de mis comentarios, supongo que analizando mi perfil y buscando en mí algún resquicio.

—Hijo de puta... —volví a decir.

—Todavía no sabemos quién es el autor de los hechos —intervino ahora el Subinspector Julve—, de modo que puede ahorrarse comprar el jamón, por el momento —bromeó.

Entonces me quedé en silencio, la primera parte de mi interpretación tenía que denotar sorpresa y desconocimiento, y creía haberlo hecho de manera magistral. Ahora les tocaba a ellos abordar el tema según los parámetros que imaginaba.

El Inspector Llorente se mordisqueó el labio en actitud reflexiva antes de empezar a abordar la cuestión de fondo que les traía a mi casa. Y efectivamente, no me equivocaba.

—La muerte de su mujer fue bastante sonada e incluso salió en las noticias...

Asentí.

—Bien... —prosiguió— Señor Azorín, digamos que lo que dijo delante de las cámaras caló muy hondo, fue muy impactante. Y cuidado, entiendo que son cosas que se dicen en un momento así; y seguramente yo hubiese dicho lo mismo...

—Ya...

—No se preocupe, que no sospechamos de usted —se apresuró a decir—, pero la investigación la llevan desde Madrid y la Policía Nacional nos ha pedido que le visitáramos para darle la noticia. Suponíamos que le interesaría conocerla.

—Pues sí... Me han alegrado el día.

El subinspector sonrió con mi respuesta.

—No queremos molestarle demasiado, y más para remover un hecho tan doloroso, pero me tendrá que contestar a un par de preguntas para poder cerrar nuestro informe.

—Sí, claro... —dije ahora haciéndome el tonto.

—¿Recuerda qué hizo el 7 de junio?

—Sí —dije al instante—. Era un sábado y presenté mi libro en una librería de Barcelona.

—Bien... —Asintió— ¿Recuerda la hora de la presentación?

—Sí, a las siete de la tarde.

—¿Y por la mañana? —intervino el otro.

—Pues estuve aquí, en casa, escribiendo.

—¿Y estuvo con alguien?, ¿con su hijo?

—No, que yo recuerde estuve solo toda la mañana y mi hijo estaba de excursión con unos amigos en el Pirineo. No lo vi en todo el fin de semana.

El inspector volvió a asentir y acto seguido se levantó.

—Pues eso es todo —dijo—. No hay más preguntas.

Debo reconocer que esperaba un interrogatorio más incisivo. Eché de menos que reclamasen alguna prueba o que trataran de profundizar más en mi coartada. De hecho, después de todas las molestias que me había tomado en prepararla, resultaba un poco decepcionante que la investigación terminase allí. Pero olvidando, mi ego de asesino de guante blanco, que se fueran sin hacer más preguntas era una extraordinaria noticia.

—Disculpen —les abordé cuando ya se habían despedido y estaban cruzando el umbral de la puerta—. Si pillan al culpable, ¿les importaría darme al menos su nombre?

—Hágase un favor —me contestó el Inspector con cierta acritud—. Olvide la muerte de ese hombre y haga su vida.

Cuando marcharon me tumbé en el sofá con mi mejor sonrisa colgando de mi cara. Me sentía satisfecho y orgulloso de mí mismo. El plan había sido perfecto.

CAPÍTULO 13

En el interior del coche, de regreso a comisaría, el Inspector Llorente reflexionaba con la cabeza apoyada en el reposacabezas y con la mirada perdida en algún lugar inconcreto de la calle mientras su compañero hacía constar en el informe la hora en que marchaban.

—Menudo personaje este tío... Es de risa, quiere regalarle un jamón al asesino...

—No me extraña —le contestó el Inspector Llorente—. Posiblemente yo hiciera lo mismo. O eso, o cargarme antes al tal Mario con mis propias manos.

El subinspector sonrió mientras ponía en marcha el coche.

—Le recuerdo que es policía y que no puede ir cargándose a la gente.

—Bueno... Todo depende de la situación y del estado de ánimo. Ya te he dicho más de una vez que todos tenemos a un asesino dentro y que para despertarlo solo necesitamos un motivo lo suficientemente importante.

—¿Piensa que pudo ser Sergio Azorín?

—Puede... —respondió con desdén—. Tiene el móvil, tiene una coartada inconsistente y una reacción un tanto extraña.

—¿A qué se refiere, jefe?

—No lo sé... Intuición, supongo. Hay algo en su mirada...

—Usted y sus miradas —se burló el Subinspector Julve—. A la gente se le pilla por sus hechos, no por la expresión de sus ojos.

—Hay cosas que no se aprenden en la academia, Ángel. Un policía de verdad ha de obedecer a su instinto y no debe limitarse a buscar entre lo que vemos en la superficie, hay que investigar más.

—¿En serio? ¿No quiere cerrar aquí el informe?

—No —contestó tajante—. No, de momento... Quiero ver cómo reacciona, cómo se mueve estos próximos días. Y luego ya veremos.

—¿Y Lucas?

—El muchacho está limpio. Además, su padre nos ha corroborado lo que ya sabíamos antes de entrar en esa casa. Tiene coartada y un montón de chicos que pueden corroborar que pasaron todo el fin de semana en una casa rural poniéndose ciegos de maría.

CAPÍTULO 14

No se me borró la sonrisa en un buen rato. Además, siendo oficialmente conocedor de la muerte de la muerte de Mario Carrasco, ya podía teclear su nombre en Google desde el ordenador de casa. No solo podía, debía hacerlo; de hecho era lo primero que haría alguien que acababa de recibir la visita de un par de policías preguntones. Tener un comportamiento diferente sí sería sospechoso, al menos si yo fuese un policía.

El buscador seguía sin devolverme ninguna noticia actual respecto a él, lo que significaba que su muerte no había tenido ni una mínima trascendencia. Debo reconocer que, a pesar de que la falta de información al respecto era una buena noticia, en el fondo me hubiese gustado encontrar algo, aunque fuese una pequeña esquela en un periódico de barrio. Todavía no sé a qué obedecía esa búsqueda obsesiva, si con ánimo de alimentar mi ego de asesino o para hacer un seguimiento de lo que la policía podía estar investigando.

Llamé a mi madre para contárselo. Se alegró, creo que más que cuando años atrás le anuncié que iba a ser abuela. Cuando llegó Lucas a casa también le puse al corriente y su reacción fue bastante fría, como si en el fondo no le importase demasiado la vida del asesino de su madre.

—No te extrañe que quieran hablar contigo —le advertí.

—No te flipes, Papá. Yo no lo amenacé de muerte.

—Nunca se sabe... eres la segunda persona con más motivos para hacerlo, ¿no crees?

—Supongo que sí...

—Y Lucas, si te interrogan, ni se te ocurra sincerarte como lo hiciste conmigo hace unos días. ¿Estamos?

—Pues claro, ¿crees que soy gilipollas? ¿A quién se le ocurriría reconocerle a la poli que tienes ganas y motivos para cargártelo?

«A un gilipollas como yo» —pensé.

—Y tú, Papá... ¿Te alegras?

Y yo asentí.

Los siguientes días fueron tensos. Tenía la cabeza ocupada en imaginarios interrogatorios con el Inspector Llorente y mis musas aprovecharon esa

evasión para marcharse de vacaciones, como casi todo el mundo por esas fechas. Y la verdad, tampoco tenía demasiadas ganas de escribir. Por su parte, mi conciencia acababa de llegar a una nueva fase en la que el arrepentimiento volvía a sobrevolarla y las pesadillas habían vuelto a protagonizar mis sueños. Durante tres noches seguidas, un Mario resucitado se presentaba en mi casa y acababa conmigo.

No tener noticias de la policía era, en principio, una buena señal, pero estaba convencido que en un momento u otro, volverían a aparecer por casa con una lista de preguntas más incisivas que la primera vez. Estaba preparado para ello, aunque temía que pudiesen haber descubierto alguna cosa que yo desconocía.

Y entonces llegó un hecho inesperado que trastocó todos mis planes. Me llamó Toni, un antiguo amigo de Clara con el que apenas tenía relación, solo alguna felicitación navideña o algún mensaje en cadena de esos que nadie contesta.

—Toni, ¿qué tal?

—Sergio, pon la tele. ¡Rápido! En Tele5... —me dijo obviando cualquier saludo de cortesía.

—¿Por qué?, ¿qué ocurre?

—¡Hazlo! Tío, están hablando de ti.

Sin ni siquiera despedirme de él, ni agradecerle la llamada, colgué el teléfono y puse en marcha el televisor. Me temblaban las manos y se me revolvían las tripas. En una mesa de debate, un grupo de personas, de entre las cuales solo conocí a la presentadora, discutían acaloradamente sobre la relación entre la venganza y la justicia. Un hombre que hablaba en calidad de investigador privado explicaba que los crímenes por venganza no eran habituales, mientras que una mujer que no supe entender a qué se dedicaba en la vida, defendía con contundencia lo lícito que era consumir un crimen por desquite. En una pantalla de fondo, se veía a Mario Carrasco, hablando para TeleMadrid, en la entrevista que pude ver en el Hostal Roma dos meses antes; luego cambiaban de secuencia y mostraban imágenes antiguas. Era yo, apoyado en la pared, con la camisa ensangrentada y llorando; me levantaba y me abalanzaba sobre el asesino de Clara mientras por mi boca salían todo tipo de amenazas. Las imágenes se alternaban en bucle una y otra vez mientras los tertulianos se ponían las botas opinando de situaciones que jamás han vivido.

Mi teléfono empezó a emitir pitidos, uno tras otro. Eran notificaciones de mi Twitter, de gente que me estaba mencionando.

No podía creer lo que estaba viendo. Además de veinte notificaciones, pude comprobar que una de las principales tendencias de la mañana era el hashtag #MarioCarrascoAR y mi nombre circulaba con una libertad escandalosa. La gente opinaba sin ningún tipo de censura. Muchos me juzgaban, otros me felicitaban por tener un par de narices por consumir mi venganza... Era una locura sin sentido. Me sentí indignado y ultrajado. «¿Cómo pueden considerarme un asesino?». Aunque lo fuera, no tenían derecho a difundirlo así como así sin ningún tipo de prueba.

Toda esa marea de basura periodística no estaba en mis planes y podían echarlo todo a perder. Si el caso seguía cogiendo esa dimensión mediática, la policía se vería forzada a poner los cinco sentidos para resolverlo; y eso no era bueno.

Y entonces me sonó el teléfono. Era un periodista de TeleMadrid que me proponía entrar en antena esa misma tarde en un programa en directo. Me explicó que me ayudaría a detener la vorágine de comentarios hacia mi persona y que, con ellos, tendría la oportunidad de limpiar mi imagen y honrar la memoria de Clara.

Estaba demasiado desconcertado. No entraba en mis planes aparecer en televisión, al contrario, lo que necesitaba era que la noticia se fuese diluyendo poco a poco. Pensé que podría tratarse de una maniobra policial. No sería la primera vez que los cuerpos de seguridad lanzaban un globo sonda para observar el comportamiento de los sospechosos, pero me preguntaba qué importancia tenía el asesinato de un yonqui exconvicto de Vallecas y por qué tanto interés en encontrar al culpable. Debía meditar tranquilamente y no dejarme llevar por mi impulsividad, a pesar de que mi cuerpo me pedía marcha.

Y lo hice. Accedí.

En apenas hora y media, y sin tiempo material para arrepentirme de mi decisión, un equipo de televisión entró en mi casa, se hizo dueño de todos los enchufes del comedor e improvisó un plató. Un muchacho sudoroso y de pocas palabras me microfonó en lo que tardó yo en parpadear y una chica jovencilla, que apenas debería tener veinte años, me maquilló sin demasiados miramientos. Mientras, el presentador me iba dando la charla, explicándome cómo se iba a desarrollar la entrevista y cuándo daríamos paso a los estudios centrales.

CAPÍTULO 15

Mi vida está llena de decisiones equivocadas que han influido negativamente en mi vida. Sin ir más lejos, nunca me perdonaré haber chuleado a Mario Escobar; seguramente Clara estaría ahora viva y yo no habría sufrido tanto en lo emocional y en lo económico. El ímpetu y la irreflexión no son buenos compañeros de viaje cuando uno se embarca en un asesinato, porque la precipitación nunca es buena. Yo creía que mi plan era perfecto, que todo estaba estudiado minuciosamente, que no dejaba ningún fleco a la improvisación y que el resultado sería el mismo que el que consigo con mis novelas policíacas. En ellas yo controlo la trama, muevo mis personajes a mi antojo y nada se sale del guion preestablecido, en cambio, en la vida real, todo es incontrolable y el azar o el destino se entrometen en nuestros propósitos. Planificar un asesinato en tan pocos días fue un error, había cosas que no podía controlar y que ni podía imaginar que podrían suceder. La entrevista para TeleMadrid también fue un gran error, al menos acceder a ella sin tiempo para sopesar las consecuencias.

El presentador, un tal Vicente Arenas, era un tipo un tanto peculiar. Era nervioso, con afán de protagonismo y bastante tirano con sus compañeros. Parecía estar de vuelta de todo pero, a juzgar por las caras de circunstancia y los comentarios de sus colegas, creo que era uno de esos que payasos que se creen superiores cuando en realidad son unos completos inútiles. Entró en el lavabo varias veces, respingando sin parar cada vez que salía de él, por lo que deduje que solía meterse algo para estar con falsa plenitud delante de las cámaras.

El técnico de sonido también era todo un personaje. Era un tipo alto y desarrapado, con unas rastas que se recogía bajo una gorra rastafari y una barba ridícula y alargada anudada en sus extremos. Mención especial tenían las dilataciones de sus orejas; podría colgar un paraguas en cada una de ellas.

Tanto trasiego de personas arriba y abajo me estaba poniendo nervioso. Había cables por todas partes, varios focos, un micrófono telescópico apoyado a la barra de la cortina y un trípode que me ocupaba medio comedor. Un verdadero caos. Además, sorprendí al rastafari comiéndose mis

magdalenas a escondidas.

El hecho de salir en directo por televisión ya era motivo de nerviosismo, pero si además, mi aparición era para hacer descargo de todas las acusaciones que habían vertido sobre mí, debía serenarme. Y no lo estaba. Así que me encerré en el lavabo, hice mis respiraciones de relajación y me puse un tranquilizante bajo la lengua.

Me habían dicho que conectarían con mi domicilio a las 18:15, pero lo cierto es que eran y media y allí nadie nos daba paso. Juraría que Vicente Arenas pasó una vez más por el cuarto de baño para empolvase la nariz y el técnico de sonido acabó definitivamente con la bolsa de magdalenas.

Veinte minutos después de la hora prevista, el presentador recibió una llamada y todos los que estaban allí cambiaron su compostura como por arte de magia, incluso parecían profesionales. Me pusieron un pinganillo en la oreja y a los pocos segundos empecé a escuchar la conversación que mantenían los miembros de la mesa de debate en los estudios centrales.

Y al fin...

—Buenas tardes, Vicente. Te encuentras en el domicilio de Sergio Azorín, ¿verdad?

—Buenas tardes, Ana Rosa. Sí, efectivamente, nos encontramos en casa de Sergio, que se ha convertido en el inesperado protagonista de la semana a raíz de la muerte de Mario Carrasco. Tras la aparición de un vídeo de hace diecisiete años en el que nuestro protagonista amenazaba de muerte a la víctima de Vallecas, se han abierto toda una serie de especulaciones que han incendiado las redes y han abierto un polémico debate sobre la venganza, como una forma de justicia. —Vicente Arenas dejó de mirar a cámara y se dirigió a mí. — Buenas tardes, Sergio. ¿Cómo estás viviendo todo esto?

«Tranquilidad, Sergio... No pierdas la compostura» —pensé antes de empezar a hablar.

—Todavía no soy muy consciente de todo lo que está ocurriendo. Lo único que tengo que decir es que yo no maté a ese hombre.

Ahora fue Ana Rosa, desde los estudios centrales, quién se dirigió a mí a través del pinganillo para llevar el timón de la entrevista.

—Sergio, buenas tardes. Me imagino lo complicado que estará siendo para ti esta situación. Supongo que este hecho te habrá hecho reabrir un episodio muy triste del pasado, ¿verdad?

—Así es. Y no me gustaría hablar de ello. Eso pasó y, aunque siempre formará parte de mi vida, no me apetece reabrir esos recuerdos.

El tono de la entrevista se endureció, supongo que buscando carnaza o algún titular en mis palabras que pudiese inculparme o, como mínimo, ponerme en un aprieto.

—Dime, Sergio. Aparte del runrún social que se ha desatado durante estas últimas horas, ¿crees que la policía puede estar investigándote?

—No creo...—dije con parquedad.

—Pero tenemos entendido que la policía vino a visitarte a tu casa, ¿no es cierto? —apuntilló Ana Rosa.

—Sí, eso es cierto —contesté siendo consciente de que la presentadora me estaba llevando a su terreno.

—¿Y crees que eso quiere decir que la policía te considera un sospechoso?

No me gustaba el rumbo que estaba tomando la entrevista. Más que una batería de preguntas para limpiar mi imagen y dejar claro que yo no tenía nada que ver con el asesinato de Mario, parecía que Ana Rosa estaba conduciendo la entrevista hacia otros derroteros. Y debía escabullirme y darle la vuelta a sus preguntas.

—Eso lo sabrá la policía —repuse tras unos segundos de reflexión—. Es comprensible que así sea, las imágenes son las que son, y lo que dije es lo que es; pero recordad que cuando pronuncié esas palabras mi mujer estaba en el suelo, bañada en sangre y cubierta con una manta térmica. En caliente se dicen muchas cosas...

—Claro, Sergio... Es totalmente comprensible —siguió Ana Rosa—, por eso mismo queríamos hablar contigo, para que la opinión pública sepa lo que sientes respecto a todo lo que se ha dicho sobre ti y sobre la muerte de Mario Carrasco. Por cierto, Sergio... Una pregunta más. ¿Tú sabías que Mario había terminado su condena?

—No, lo desconocía. Me enteré por la policía.

—¿Y no sabías que Mario Escobar había aparecido en un reportaje de TeleMadrid unos días antes de su asesinato?

—No. Yo no veo TeleMadrid, lo siento. Yo vivo en Barcelona.

—Sí, lo comprendemos. Pero te hago esta pregunta, y los telespectadores tienen derecho a saber toda la información, porque el reportaje de TeleMadrid se emitió el 26 de junio y nos consta que en esa fecha estuviste en Madrid ese día y el siguiente. ¿No es así?

Ana Rosa se había convertido en un improvisado fiscal y la entrevista estaba derivando en una especie de juicio público en el que el jurado era la audiencia que nos estaba viendo, además de los usuarios de Twitter, que en

esos momentos estarían sacándome las tripas o alabando mi sed de venganza. Si sabían que había estado en Madrid el día del documental, podrían saber otras cosas, pero a saber cuáles. Pensé además, que si una periodista había sido capaz de recabar tanta información, qué debería saber la policía.

—Pues claro que estuve en Madrid esos días —respondí con indignación—, pero le digo que no lo vi y que no he visto nunca ningún programa de TeleMadrid.

—No me malinterpretes, Sergio. Yo no quería decir que...

Le interrumpí. Debía zanjar ese linchamiento público de una vez antes de que perdiese los nervios y dijese algo que pudiese incriminarme.

—Perdone que le corte, Ana Rosa. Lo que está haciendo usted es muy grave, está haciendo conjeturas e insinuando que maté a ese hombre. Se lo he dicho y se lo repito, el día que mataron a ese hombre en Madrid, yo estaba en Barcelona. Punto y final. ¡No hay nada más que hablar!

Tal cual dije eso, me quité el pinganillo y el micrófono y dejé a Vicente hablando solo.

CAPÍTULO 16

El Inspector Llorente había metido su corbata dentro de la taza de café y despoticaba de su mala suerte mientras el Subinspector Julve trataba de contener sus carcajadas. La comicidad de la situación había ayudado a distender los ánimos después de una maratónica jornada en los despachos de la comisaría de Vía Layetana. Habían sido doce horas preparando el atestado de la “Operación Blancanieves”, que parecía haber llegado ya a su fin esa misma semana con la detención de uno de los principales narcotraficantes de Cataluña. El informe, con más de cincuenta páginas de información, que incluía material fotográfico y anexos de la científica y del Instituto de Toxicología les había absorbido el tiempo de investigación para otros casos que tenían abiertos. Uno de estos, una muerte violenta en Vallecas de la cual, la Policía Nacional había delegado actuaciones a los Mossos d’Esquadra. Ambos habían seguido por televisión la entrevista a Sergio Azorín antes de dar por cerrada la jornada.

—Perdone que me ría, Llorente —seguía con las risas—, no lo he podido evitar. Pero mire la parte positiva, esa corbata de los ochenta ya necesitaba un retiro.

—No seas capullo, esta corbata es de la boda de mi hijo y le tengo mucho aprecio.

—¡Coño, Llorente!, que su hijo se casó hace quince años. No dejaré de hablarle porque tire la corbata que llevaba ese día.

—Es igual, la llevaré a la tintorería —dijo zanjando el tema—. Ahora acabemos con los casos pendientes, que quiero irme a casa de una vez.

—Nos queda lo de Mario Carrasco— repuso el Subinspector Julve alzando una carpeta marrón—. ¿Qué hacemos? ¿Lo cerramos?

El Inspector Llorente hizo un mohín de fastidio, se rascó la cabeza en actitud reflexiva y le arrebató el expediente a su compañero. Después de releerlo por encima lo dejó caer sobre la mesa.

—¿Cómo lo ves, Julve?

—Es una pérdida de tiempo, jefe. Para mí no hay nada.

—Pero el asunto ha llegado a la opinión pública con mucha fuerza y ya me veo a estos de la tele haciendo un serial de todo esto. Además, has escuchado

lo que han dicho, ¿verdad? Sergio Azorín estaba en Madrid la noche del reportaje.

—¿Casualidad o causalidad? —se preguntó en alto Julve.

—Ya sabes lo que pienso de las casualidades. Todas ellas van cargadas de indicios...

—Entonces... ¿Quiere seguir con las investigaciones? —le inquirió Julve.

El Inspector Llorente se encogió de hombros.

—Bien, sigamos con él. Les pediremos a central un exhorto del juez para intervenirle. A ver qué encontramos. Y mientras tanto, atentos a lo que dicen en la tele, que de momento van un paso por delante de nosotros.

CAPÍTULO 17

La entrevista me había dejado bastante tocado, además de indignado. No entendía cómo una periodista podía sacarse de la manga tantos juicios de valor, mostrarlos al gran público y, además, extraer conclusiones con tanta alegría. Estaban manchando mi nombre y mi imagen, además de poner en duda mi honor y mi honestidad. A ellos no les importaba para nada la muerte de Mario Carrasco, ellos solo querían vender su *reallity*, verter basura y removerla con discusiones, polémica gratuita y un sospechoso creado por ellos mismos; todo ello, para poder jugar a periodistas de investigación.

Pese a saberme culpable, consideraba una injusticia lo que estaban haciendo conmigo.

Las redes sociales eran un hervidero de opiniones y comentarios, casi todos los periódicos hablaban del asesinato de Vallecas y en las noticias de mediodía, salió mi foto junto a la de Mario sobre un titular vergonzoso que atentaba a la presunción de inocencia. Todo esto no estaba en mi plan, pero debía tratar de usar esa vorágine para llevármela a mi terreno y la pregunta era cómo hacerlo. Afortunadamente, toda la atención mediática estaba enfocada sobre mí y nadie había interferido en la vida de Lucas; él es menos paciente, y de buen seguro enviaría a tomar viento fresco a cualquiera que se le acercase con una alcachofa.

Lo peor de todo es que gente de mi entorno empezó a sospechar de mí. Y eso era grave.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Miguel a primera hora, mientras montábamos los platos de la barra.

—Pues de aquella manera... No es plato de buen comer que medio país me considere culpable del crimen. Por todo lo demás, estoy bastante tranquilo.

—Malditos periodistas, son como buitres, siempre buscando carroña... —se lamentó.

—Es lo que la gente consume en televisión —le dije—. Les gusta ver este tipo de programas, son un reflejo de la humanidad.

Miguel se puso a barrer mientras seguía criticando el tipo de sociedad en la que vivimos y maldiciendo al periodismo facilón de la prensa

sensacionalista. Mientras tanto, yo seguía llenando la barra de frío con la ensaladilla rusa y la tortilla de patatas, los dos platos estrella del bar.

—Es que incluso te hacen dudar —siguió diciendo en alto mientras barría a escobazos cada vez más enérgicos.

—¿Qué quieres decir? —le repliqué, echándome al hombro el trapo de secar—. ¿Acaso sospechas de mí? ¿Es eso?

—¡No digas gilipolleces! —exclamó—. Joder, Sergio... Que te conozco desde hace un montón de años, ya sé tú no serías capaz de hacer algo así... Aunque te digo una cosa, en confianza. A mí alguien me mata a mi mujer y te juro que al asesino me lo cargo. ¡Eh!, que me lo cargo...

—Bueno... esas cosas hay que vivirlas, Miguelillo. Es muy fácil llenarse la boca con amenazas, pero a la hora de la verdad y pasados tantos años, te digo yo que no es tan fácil helar tu sangre para cometer un asesinato. Sé de lo que hablo.

—Oye, y que si has sido tú, ¡jole!, pero ole. ¡Olé tú! —siguió diciendo—, y si me necesitas para tu coartada, puedes contar conmigo. Que yo digo sin problema que estuve todo el día pegadito a ti.

Era increíble.

—Esto... Miguel, que vale ya. Que no necesito coartada para nada, que yo no maté a ese hombre. ¡Hostias!

Por increíble que pueda parecer, mi propia madre me preguntó abiertamente esa misma tarde si había sido yo el responsable de la muerte de Mario. Es que me llegó a decir literalmente que me entendía y que si fuera el culpable me querría igual. Y yo me preguntaba si Lucas también me creía capaz de matar a alguien y me preocupaba la respuesta.

Esos días fueron totalmente infructíferos a nivel de escritura. No lograba concentrarme y apenas escribí un par de páginas. Además, las golondrinas estaban especialmente revoltosas. Me sentía crispado.

Dice un refrán popular muy nuestro que no hay mal que por bien no venga y esa misma tarde recibí una llamada inesperada que le dio un giro de ciento ochenta grados a mi maltrecho ánimo. Era Juan Carlos, mi editor. A juzgar por su tono de voz estaba eufórico.

—Sergio, ¿quieres saber algo?

—Algo... ¿de qué? —respondí con desdén.

—¿Estás sentado? —se rió—. Vas por la tercera edición. No tienes ni idea de la que estás liando ahí fuera.

—¿Cómo? ¿La tercera edición de mi novela? ¿Estamos hablando de *La bala marcada*?

—Tío, lo estás petando en las tiendas. Todo el mundo está comprando tu novela y el distribuidor solo hace que pedir y pedir más y más. Hoy empezaremos una reimpresión de quince mil ejemplares y no descarto que en pocos días tengamos que hacer otra. Además, no te lo pierdas, estoy negociando una edición en catalán con una editorial de aquí.

Las conversaciones con mi editor solían ser bastante diferentes a la de esta última. Casi siempre me llamaba para apretarme, para que apareciese de vez en cuando en las redes sociales y para que me mostrase en público para que mis libros llegasen más y mejor a los lectores potenciales. Escuchar que, sin hacer nada, mi última novela se estaba convirtiendo en un superventas era música de violines.

—Juan Carlos, ¿me estás vacilando?

—Para nada —empezó a decir—. Todo el tema este del asesinato del yonqui te está yendo de película. Chico, no sé si eres culpable o no, pero estira del chicle todo lo que puedas que con esto nos vamos a la Luna.

—¿En serio me lo dices? ¡Coño, Juan Carlos, que soy yo! —le repliqué indignado.

—Estoy bromeando, Sergio. Ya me imagino que no te cargaste a ese tío, pero te lo digo en serio, estira el chicle todo lo que puedas que de esta nos hacemos de oro.

Me acosté con sentimientos encontrados. Por una parte me sentía feliz por el inesperado éxito de mi libro y, no hace falta decir, que el cuento de la lechera empezaba a cosquillear mi estómago, pero por otra me sentía un poco decepcionado con mi entorno más cercano. Aunque sé que soy un asesino, que los demás crean que lo soy es algo difícil de digerir.

Para no pasarme el resto de la tarde barruntando o siguiendo la actualidad en Twitter, decidí pasar ese tiempo paseando por las librerías más importantes de la ciudad y así comprobar con mis propios ojos, como *La bala marcada* era el libro más vendido de la semana. Me hice fotos junto a los paneles de los más vendidos y las colgué en Instagram para darme el lujazo de presumir de mi éxito y luego me fui a casa dando un paseo.

Al llegar, mi alma se cayó al suelo y el miedo se instaló en mi cuerpo.

CAPÍTULO 18

La piernas me flaquearon en ese momento.

—¡Mierda! —dije.

Dos coches de los Mossos d'Esquadra estaban aparcados delante de la puerta de mi casa y Lucas estaba rodeado de policías, discutiendo acaloradamente con el Inspector Llorente. Por sus aspavientos y las voces que se escuchaban desde el otro lado de la calle comprendí que algo malo me esperaba.

Llegué hasta su posición con el corazón en un puño e imaginándome la peor de las escenas. Me veía ya esposado, a mí y a Lucas, dentro de un coche patrulla y camino de comisaría, delante de todos los vecinos y con el altavoz mediático de las cámaras de televisión que habían acampado allí desde hacía unos días. Pensé que era el final, que quizás habrían encontrado alguna prueba que me inculpara, seguramente alguna huella despistada en casa de Mario, o algún cabo suelto que habría obviado tener atado cuando tracé el plan magistral.

—¡Lucas! —grité a escasos metros de él—. Cálmate y entra en casa, ya atenderé yo a estos señores.

—¡Y una mierda! —soltó—. Yo no me muevo de aquí hasta que se larguen estos maderos.

—Lucas, que te calles ¡ya!

Cabe decir que me sorprendió que los jóvenes de hoy en día continúen llamándoles maderos a los policías, de hecho pensaba que la inagotable fuente de creatividad léxica de las nuevas generaciones habría encontrado un nuevo mote que yo desconocería por completo; pero no... No obstante, eso sí, me alarmó que Lucas les hablara de manera tan despectiva y beligerante en su propia cara. Era una imprudencia que no nos beneficiaba. O quizás sí... Sentirse ofendido por una injusticia nos vendría bien.

—Lucas, por favor... tranquilo. Inspector —me dirigí ahora a él—, ¿me puede explicar qué está ocurriendo?

—Señor Azorín, lamento tener que molestarle de nuevo, pero el juez ha considerado conveniente registrar su vivienda.

—Lo que me faltaba... —me lamenté con un mohín de fastidio—. Oigan, se

lo voy a volver a decir, que yo no maté a ese tipo, que estaba a cientos de kilómetros de él cuando se lo cargaron. Bastante tengo ya con la maldita prensa, que ahora tengo que aguantar esto, como si fuera un delincuente.

—Entiendo su enfado —empezó a decir el Inspector Llorente— y lamento las incomodidades, pero tenemos que hacerlo, nos lo han ordenado. Eso sí, le prometo que seremos extremadamente cuidadosos con todas sus cosas. Además, no encontraremos nada, ¿verdad?

No podía negarme. Además, suponía que esa situación podía pasar y por eso realicé toda la investigación previa desde ordenadores ajenos al mío y nunca tecleé el nombre de Mario Carrasco en mi teléfono. Me beneficiaba que rastrearán hasta el último bit de mi ordenador, porque sabía que no iban a encontrar nada. No obstante, mi parte del papel que debía interpretar me obligaba a hacerme el ofendido y a protestar por el ultraje.

—No sé lo que van a encontrar porque no sé lo que están buscando —ironicé—. Ya les dije la otra vez que yo no tengo nada que ver con la muerte de ese tipo, aunque me alegre de ella.

—Señor Azorín —intervino el Subinspector Julve—, sabemos que usted no es el autor del homicidio... y su hijo tampoco, pero el protocolo nos obliga a tener varias líneas de investigación.

—Eso que dice es una estupidez —le repliqué—. Están buscando en mi casa y no en la del vecino de al lado, y si lo hacen aquí es porque me consideran sospechoso. ¿Me equivoco?

El subinspector no tenía demasiadas ganas de discutir y se limitó a darme una palmadita en la espalda antes de ordenar la entrada en la casa a una brigada de hombres cargados con maletines y bolsitas de plástico.

Cabe decir que el registro fue bastante limpio y no desordenaron demasiado, excepto algún cajón que quedó completamente revuelto. Diría que no habían venido a buscar nada en concreto, simplemente a hacer una batida general, buscando a bulto algo que les llamase la atención. Empezaron por el comedor y luego se fueron a mi habitación; y de allí a mi despacho, para acabar en la habitación de Lucas. Diría que empezaron a requisar objetos al tuntún, entre ellos, unas zapatillas deportivas, un plano del Parque del Retiro, con el detalle de las casetas de los expositores presentes en la Feria del Libro de Madrid y los guantes de fregar los platos. Se llevaron varias carpetas que contenían documentación de mis últimas novelas, así como un bloc de notas que suelo llevar encima para anotar ideas que se me ocurren cuando no estoy

en casa. En él apenas había apuntadas cuatro o cinco frases sueltas sin sentido, de ideas que se me habían ocurrido en el autobús hace unas semanas. Y como cabía esperar, también se llevaron el ordenador, la impresora y mi teléfono móvil.

El registro duró casi dos horas y media, y se marcharon que eran casi las diez de la noche.

—Inspector, ya me perdonará... pero no puede llevarse mi ordenador. Lo necesito para trabajar. Y el teléfono móvil... ¡Joder!, que no pueden dejarme sin teléfono.

Me prometieron que al día siguiente me lo devolverían todo, en cuanto acabasen de clonar la información de ambos dispositivos. Acaté, no sin protestar enérgicamente y me aparté para que salieran con todo su botín. Luego, me encerré en casa en cuanto se fueron para evitar así que los periodistas que había al otro lado de la calle viniesen hacia mí con la intención de acribillarme a preguntas.

Esa noche se me hizo larga. No solo por el hecho de que me considerasen oficialmente sospechoso, ni tan siquiera por el temor de que encontrasen algo que me incriminase; además tuve que aguantar la indignación de Lucas, que no paró de hincharme la cabeza con ideas conspiranóicas y bravuconerías típicas de su edad. Me llegó a decir que era un calzonazos por permitir que entrasen en casa y, por mucho que le expliqué que, con una orden judicial en la mano, esos hombres podían entrar con total libertad, se estuvo hasta pasadas las doce disertando sobre la utilidad de la policía y, en general, de un sistema que no funciona.

Es muy pesado.

Apenas dormí, y eso que Lucas había conseguido exacerbar mi cansancio. Tampoco sirvió de nada tomarme la pastilla de rigor, ni acostarme viendo un documental de hormigas caníbales. Me pasé la noche imaginando a la policía informática rastreando todo mi ordenador en busca de alguna pista, y sonriendo al pensar que no iban a encontrar nada. Así pues, la investigación tendría que acabar en ese registro y ese sería el momento perfecto para utilizar todo el bombo mediático a mi favor. Después de demostrar mi inocencia, saldría por la tele con el discurso victimista de cornudo y apaleado, haciendo hincapié en todas las barbaridades que habían vertido sobre mi persona los días antes. Y además me llevaría un par de miles de euros por cada plató que visitase.

Me levanté contento y animado, incluso, mientras me fumaba el primero de

la mañana, disfruté de la plasticidad de las maniobras de vuelo que ejecutaba a la perfección el ejército de golondrinas que anidaba en mi casa.

—Qué bien me siento —dije en alto.

Y esa era una frase que no había conseguido verbalizar en los últimos diecisiete años.

CAPÍTULO 19

Un par de días después, y a pesar de que los periodistas habían desaparecido de delante de mi casa, el circo mediático de la televisión volvió a asestarme un duro e inesperado golpe. Y todo empezó por una llamada al teléfono de casa desde la redacción de TeleMadrid. Un chico muy amable me propuso una entrevista en el programa más visto de los sábados por la noche, un espacio de cotilleo en hora *prime* que suele llevar consigo el sensacionalismo como seña de identidad. Me ofreció cuatro mil quinientos euros, además de comprometerse a pagarme el desplazamiento y mi estancia esa noche en Madrid.

Lo cierto es que esa comparecencia me iba al dedillo, y ya no digamos el dinero, pero lo lógico era esperarse a que la policía reconociese que no había encontrado nada en el registro. Entonces sí sería el momento de pasearme por los platós, con mi novela bajo el brazo y enarbolando la bandera de la inocencia. Así pues, decliné la invitación pero le dije al muchacho de Redacción que hablaría cuando se demostrase que era el sospechoso equivocado. Hizo algún intento más de convencerme, de hecho subió la oferta hasta seis mil, pero me mantuve firme en mi idea y la conversación terminó con cordialidad y él pareció comprender mi postura. O al menos eso creía.

Ese sábado no quise perderme el programa, así que lo sintonicé desde el ordenador, que junto al teléfono móvil, me había devuelto la policía esa misma mañana y me dispuse a verlo mientras cenaba algo ligero. Empezaron la emisión después de más de media hora de publicidad y lo hicieron hablando de las aventuras sexuales en Ibiza de la hija de una conocida cantante de copla. A la pobre la destriparon viva y el desdichado aspirante a famosillo que la acompañaba tampoco quedó indemne. Luego hicieron una breve mesa de debate para hablar de la nueva vida de un torero que perdió un ojo en Las Ventas el año anterior; la tertulia derivó en derroteros surrealistas de alguno de los tertulianos. Uno de ellos, un antiguo presentador venido a menos, que tenía toda la pinta de haberse metido un par de metros de coca, propuso que los toros llevasen la cornamenta cubierta para que ningún torero volviese a morir en un ruedo. Una tonta del bote con tetas de plástico secundó su propuesta, mientras que un ex político que no conseguí comprender que hacía

en esa mesa hablando de estupideces defendía a capa y espada la Fiesta Nacional y levantaba de sus tumbas a Paquirri y a Manolete. El presentador casi no intervenía, tan solo lo hacía para poner cizaña o para burlarse de los comentarios de los unos y de los otros.

Un programa magistral, periodismo del de verdad...

Después de otra tanda de publicidad -que casi consigue dejarme dormido- abordaron el tema: Mario Carrasco.

Parte de los tertulianos que habían abordado el absurdo debate taurino seguían en la mesa redonda y a ellos se había unido un policía retirado y un médico forense que ya había visto antes en algún otro programa de otra cadena. La cámara enfocó al presentador y fue aumentando el zoom poco a poco mientras la luz se atenuaba hasta mostrar un primer plano. Su semblante circunspecto y su mirada cándida hacía pensar que ese hombre estaba a punto de tratar un tema trascendental para la humanidad. Sin embargo, solo iba a hablar de la muerte de un yonqui de Vallecas que estuvo más de quince años en la cárcel por matar a una mujer inocente. A la mía.

—¿En qué mundo vivimos? —empezó así lo que amenazaba ser un largo monólogo moralista.

Entonces, el realizador pinchó la imagen de Mario Carrasco delante de su casa, con esa cara de corderito degollado que me hizo retorcer las tripas esa noche en la habitación 306 del Hostal Roma, mientras apelaba a la caridad de la sociedad para sacar del pozo a un ex convicto. Luego la cámara hizo un barrido a los rostros de los tertulianos, todos serios, como si la vida de ese miserable fuese la de un científico o la de una celebridad. Acto seguido, volvieron a enfocar al presentador, que empezó su soliloquio.

—Hace apenas dos meses, este hombre utilizaba las cámaras de nuestro programa como altavoz para denunciar la exclusión social que sufren las personas que se han visto privados de libertad. Que no nos engañen, señores, la cárcel es un estigma y todos aquellos que se han visto privados de libertad, cuando salen, la sociedad no les pone fácil su reentrada. Mario Carrasco cometió un error, sí, un grave error; el peor de los errores. La droga, que a tantos jóvenes ha truncado la vida, lo llevó a cometer un asesinato y ahora la sociedad le devuelve la moneda, como si viviésemos en la época medieval. Ojo por ojo, ¿verdad?

Carraspeó ligeramente y continuó.

»»En una sociedad moderna no tiene cabida la venganza. Tenemos mecanismos para castigar los delitos de sangre y hechos como el que hoy

tratamos no deberían suceder. Parece que a la policía no le interesa investigar más de lo habitual un tipo de crimen como este, quizás porque Mario Carrasco es un ciudadano de segunda clase, un ex convicto que no merece el mismo trato que otras víctimas. Parece como si la resolución del caso se esté diluyendo como un azucarillo en el café y nadie aporta novedades, no hay comunicados a la prensa, ni las filtraciones habituales... Nada. Ni siquiera el juez que instruye el caso parece dispuesto a pedir una segunda autopsia, ni a pedirle a los cuerpos de seguridad del Estado que investiguen más allá de lo evidente. ¿Y saben qué ocurrirá? Yo se lo diré. En unas semanas cerrarán el caso por falta de pruebas o por falta de ganas y un asesino campará a sus anchas por nuestras calles, convencido de que matar a un yonqui ex convicto sale gratis. Un vengador —apostilló—, que hace limpieza.

En ese momento, mi foto apareció en pantalla, con el silencio como todo acompañamiento.

—Este hombre es Sergio Azorín —dijo al volverse a ver enfocado—, el presunto... y recalco la palabra presunto, autor material del crimen. En este programa hemos visto varias veces como amenazó con vengarse de él y ahora, todo parece señalarle. Nosotros no somos quién para decir que este hombre es culpable o no, pero sabemos que hay pruebas que lo incriminan. Y esto es así, tal como se lo estoy contando a todos ustedes.

No podía creer lo que estaba escuchando. Ese hombre, estaba allí, hablando para cientos de miles de espectadores sugiriendo con sus palabras que yo era el asesino de Mario Carrasco. Era un discurso asqueroso y me indignaba el tratamiento sensacionalista y vacío de fundamento. ¿Cómo podían insinuar que yo, un ciudadano ejemplar, la verdadera víctima de todo esto, podía ser capaz de asesinar a ese hombre por venganza? Por un momento tuve que recordar que efectivamente era cierto lo que estaba diciendo, porque la rabia y la impotencia me invitaban a llamar a contratar a un abogado para demandar al programa y a la Cadena.

Y él seguía hablando con esa condescendencia estúpida.

»»»Nuestros psicólogos y perfilistas concluyeron que Sergio Azorín escondía algo debajo de su pose de indignación. El movimiento de sus manos, su mirada, sus titubeos ante las preguntas de los periodistas... Y hoy nuestro programa quería que ustedes fuesen quienes juzgasen si este hombre miente cada vez que aparece en televisión, por eso le llamamos ayer, para invitarle a venir a nuestro plató para que pudiese explicarnos su versión de los hechos y para que conociésemos cómo estaba viviendo él esta situación —hizo una

mueca para acompañar una pausa y prosiguió—. Pero ha decidido declinar nuestra invitación. ¿Por qué? No lo sabemos, aunque ahora, a mí, se me ocurren algunas preguntas: ¿qué esconde Sergio Azorín?, ¿de qué tiene miedo? Empieza el debate.

La luz volvió a brillar y el público aplaudió rabioso, como si hubiese sido un discurso del mismísimo Kennedy; luego enfocaron a los tertulianos, ansiosos por decir cada uno la más mayúscula barbaridad.

Y lo hicieron.

Apoyados por el comodín del adjetivo “presunto”, durante el transcurso de la tertulia, me tacharon de asesino, de hombre frío y calculador, de enfermo y de no sé qué cuántas más barbaridades. Afortunadamente, daban por hecho de que Lucas era inocente y mostraban fotografías de él junto a sus amigos tomadas el mismo fin de semana.

Entonces sonó mi teléfono.

Era mi editor.

—Sergio, no te vas a creer lo que está pasando. Tu novela está en el número 1 en todas las plataformas digitales y los distribuidores no paran de pedirnos más ejemplares. Tío, lo estás petando.

CAPÍTULO 20

En la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Vía Layetana no se hablaba de otra cosa. En el programa de la noche anterior habían cuestionado la eficacia de la policía y ponían en tela de juicio el interés en un caso de asesinato que se había sobredimensionado demasiado. Las llamadas de los altos cargos no se hicieron esperar y comisarios e intendentes exigían avances en la investigación para poder calmar a la opinión pública.

—Estoy hasta los mismísimos de este maldito caso —se lamentó el Inspector Llorente dando un portazo al entrar en su despacho.

Allí le esperaba desde hacía diez minutos el Subinspector Julve, que le aguardaba con un dossier de más de doscientas páginas recibido esa misma mañana desde Madrid.

—Buenos días—le saludó Julve.

—De buenos no tienen nada —le replicó con acritud—. Periodistas de pacotilla... La que nos han liado.

—Ya se sabe, jefe. Somos un país de listillos y todo el mundo opina de todo, aunque no tengan ni puñetera idea de lo que están hablando. Mi cuñado es un claro ejemplo de lo que le digo.

—Ya... Bueno —quiso evitar que Julve se adentrara en alguna de sus disertaciones sociales —, ¿vamos al lío? ¿Te lo has podido leer?

—Joder, Llorente, ¿ha visto que tocho he tenido que imprimir esta mañana? No he podido ni echarle un vistazo a las conclusiones de la Policía Nacional. De hecho, no sé ni por dónde empezar.

—Seamos prácticos, ¡coño! —exclamó sin tapujos Llorente—. Me importa una mierda lo que se haya investigado en Madrid, nuestro trabajo consiste en averiguar si Sergio Azorín estuvo o no en Madrid ese día y, si es que no, lo notificaremos y les devolvemos la pelota; y punto y final. ¿Estamos?

—Comprendido —contestó el Subinspector Julve como toda respuesta.

El Inspector Llorente cogió el dossier que su compañero había impreso hacía menos de una hora y lo dejó en el suelo.

—Olvidemos esta mierda y consultemos nuestros informes —dijo mientras sacaba su propio dossier del primer cajón y lo dejaba caer sobre la mesa.

El expediente de los Mossos d'Esquadra apenas tenía unas cuarenta

páginas y contenía la memoria redactada por el propio Inspector Llorente posterior a los interrogatorios, un estudio completo del Departamento Informático del rastreo que hicieron del ordenador y del teléfono móvil, un listado de llamadas proporcionado por la compañía telefónica, además de un informe con datos facilitados por la empresa de seguridad del aeropuerto, así como un amplio listado con los nombres de todos los pasajeros que viajaron a Madrid ese fin de semana.

—Trabajemos con esto. ¿Qué tenemos?

—Pues nada... —repuso Julve encogiéndose de hombros—. No tenemos absolutamente nada.

—¡Joder! ¿Cómo que nada? —se sulfuró Llorente.

—Jefe, Azorín es inocente. No hay ninguna prueba que le incrimine, es más, hasta tiene coartada.

—¿Cómo?

—Está limpio, él y su hijo. Lucas Azorín pasó todo el fin de semana con un grupo de amigos y todos ellos han corroborado que estuvieron juntos esos tres días en una casa rural del Pirineo. Con Sergio no tenemos testigos de presencia, estuvo toda esa mañana en su casa y hay pruebas sólidas que confirman que así fue.

—¿Está seguro de eso? —dudó Llorente.

—Completamente. Hemos triangulado su teléfono móvil y ese días estuvo toda la mañana en la misma ubicación, en su casa; además, envió un whatsapp desde su teléfono a las 11:10, minutos antes de la hora en que se produjo el asesinato, así como una llamada telefónica desde el teléfono fijo a su madre. Descartamos cómplices, no hay en su entorno; no hay ningún registro de compra de billetes de avión a su nombre, ni tampoco de tren; no hay movimientos extraordinarios en sus tarjetas bancarias y el Departamento de Informática es concluyente: no hay ningún rastro en buscadores de Internet de nada relacionado con Mario Carrasco, ni tampoco en su teléfono móvil.... Bien, rectifico, sí la hay. Sergio Azorín buscó información sobre el asesinato de Mario Carrasco justo después de que le anunciásemos que se lo habían cargado, algo que me parece de lo más normal.

El Inspector Llorente, paseaba por su despacho con las manos en jarras mientras el subinspector enumeraba todos los descargos hacia Sergio Azorín. Por una parte, la buena noticia era que, con todas esas pruebas, podía redactar el informe definitivo para la Policía Nacional y olvidarse del caso; pero por otro lado, su instinto no solía equivocarse y había algo que le invitaba a seguir

investigando aunque no sabía en qué dirección y en base a qué argumento. Se frotó la frente con ambas manos y se quedó unos instantes frente a la ventana, observando el intenso tráfico de primera hora de la mañana.

—¡Este Azorín es un cabrón! —dijo al fin—. ¿Se han visualizado cámaras de seguridad?

—Afirmativo. Y nada, es invisible. Ni en estaciones de tren ni en el aeropuerto, y deduzco que en Madrid tampoco, sino ya nos lo habrían hecho saber. Hay una imagen de un cajero automático cercano a su casa del mismo sábado a las 16:17.

Llorente negó con la cabeza y se dejó caer en su silla, haciéndola oscilar a lado y lado, mientras reflexionaba en busca de algún cabo suelto al que agarrarse. Hasta que pareció rendirse.

—¿Tú qué opinas, Julve?

—Ya se lo he dicho, que está limpio. Estuvo en su casa toda la mañana. De hecho, no hay tiempo material para desplazarse a Madrid a cometer un asesinato. Solo hay una cosa que... —se detuvo en sus explicaciones.

—¿Una cosa? ¿Qué cosa? —le alentó a continuar.

—El Departamento de Informática ha localizado unas búsquedas en Google dos días después de que Mario Carrasco saliese de la cárcel.

—¡Coño, Julve, dispara!

—Estuvo toda una tarde buscando “cómo contratar a un sicario”, entró en webs que tenemos vigiladas, en especial una de una peña futbolística del KF Prishtina, un club de la liga kosovar, con una afición bastante violenta y una organización digamos que “militarizada”. También consultó en un foro colombiano, y nos consta que tuvo que registrarse para poder participar en él.

—Quieres decir que...

—No lo sé, puede ser un hilo por el que tirar, pero se me hace extraño. Tenemos informes económicos de Sergio Azorín y sus resultados son para llorar... Trabaja por horas en un bar de mala muerte y tiene una nómina tercermundista que complementa con lo poco que gana vendiendo libros; además le embargaron la casa hace unos años y todavía está pagando una parte de la hipoteca. Es más pobre que nosotros y no da el perfil de ser alguien con capacidad para contratar a un asesino a sueldo. Ya sabe usted lo que cobra este tipo de gente...

—Sí, me consta, pero no podemos descartar nada. Una búsqueda relacionada con la contratación de un sicario no es una prueba concluyente, pero representa un indicio suficiente como para intimidarle. Me apetece ver

cuál es su reacción en un despacho de comisaría.

—Jefe, es usted un cabrón.

—Lo sé...

CAPÍTULO 21

Juan Carlos me llamó de nuevo a primera hora, estaba pletórico e incluso tartamudeaba al hablar. Podía imaginar el símbolo del dólar dibujado en sus pupilas cada vez que hablaba de la edición de *Bala marcada*. El tirón mediático era extraordinario y las nuevas reimpresiones se contaban por días, la lástima era que yo empezaba a estar harto de escuchar mi nombre en todos los canales de televisión. Y él quería que esa noria no parase.

—Sergio, no para de llamar gente para pedirme entrevistas; de La Vanguardia, El País y La Razón, además de editoriales extranjeras, con las que estoy negociando ya la traducción a cuatro idiomas.

Mientras Juan Carlos me recitaba entusiasmado toda la retahíla de buenas noticias, extrañamente, no me sentía contento, ni emocionado... Ni tan siquiera estaba escuchando con atención todo lo que me estaba diciendo. Lo que me preocupaba ahora era mi imagen, no la de escritor, la mía propia; me preocupaba lo que pudiesen pensar de mí la familia y mis amigos. Solo de pensar que alguno de ellos me creyese capaz de asesinar a alguien a sangre fría me hería el alma. Por extraño que parezca, había momentos en mi día a día, en los que olvidaba que había cometido un crimen y eso me hacía sentir un ser despreciable. Me preguntaba a mí mismo que clase de conciencia habitaba en mi mente, que ni padecía, ni se arrepentía y que incluso se olvidaba de la realidad.

No obstante, esa negación a la atrocidad que había cometido me permitía contener mis emociones y mostrar autocontrol cada vez que hablaba del tema. De hecho, solo me alteraba cuando alguien me acusaba sin pruebas.

Juan Carlos se quedó callado, esperando respuesta a algo que me había preguntado y que yo me lo había pasado por el túnel del viento.

—¿Qué me decías?

—¡Sergio, coño!, la novela...

—¿Qué pasa con la novela? —le dije avergonzado.

—Chico... Que cómo la tienes.

—¿Cómo la tengo? No sé, eres tú el que me está diciendo que está yendo muy bien y que la quieren traducir a no sé cuántos idiomas, y que está en el número uno de no sé cuántas tiendas.

—Chico, estás idiotizado —me soltó con una carcajada que me tocó las narices—. Te estoy hablando de la novela que me dijiste que estabas escribiendo ahora. ¿Cómo la tienes?

—Pues a medias... Con todo esto de la investigación no he podido escribir demasiado, la verdad. No encuentro el momento para ponerme a trabajar y cuando lo encuentro no fluyo.

—Pues métele caña, tío. ¿Crees que podrías tenerla terminada a finales de agosto? Hay que aprovechar el tirón de ventas...

Le colgué el teléfono con la palabra en la boca. Ya no podía más. Me sentía como un títere en manos de todo el mundo, manipulado y ultrajado. Todos parecían estar aprovechándose de mí y de mi situación, y eso me indignaba. Entonces un cúmulo de emociones que habían estado residentes en algún lugar de mi cuerpo afloraron al galope. Empecé a resollar, mi cuerpo temblaba y las lágrimas empezaron a desbocarse por todos los surcos posibles de mi cara. Una profunda tristeza me invadió y me sentí vacío.

En ese momento llamaron a la puerta.

Eran los Mossos d'Esquadra. Me los quedé mirando con todo el desprecio que me fue posible y suspiré para que supiesen que sus visitas empezaban a cansarme. Lo más curioso es que no sentí ningún tipo de temor, francamente, la visita me molestaba porque no me apetecía hablar nuevamente del tema.

—¿En qué les puedo ayudar? —dije al fin.

—Señor Azorín, tenemos los resultados de informática y hay algunas cosas que nos gustaría poder aclarar con usted.

En ese momento el miedo sí me paralizó. Al abrir la puerta tenía la certeza que estaban allí para disculparse y para comunicarme que dejaba de ser el principal sospechoso, pero algo habían encontrado en el ordenador o en el teléfono; y eso no era nada bueno.

Me pidieron que les acompañase a comisaría y lo hice sin chistar, abatido y pensando que acabaría el día en los calabozos. Mientras los acompañaba hasta su coche, que habían aparcado al otro lado de la calle, justo delante del campamento base de los periodistas, empecé a repasar mi plan. No era capaz de encontrar ningún cabo suelto y tenía la total certeza que no había nada relacionado con Mario Carrasco en mis dispositivos. Durante el trayecto apenas hablaron entre ellos y tampoco lo hicieron conmigo, lo que resultaba aún más inquietante.

Al llegar a comisaría me encerraron en un despacho parecido al que

solemos ver en las películas policíacas, un espacio de minúsculas dimensiones, sin ventanas, sin cuadros, sin nada... Solo un par de sillas y una pequeña mesa cuadrada. Me entraron ahí, se disculparon por dejarme solo unos minutos y luego se fueron cerrando con llave. Tragué saliva, estaba acojonado.

A medida que iban pasando los minutos, mi razonamiento intentó calmar mis ánimos, tratando de encontrar una explicación. Pensé que esa visita a la comisaría era solo una puesta en escena, un truco para observar mi fortaleza y mi reacción al miedo; de lo contrario hubiésemos charlado en casa como las dos veces anteriores. Pero si eso no iba de farol...

La espera se demoró más de veinte agónicos minutos. Entraron ambos, con caras largas y con un expediente bajo el brazo del más joven. El Inspector Llorente se sentó enfrente mío, hizo una mueca torciendo la boca, como buscando las palabras adecuadas para abordarme.

—Oigan, es domingo y tengo un montón de trabajo que hacer. ¿Podríamos agilizar un poco todo esto? Empiezo a estar cansado de tanto acoso, primero por parte de los periodistas y ahora ustedes...

No se disculpó, pero sí fue al grano; más o menos.

—¿Le importa que le haga unas preguntas?

—¿Importa si me importa? —le solté de mala gana—. Me las van a hacer igualmente.

Detecté que mi tono no le gustó demasiado al inspector, pero debía mantenerme fuerte en esa actitud para no levantar sospechas.

—¿Sabe? Nuestro trabajo no es fácil. Nos pasamos la vida jugándonos el pellejo en las calles y queremos o no, solemos sospechar de todo el mundo. Observamos, analizamos y miramos a los ojos de la gente buscando en el interior de su mirada un indicio de culpabilidad. A veces acertamos y otras, tampoco muchas, nuestro instinto nos falla.

El Inspector Llorente me hablaba directamente, apoyando su cabeza sobre sus brazos cruzados y escrutando mi mirada con el ceño fruncido. Yo hacía lo mismo, tratando de ahuyentar el miedo de mis ojos y devolviéndole la mirada con descaro.

»»Le seré sincero, Señor Azorín —continuó diciendo—, creo firmemente que usted es el responsable de la muerte del asesino de su mujer. Ya me perdonará, pero es un pálpito que tengo y que, como ya le he dicho, no suelo equivocarme en mi primera impresión. Pero claro, en este mundo, si no hay pruebas, no hay culpable.

Asentí mientras él hacía bailar sus dedos sobre el dossier que había sobre la mesa.

»»Y yo me pregunto, ¿por qué me da esa impresión, Señor Azorín?

—Pues usted sabrá —le contesté—, aunque podría concluir que ese palpito suyo puede estar condicionado por el hecho de ver mi cara por en todas partes, porque soy un novelista de género policiaco o quizás porque los programas de televisión se han empeñado en colgarme de la horca. Quizás porque desde el primer momento les dije que me alegraba de la muerte de ese hijo de puta y que de no haber sido asesinado por otra persona, hubiese sido yo quién lo hubiese hecho. Quizás porque le contesto de manera beligerante, o quizás porque no le gusto. Quizás porque lo obvio es muy tentador y no tiene ganas de ir más allá de lo evidente para cerrar un caso que ni le va ni le viene. Vaya usted a saber...

El Inspector Llorente sonrió y disintió ante mi respuesta, luego volvió a adoptar su semblante inquisidor.

—Ha visto muchas películas, ¿verdad?

—Inspector, hágame las preguntas que quiera, pero hágalo ya. Le repito que no pienso perder un día de fiesta aquí sentado hablando de sus palpitos. No me interesa. ¿Tiene alguna prueba?, ¿verdad que no? Pues venga...

Ahora volvió a sonreír mientras tamborileaba de nuevo el dossier con los dedos.

—Lo cierto es que sí tengo pruebas, pero su circunstancialidad dependerá de su actitud y le advierto que no va por el buen camino, créame.

CAPÍTULO 22

Sin saber todavía en qué me había equivocado me vino una profunda sensación de abatimiento y me arrepentí de haber cometido el asesinato. No por la muerte de Mario Carrasco, ni una pizca, pero sí por poner en peligro mi libertad. De un modo u otro, si yo iba a la cárcel, representaría que ese hombre habría truncado tres vidas: la de Clara, la mía y la de Lucas. Me había aventurado a jugar a polis y malos creyendo tener un plan perfecto y había subestimado a la policía. «¡Qué tonto eres, Sergio» —me dije. De todos modos, no me podía derrumbar a las primeras de cambio y menos sin saber exactamente cuál o cuáles eran esas pruebas inculpatorias que habían encontrado, de manera que seguí con mi impostura, adoptando la misma pose de ciudadano indignado.

—¡No pueden tener pruebas porque yo no he hecho nada! —dije alzando la voz y arreando un puñetazo a la mesa—. Ya se lo dije el primer día, tenía más ganas de ver a ese hombre muerto que el propio asesino, pero yo no le maté y cualquier prueba inculpatoria que saquen de su chistera no es real.

Los dos Mossos cruzaron sus miradas, mas no dijeron nada. El Inspector Llorente se limitó a anotar algo en el margen inferior del dossier mientras su compañero se frotaba el mentón en actitud reflexiva. Me levanté de la silla y me puse con los brazos en jarras.

—¿Puedo irme ya o tengo que pedir un abogado?

—¡Siéntese! —me ordenó el inspector con brusquedad—. Inocente o no, no le consiento ese tono, así que puede irse calmando si no quiere que le retenga unas cuantas horas; que le recuerdo que puedo hacerlo.

Me amedrentó. Comprendí que quizás había extralimitado mi nivel de indignación y ahora tocaba adoptar un papel más sumiso. Me senté de nuevo en la silla y me crucé de brazos otra vez.

—Señor Azorín —intervino ahora el Subinspector Julve en un tono más cordial—, comprendemos su posición y su estado de ánimo, pero nuestro trabajo es cazar a los malos, aunque eso suponga tener que molestar a personas inocentes.

El discurso de poli bueno no me convenció. Continuaba pensando que esa visita a comisaría era una puesta en escena, un teatrillo para poderme

presionar en un ambiente hostil hasta que la presión me llevase a cometer un desliz que me incriminase.

—No me han traído aquí para que les ayude en el caso. Estoy aquí porque su jefe tiene una corazonada y en base a ella ha establecido que yo maté al cabrón ese.

—No, no creo que usted haya matado a Mario Carrasco —volvió a hablar Llorente—, de hecho tiene una mierda de coartada pero que a la vez es bastante sólida, circunstancial a los ojos de la Fiscalía. Pero eso no quiere decir que no sea culpable.

No entendía nada. Sin saber qué pensar y, sin tener remota idea de por qué camino querían llevarme, decidí cerrar el pico y solo contestar a sus preguntas. Si tenían pruebas inculpatorias y me las mostraban, ya habría momento de valorar si eran o no rebatibles. Era evidente que tenían algo, que por muy débil que fuera, les obligaba a someterme a ese interrogatorio.

—Todavía no puede irse y si quiere que sigamos con esta conversación junto a un abogado, es bien libre de llamarlo o de solicitar uno —me dijo el Inspector Llorente.

—¿Estoy acusado?

—No, no lo está. Pero nos ha dicho que si no le dejábamos marchar lo pediría —repuso con un retintín.

—Oigan, no sé si quiero un abogado —le contesté con cierto hastío—, yo lo único que quiero es acabar con esto e irme a mi casa. Llevo semanas durmiendo mal, acosado por los periodistas, sintiéndome observado por la calle y hablando con ustedes cada dos por tres. Mi propio hijo me ha preguntado si maté a Mario Carrasco. ¿Sabe lo duro que es que tu propio hijo pueda llegar a pensar por un momento que su padre es un asesino? Además, hace cinco minutos me ha dicho que está convencido que yo maté a ese hombre y...

—Yo no he dicho que le matase —me interrumpió—. He dicho que creo que es el responsable de su muerte.

Abrió el dossier y empezó a pasar páginas, humedeciéndose el dedo índice con la lengua de vez en cuando. Se detuvo en la parte final, ajustó sus gafas para leer el contenido completo de ese párrafo y me miró fijamente.

—Señor Azorín, ¿conoce usted a Goran Naumovic?

Estoy convencido que mi cara de sorpresa fue de lo más creíble, porque no necesitaba fingirla. No tenía la más mínima idea de quién era ese hombre y no comprendía qué relación tenía con el caso.

—No... —dije al fin.

—Es un asesino a sueldo que opera por el sur de Europa. Lo busca la Interpol y la mayoría de los cuerpos de seguridad del continente. Se le atribuyen cerca de veinte casos criminales en nuestro país. Ha asesinado a varios empresarios y a un tipo de la mafia china en Valencia en el último año. Lo más curioso, es que gracias a usted hemos dado con su paradero y a estas horas la policía francesa está asediando un piso franco en Béziers.

—¿Gracias a mí?

—Mi asombro iba en aumento.

—Nos consta que contactó desde su ordenador con una organización kosovar para contratar los servicios de un sicario. Hemos tirado del hilo a través de las búsquedas que realizó durante varios días y hemos dado con él, del mismo modo que lo hizo usted hace unos meses. ¿Me equivoco?

—Ya no estaba asombrado, estaba estupefacto.

—Pues sí, se equivoca. Se equivoca otra vez.

—¿Alguien más usa su ordenador? —intervino el Subinspector Julve.

—Sí, mi hijo. De vez en cuando pero él no ha sido...

—¿Entonces reconoce que entró en la página web de una organización criminal kosovar? —apostilló el Inspector Llorente.

—Claro, eso sí. Busqué en Internet la manera de contratar a un sicario.

—Entonces, supongo que ahora sí querrá llamar a su abogado, ¿verdad? —me dijo el Inspector Llorente blandiendo una amplia sonrisa mientras me ofrecía un teléfono inalámbrico.

—Me reí.

—Inspector Llorente, prometo dedicarle un capítulo cómico en mi próxima novela. Es usted un hacha, de verdad. Y no, no llamaré a mi abogado, será mejor que llamemos a mi editor, él podrá explicarle el argumento de *La bala marcada*, mi última novela. La protagonista contrataba los servicios de un sicario para deshacerse de un perturbado que llevaba meses acosándola. Lo único que hice es documentar ese hilo argumental, de comprobar si era relativamente fácil contratar a un matón a través de la red. Y si le digo la verdad, no parece demasiado complicado... A eso se le llama rigor, muy señor mío. ¿Sabe qué significa esa palabra?

—Envalentonado por haberles dejado KO, me explayé en mi victoria.

—Por cierto, la novela se está vendiendo como churros, en gran parte gracias a ustedes. Es curioso, yo les pongo en bandeja el paradero de un sicario y ustedes a cambio me convierten en un superventas. ¡Ah! Y prometo

enviarles un ejemplar dedicado a cada uno en cuando me dejen ir a casa.

CAPÍTULO 23

Al día siguiente, mientras todavía me vanagloriaba de mi brillante puesta en escena en la comisaría, el Inspector Llorente recibía un correo electrónico de la Policía Nacional en el que le agradecía su intervención y le comunicaba que el caso quedaba archivado por falta de pruebas, al menos a lo que refería a la sospecha de que Sergio Azorín fuese el autor material de los hechos.

Los Mossos d'Esquadra acababan de colgarse una medalla tras la detención de Goran Naumovic y el Mayor se había acercado expresamente a sus dependencias para felicitar personalmente al Inspector Llorente. Pese a eso, éste todavía estaba de mala leche tras ver mancillado su orgullo el día anterior. Seguía estando convencido de que yo era el responsable de la muerte de Mario Carrasco.

Esa misma mañana, mi inocencia se había filtrado entre la prensa y las tertulias televisivas de la mañana cambiaban sus guiones para anunciar que Sergio Azorín era inocente. Delante del televisor, disfrutaba como un enano de mi victoria mientras el teléfono no paraba de sonar. Concedí dos entrevistas a televisiones nacionales y a una autonómica, así como también a tres emisoras de radio. Apalabré una entrevista en TeleMadrid previo pago de nueve mil euros con el deseo de dejar a la altura del betún al presentador que días antes me había tratado como a un asesino. También me llamó mi editor para decirme que era el "puto amo".

A mediodía, no cabía en mí mismo. Me había venido tan arriba que incluso insinué querellarme contra alguna cadena de televisión por injurias hacia mi persona. Nunca me había sentido tan bien desde la muerte de Clara, de hecho, todo lo que estaba ocurriendo era una muestra palpable de aquello que siempre había pensado: que hasta que no muriese Mario Carrasco nunca volvería a ser feliz.

Lucas me dio un abrazo en cuanto llegó y, por un momento, me pareció estar con su madre. En cierto modo, ella me estaba dando las gracias por vengar su muerte. Eso creía, al menos...

—Eso quiere decir que no fuiste tú, ¿verdad? —me dijo cogiéndome totalmente por sorpresa.

—¿Acaso lo dudabas?

Restó en silencio, mirándome a los ojos, escrutando en el reflejo de mi alma y todavía no sé cómo, pero me cazó.

—Sé que fuiste tú, que lo hiciste, o que contratases a alguien para que lo hiciese.

—¿Pero cómo puedes pensar que yo...? —dije de nuevo con ese tono indignado que tantas semanas llevaba entrenando.

—Antes de ese fin de semana, el que mataron a Mario Carrasco... No sé, estuviste muy raro. Me preguntaste cuatro o cinco veces si iba a ir a la casa que Marc tiene en el Pirineo. Me insististe mucho en que fuese, sobre todo cuando un par de días antes te dije que quizás me quedaría por aquí. Y luego... ¡Joder, Papá!, la maleta. Tu reacción cuando cogí la maleta del altillo, estabas nervioso.

—Bueno, era la maleta de Miguel.

—¿De Miguel? ¿En serio? Ese hombre lleva años yendo de casa al bar y del bar a casa. Ni siquiera sale, tú mismo lo dices: no ha salido del barrio en su vida.

Una parte de mí hubiese querido rebatir cada una de las aseveraciones de Lucas, pero la otra me invitaba a sincerarme, a explicárselo todo. Hacerlo sería bueno, representaría no llevar mentiras en la mochila delante de la persona a quien más quiero en este mundo; además, supuse que sería bueno para mi salud mental poderlo compartir con alguien. Pero me preocupaba su reacción y si a partir de mi confesión sería capaz de volverme a mirar a la cara como antes. Semanas antes, él mismo había afirmado que de encontrarse al asesino de su madre por la calle no hubiera dudado en cargárselo. Me entendería y me apoyaría.

—Lucas... —empecé a decir mientras posaba mis manos en sus mejillas.

—No quiero saberlo —dijo zafándose de mí—. No me digas nada, no quiero saberlo.

No supe interpretar la expresión de su cara, solo me miró unos instantes y se fue a la calle, cerrando enérgicamente la puerta tras de sí. Tendría que haber ido tras él con aires indignados, con un discurso moral de los míos, amonestándole por pensar que yo era capaz de asesinar a alguien a sangre fría, pero a cada instante que pasaba, a cada segundo que me quedaba allí plantado sin hacer nada mi confesión se hacía realidad.

—¡Lucas!

Cancelé todas las entrevistas que tenía apalabradas y me encerré en mi habitación el resto de la tarde. Y la pasé llorando, sin saber cuál era el motivo exacto. Quizás mis lágrimas se desbordaron por haber hecho partícipe a Lucas, con todo lo que ello implicaba, quizás fue arrepentimiento o quizás un estallido de emociones que se desbordaron tras haber sido descartado como sospechoso por la policía. No lo sé... Quizás fue todo eso.

Recuerdo que me tomé unas copas, que no cené, que volví a llorar a medianoche, cuando comprobé que Lucas no regresaba ni me contestaba a los mensajes. Recuerdo que besé el retrato de Clara, que rompí una puerta de un puñetazo y que me dolía la cabeza. También recuerdo que maldije a las golondrinas que meses antes habían anidado en el tejado de casa, que invoqué a Clara y que hablé con ella, que insulté a Mario Carrasco y también a mí mismo. Recuerdo también que me tomé pastillas para dormir, aunque no recuerdo cuántas. Y ya no recuerdo nada más, hasta que me desperté en una cama del Hospital Clínico.

CAPÍTULO 24

A los pocos minutos de despertar me visitó el médico de planta, un tipo de mi edad, con el pelo más canoso y una barba descuidada que seguramente reflejaba el cansancio de un turno maratoniano. Me explicó que ingresé a las cuatro y medio de la madrugada, inconsciente, con poco pulso y espumando por la boca. Lucas me había encontrado tumbado en el sofá media hora antes, salpicado por un vómito propio que seguramente me salvó la vida. Me reanimaron en la ambulancia y a mi llegada al hospital me hicieron un lavado gástrico sondado.

Me dolía la cabeza, todavía más que la noche anterior y mi garganta me escocía, seguramente por el sondaje que me hicieron por boca, nariz y esófago. Pero lo que más dañaba mi alma era que Lucas hubiese tenido que encontrarme en un estado tan lamentable. Y me preocupaba también otra cosa: ¿había intentado quitarme la vida o fue algo accidental?

Un par de horas después entró en la habitación una mujer alta y esbelta, de piel bronceada y enormes ojos verdes. Deduje por su bata que era una enfermera que venía a cambiarme el suero y a pincharme el brazo, pero no, se sentó a un lado de la cama y me dedicó una tierna sonrisa que me reconfortó.

—Hola, Sergio. ¿Cómo te encuentras?

—Bueno... He tenido días mejores.

—Me lo imagino —dijo sin abandonar esa sonrisa angelical—. Pero lo importante es que ahora ya estás estable y fuera de peligro. Hemos hablado con tu hijo, le hemos dicho que estás más recuperado y vendrá a verte en un rato.

La sola idea de que Lucas me viese en esa cama me desolaba, pero más me torturaba tener que mirarle a los ojos de nuevo. En pocas horas había averiguado que su padre era un asesino y me había encontrado hecho un asco en el comedor. Sentía tanta vergüenza...

—Soy la Dra. Hernández —se presentó—, del departamento de Psiquiatría del hospital y ahora que estás un poco mejor me gustaría hablar contigo.

—¿Hablar? No tengo muchas ganas de hablar, si te digo la verdad —le contesté con desdén y tratando de ser huidizo.

—No te preocupes, no se trata de charlar de tus problemas, solo te haré

algunas preguntas sobre lo que sucedió ayer para acabar de cumplimentar tu ficha.

—No me acuerdo de nada —le dije con parquedad—, supongo que mi analítica podrá explicarte más cosas que yo.

Lo último que necesitaba era tener que hablar con un psiquiatra, que seguramente trataría de sacar de mi interior a todos mis demonios. No me apetecía, pero tampoco me era conveniente poner mis pensamientos a merced de nadie. Me sentía confuso y para ocultar mi delito necesitaba tener la mente despejada para que mi lengua no se aventurase a contar lo que no debía. Pero esa mujer era tan dulce, infundía tanta confianza y tanta paz que sucumbí a sus encantos. Además, olía de maravilla.

—Ya sé lo que piensas, que intenté suicidarme. Pero no fue así, había bebido y no era consciente de la peligrosidad de tomar pastillas —le dije con seguridad.

—Bien, eso es bueno y me tranquiliza. De todos modos, has vivido un episodio traumático y tenemos que vigilar para que no vuelva a ocurrir.

—No volverá a ocurrir —repuse inmediatamente—. Fue un accidente y ya está.

—Lo sé, lo sé... —me tranquilizó con una sonrisa todavía más amplia—. Sé por lo que has pasado durante las últimas semanas. Cualquiera que vea mínimamente la televisión sabe lo que te ha pasado. Supongo que debe haber sido muy difícil para ti lidiar con todo lo que se ha hablado.

—¡Exacto! Estaba celebrando que todo había terminado y se me fue la mano. Eso es todo.

—Bien, no te molesto más —dijo poniéndose en pie—. Solo quería asegurarme de que estabas bien y así poder rellenar los informes que nos piden para casos como este. Estos protocolos son un rollo, pero nos obligan a hacerlos.

Por curioso que parezca, después de pasarme toda la charla tratando de eludir sus preguntas no me apetecía despedirme de ella. No sé si era su atractivo, su dulzura o ese tono de voz calmado que me sosegaba. Me había contagiado la sonrisa y me apetecía seguir charlando, aunque fuese de mis demonios, de los pasados y de los presentes.

—¿Te vas ya? —la tuteé.

—No, si no quieres —se apresuró a decir, consciente de que había sabido despertar mis ganas de hablar.

—No soy un suicida. En mi vida he tenido suficientes dificultades como

para hacerlo, pero siempre he salido adelante y justo ahora, creo que es el momento de empezar con una nueva vida. Patricia —me serví de su placa para llamarla por su nombre—, una vez muerto el asesino de mi mujer, ella descansa en paz y yo ya estoy listo para volver a vivir. ¿Sabes? No sé porqué te estoy contando esto, pero necesitaba verbalizar cosas que ni siquiera yo sabía que eran importantes de sacar.

—Es bueno que llegues a conclusiones positivas, pero procura que no se queden en palabras y actúa. Si de verdad empieza una vida nueva para ti, debes aparcar los recuerdos y mirar hacia ese futuro. Cambia cosas, cambia pensamientos y piensa en ti.

Estuve charlando con Patricia cerca de media hora, tuve la sensación de estar haciéndolo con una vieja amiga y, pese a que ella condujo la conversación por un camino terapéutico por el que me psicoanalizó en su recorrido, me sentí muy cómodo. Me propuso visitarla en su consulta unos días más tarde y me dio su tarjeta.

Mientras estuve con Clara jamás le fui infiel, aunque debo reconocer que en alguna ocasión había flirteado con alguna compañera de trabajo y, de haber tenido la oportunidad, quizás hubiese sucumbido a las tentaciones de la carne. Y lo curioso es que después de enviudar no fui capaz de estar con otra mujer; una cena que acabó con un par de besos escasos de pasión con mi antigua editora y un tonteo por teléfono con la profesora de quinto de Lucas fueron todos mis escauceos amorosos. En cierto modo, estaba demasiado atado a Clara y a pesar de su ausencia, nunca me había parecido leal acercarme a otra mujer. Pero ahora, sentía que algo había cambiado, que Clara ya descansaba en paz y que mi nueva vida tenía que empezar sin ella.

Patricia había despertado en mí sensaciones que hacía muchos años que habían quedado aletargadas. No sólo un deseo sexual que traté de evidenciar bajo la sábana, sino también una ambición sentimental que quizás ya merecía. Olí la tarjeta de visita que me había entregado y me prendé de ese olor.

Ensimismado en nuevos e ilusionantes proyectos para mi nueva vida, no advertí que la puerta se abría.

—¡Qué susto me diste, cabrón!

Era Lucas, estaba llorando como una magdalena. El miedo y la incertidumbre habían desencajado su rostro. Estaba pálido y ojeroso pero su

sonrisa se empezó a dibujar en cuanto percibió la mía, ampliándola cada vez más a medida que se acercaba a la cama. Me abrazó y me besó con un ímpetu infantil que me hizo recordar años pasados, cuando un abrazo o un beso suyo era el mejor de los regalos. Además me susurró un *te quiero cabrón* que me supo a miel.

—Yo también te quiero, cachorro. —No le llamaba así desde ni me acuerdo cuándo.

—¿Qué pasó? —Su pregunta llevaba consigo una alta dosis de preocupación que quise disipar lo antes posible.

—Un accidente... Había bebido un par de copas y las pastillas para dormir me hicieron una reacción. Una mala combinación...

—Te prometo que nunca jamás le contaré a nadie lo de Mario —me dijo por sorpresa—. Puedes estar tranquilo.

—Me preocupa más que seas capaz de comprenderme o incluso de perdonarme, más que allí fuera alguien pueda saber la verdad.

Volvió a abrazarme, lo hizo con fuerza y no dijo nada. Y quise entender que ese gesto llevaba consigo su comprensión y un acato de perdón.

CAPÍTULO 25

Me dieron de alta a media tarde, después de hacerme firmar varios formularios; entre ellos, un consentimiento de alta voluntaria. Me sentía un poco débil, con ardor de estómago y todavía con una sombra de jaqueca instalada en mis sienes. A pesar de eso y, teniendo en cuenta el estado lamentable con el que ingresé la noche antes, me sentía bastante recuperado, sobre todo a nivel anímico. El perdón de Lucas me había levantado la moral y Patricia también me la había levantado.

* (Disculpas del autor por la doble interpretación que puede hacerse en la frase anterior).

Decidí volver a casa dando un paseo. Me apetecía pensar y encontrarme conmigo mismo mientras andaba, además de tomar el aire, algo que necesitaba tras más de doce horas metido en un hospital. Lo hice con las manos en los bolsillos, a paso lento y con una sensación de sosiego que me hizo sonreír. Durante esa cita con mi yo interior me prometí no volver a beber en una temporada, incluso me puse fecha para dejar de fumar; decidí también ponerme las pilas con la novela que estaba escribiendo para así satisfacer a mi editor y, por qué no, asistir más a menudo a la Feria del Libro de Madrid. Me preguntaba si mi infierno había al fin terminado y si a partir de ese momento podría construir mi nueva vida, si realmente había cerrado una etapa funesta. La charla con Patricia me había abierto los ojos y ahora solo debía ser capaz de encontrar las herramientas para construir mi futuro.

Me ilusionaba empezar una relación sentimental y que ese fuese el pilar de mi nuevo proyecto vital. Lucas ya no era un crío, no necesitaba de mis cuidados y con la muerte de Mario Carrasco había acabado con mi autoimpuesto luto. Me preguntaba si Patricia podría ser esa compañera de viaje o si ella solo era un detonante para espabilar desde ese momento. Lo que tenía claro era que la llamaría, quizás no para tratar de conquistarla, quizás solo para charlar con ella en su consulta privada. Quién sabe, dicen que el amor surge cuando surge y en el lugar más inesperado, por qué no hacerlo en un despacho profesional y tumbado en el diván. En cierto modo, siempre había creído necesitar el permiso de Clara para salir con otra mujer y, de un tiempo a esa parte, entendí que ella me lo había concedido, así que me prometí llamar

a Patricia esa misma semana.

No tenía prisa en llegar a casa, el paseo se me estaba haciendo confortable y me apetecía seguir vagando para ir ordenando ideas en mi cabeza. Me detuve a curiosear escaparates, incluso visité una tienda de electrodomésticos para mirar precios de televisores, ensoñado en comprarme uno de cincuenta y cuatro pulgadas y deshacerme de la reliquia que tenía en el comedor. Con lo que había cobrado en las últimas semanas en los diferentes programas de televisión había cancelado dos créditos que hasta entonces me habían hecho sangrar la cuenta cada final de mes y eso era un alivio económico. Además, a raíz del bombo mediático en el que me había visto inmerso, *La Bala marcada* se había convertido en todo un superventas y eso significaba que en un par de meses la editorial me ingresaría la liquidación anual y la cifra a cobrar aspiraba a tener cuatro ceros a la derecha.

Estaba llegando ya a casa cuando sucedió un hecho que en ese momento calificué de mágico. No podía creerme lo que estaba viendo, era una revelación en toda regla. Mientras esperaba a que el semáforo de peatones se pusiese en verde junto a una caseta de la ONCE, mi vista se fijó en un número, en un boleto revelador que parecía estar ahí expuesto exclusivamente para mí. Un escalofrío recorrió mi espinazo y mi corazón se hizo notar con un potente latido, era el 29268.

—No puede ser... —me dije.

Clara siempre había sido un ser especial, era una loca simpática capaz de sorprenderte en cualquier momento con alguna de sus ocurrencias. Quedé prendado de ella desde el día que la conocí. Tenía carisma, era divertida, extravagante y risueña. Esa sonrisa... Además, tenía magia, tenía duende, quizás desde el mismo día en que nació. Pertenecía a un selecto grupo de personas que celebran su cumpleaños una vez cada cuatro años, el de aquellos que han nacido un veintinueve de febrero. Solía bromear sobre esa curiosidad y contaba con orgullo que hizo la comunión con dos años, que se sacó el bachillerato con cuatro y que se casó con seis; se negaba a celebrar su aniversario el veintiocho de febrero o el primero de marzo y se enfadaba si le regalábamos algo por esas fechas. Se sentía satisfecha por pertenecer a ese colectivo afectado por el síndrome del bisiesto e incluso estaba afiliada en una especie de federación que organizaba una fiesta el veintinueve de febrero de cada cuatro años y siempre en una ciudad diferente. Clara no se perdía ni una. Coleccionaba efemérides, recortaba del periódico las noticias más relevantes de esa fecha y las clasificaba cronológicamente en un álbum que

guardaba celosamente bajo llave. Tan obsesionada estaba con esa peculiaridad que el día de su sexto cumpleaños me sorprendió pidiéndome matrimonio a rodilla hincada y con un anillo de brillantes en un restaurante, en mitad de la cena y ante los ojos de más de cincuenta comensales que arrancaron a aplaudir ante la singular escena. En mitad de mi sorpresa y mi desconcierto me explicó que en el siglo XIX, en Gran Bretaña, San Patricio promulgó una ley por la cual las mujeres tenían derecho a pedir matrimonio formal el veintinueve de febrero y que, con el tiempo, se había convertido en una tradición muy seguida por las mujeres de la federación.

—Y ahora no puedes decirme que no —me advirtió.

Y claro, me tuve que casar con esa mujer de seis años de edad once meses después.

Cabe decir, que el perfume que le regalé ese día pasó totalmente inadvertido; y eso que me costó una pasta.

Clara nació el 29/2/1968.

En ningún momento me pareció que ese número estuviese colgado en la ventanilla de la caseta de la ONCE por caprichos del azar y me convencí de que era una señal que Clara me estaba enviando. A ella le gustaba todo lo relacionado con lo sobrenatural, creía en los fantasmas, en la reencarnación y en la magia del universo. Siempre me decía que debíamos estar atentos a las señales que nos ofrece la vida y a hacerles caso. ¿Y si ese boleto era la clave para empezar esa nueva vida que parecía empezar tras la muerte de Mario Carrasco? Entendí que ella, desde allí donde estuviese, me estaba agradeciendo haber cumplido con mi palabra y me premiaba con una recompensa que me permitiría liquidar mis deudas. Pensé, además, que el éxito de *La Bala marcada* también se debía a ese halo mágico que me brindaba Clara.

Y lo compré.

Tan convencido estaba que ese boleto saldría premiado, que al llegar a casa me puse a hacer cábalas de lo que haría con el dinero. Es más, de no haber sido por la promesa de no beber ni una gota de alcohol en una buena temporada, hubiese descorchado una botella de cava para celebrarlo. Como un niño pequeño en noche de Reyes me planté ante el televisor para seguir en directo el sorteo.

Una sintonía insulsa precedió a la imagen de tres interventores acorbatados más serios que un ponente en un tratado de física nuclear, luego la cámara enfocó a cinco señoritas estupendas, todas alineadas junto a los

bombos en la misma posición. El traqueteo de las bolas acrecentó mi ritmo cardiaco y, aún más cuando el primer número que salió fue el dos.

Segundos más tarde, la realidad me arreó un puñetazo en la boca y desbarató de un plumazo todos mis planes inmediatos. Para mi consternación, el número premiado esa noche había sido el 20237.

Me sentí estúpido. Estrujé el boleto, apagué el televisor y me fui a la cama sin cenar.

CAPÍTULO 26

Otro de los propósitos que me había hecho, imprescindible para abordar mi nueva vida, era dejar de tomar pastillas para dormir. A raíz de mi intoxicación había cogido cierto miedo y quizás ese fue el motivo por el que me decidí a echar todo el bote por la taza del váter. La primera noche no dormí y me fui a trabajar hecho un zombi. Tenía mi propia teoría y pensé que si aguantaba despierto dos días completos, cuando me acostase la noche siguiente caería rendido. Y así lo hice, aunque con la ayuda de media docena de cafés.

Una semana más tarde y con el sueño bastante normalizado sin la ayuda de pastillas, le pedí a Miguel un par de días de fiesta a cuenta de las vacaciones y los dediqué a escribir, no tanto como me hubiese gustado, pero lo justo para terminar un capítulo que se me había atragantado. Aproveché para ordenar facturas y papelotes que tenía apilados sobre mi escritorio desde hacía más de un año. Me propuse también para mi nueva etapa dedicar unos minutos a la semana a poner en orden mi documentación, aunque no estaba demasiado convencido de poderlo cumplir. Incluso era más factible dejar de fumar. En la pila apareció la tarjeta de visita de Patricia y eso me hizo sonreír. Me había prometido llamarla esa misma semana pero no lo había hecho. La olí para recordar esa cautivadora fragancia y me decidí a llamar. Estaba dispuesto a conquistarla pero me aterraba intentarlo.

Si bien reconozco que durante mi adolescencia y parte de mi juventud fui un autentico golfo y un mujeriego enfermizo, al conocer a Clara mi instinto cazador quedó aletargado, por no decir muerto. Ahora, cerca de cumplir los cincuenta y con el estigma de la viudedad todavía cubriendo de negro mi conciencia, me encontraba totalmente desorientado. Aunque creía que mis dotes de seducción no se habrían perdido, lo cierto es que no tenía ni idea de cómo abordar a una mujer. Cuando eres joven tus círculos sociales son más amplios, el flirteo forma parte del día a día y un NO con mayúsculas no representa un gran problema; sin embargo, para alguien de mi edad, el círculo social se reducía a dos o tres amigos de toda la vida con los que apenas quedaba, mi editor y Miguel, quien precisamente no era la alegría de la huerta.

Me sentía como un hombre desarmado dispuesto a cazar elefantes.

Y entonces la llamé.

Hablar con ella era muy fácil. Tenía la sensación de estar hablando con una íntima amiga y no con una terapeuta y eso me gustaba y me hacía sentir cómodo, sin embargo, al mismo tiempo me confundía. Me concedió una cita profesional para el siguiente lunes, aunque yo me la tomé como un encuentro de amigos.

Mi error fue contarle al día siguiente a Miguel que había conocido a una mujer y que me apetecía entablar una relación sentimental con ella. Pese a que es un tío excepcional y siempre que lo he necesitado he contado con su ayuda, es un ser huraño y negativo hasta puntos tóxicos. A él todo le parece mal, todo tiene alguna pega y todo el mundo actúa con egoísmo.

—Esa comecocos es amable porque su trabajo consiste en generar confianza con sus pacientes —argumentó cuando le insinué que su trato hacia mí era muy cercano—. Si una tía quiere quedar contigo te anota su número de teléfono en la mano o en un pedazo de papel, no te da una tarjeta de visita. ¿No lo ves? Te quiere sacar la pasta, que pareces tonto...

Y aunque siempre ha sido muy bruto diciendo las cosas, lo cierto es que tenía parte de razón en sus argumentos y eso me generaba todavía más dudas. No obstante, estaba dispuesto a conocerla y a hacerle saber mis intenciones desde el primer momento, porque sabía que en el momento en que me convirtiese en su paciente ella solo me vería como tal.

Otro aspecto que me preocupaba era mi imagen. Desde la muerte de Clara dejé de quererme y fui descuidando mi aspecto físico, así como mi look. En mi armario todavía había ropa de los 90' y lo poco que mi economía me había permitido a comprar durante los últimos años era ropa cómoda de mercadillo. Y para volver a ser ese Sergio que antaño fue, si quería aspirar a gustar a alguien, antes debía gustarme a mí mismo.

Dediqué toda la tarde del sábado a reconstruirme, bien temprano fui a la peluquería en busca de un peinado diferente, aunque el resultado no acabó de convencerme; luego secuestré a Lucas para que me acompañase a comprar algo de ropa y el muy cabrón accedió a acompañarme con la condición de que le comprara unas deportivas que hacía meses le había prometido. Al final, acabé cargado de bolsas, con la tarjeta de crédito temblorosa y con la sensación de que nada de lo que había comprado me gustaba.

De vuelta a casa, Lucas, que es más listo que las ratas, supo tirarme de la lengua y acabamos teniendo una conversación que jamás hubiese pensado que

mantendría con él.

—¿La conozco? —me dijo de pronto en tono burlón.

—¿A quién?

—Joder, papá. A la mujer con la que has quedado.

No pude disimular mi asombro.

—Pero tú... ¿cómo?

Se rió a carcajadas.

—A ver, desde que tengo uso de razón jamás te he visto gastar más de diez Euros en una peluquería, por no hablar de los trescientos que te has gastado en ropa. Además, esta mañana te he visto en el lavabo, estabas limpiándote el cutis. —Volvió a reír— Vamos, cuéntame.

—¿Qué pasa? ¿Qué no puedo cuidarme un poco? Ahora que entra un poco más de dinero en casa me lo puedo permitir. ¿O acaso no me lo merezco?

—Pues nada, no me lo cuentes. Pero luego no me vengas tú con interrogatorios de con quién voy y con quién salgo, porque no te pienso contar nada.

—¡Pero si nunca me cuentas nada!

Lucas se partió de risa de nuevo.

—Eso es verdad, no te cuento ni la mitad de la mitad —reconoció todavía entre risas—. Pero te prometo que si me dices con quién has quedado te habrás ganado mi confianza.

Le di una colleja cariñosa y me decidí a contárselo. Cuando se pone pesado es como su madre y no para hasta sonsacarte lo que quiere. Y en el fondo me apetecía compartir mi ilusión con él.

—Se llama Patricia, es psiquiatra y está muy buena. Morena, alta, de ojos verdes, un poco más joven que yo. Y he quedado con ella en su consulta el lunes. ¿Algo más? —le dije con retintín.

—¡No me jodas! —exclamó sorprendido—. ¿La del hospital?

—Esa misma...

—Pues sí que está buena —me reconoció— y si te la pinchas habrás triunfado como un campeón.

—¡Lucas! No me hables como si fuese uno de tus amigos.

—¿Amigotes? —repitió antes de volverse a reír de mí—. De verdad, qué rancio eres...

—¿Lo ves? Te ríes de mí. Si lo llego a saber no te cuento nada.

—Tienes razón, no debería reírme, pero me hace gracia que a tu edad todavía pienses en ligar. Y... ¡eh! Que me gusta que lo hagas y que me lo

expliques. Ya empezaba a ser hora de que rehicieras tu vida —apostilló con sinceridad.

—Pues eso...

—Pues eso... —repitió él, otra vez acompañado de otra dichosa risita.

—¿Y tú? ¿Tienes alguna chica especial?

—Papá... Tengo que decirte una cosa... Soy gay —me dijo para tomarme el pelo y así seguir ocultando su privacidad, tal como me imaginaba

—¿Qué coño dices?

Volvió a reírse y esta vez yo lo hice con él.

—Alguna cae de vez en cuando —me dijo como toda información—, pero nada serio.

—Cabrón...

Lucas esta vez solo sonrió, me rodeó con su brazo por detrás de mi espalda y me dio un beso que me sentó igual de bien que aquel que me regaló en el hospital. Y en ese momento me entraron unas ganas locas de llorar.

CAPÍTULO 27

Me sentía tan vivo y tan feliz...

Me desperté ese domingo con una felicidad indescriptible. Tras la muerte de Mario Carrasco la memoria de Clara había sido honrada definitivamente y con ella mi luto; había conseguido regular mi sueño sin ayuda de pastillas, mi economía se había saneado notablemente y además había establecido con Lucas un vínculo de confianza cuando creía que lo había perdido; Patricia había despertado por fin al Sergio que un día dejó de gustarse y había conseguido ilusionarme con la posibilidad de una relación sentimental. Por si todo eso no fuera poco, mi carrera de escritor estaba en su momento más álgido y raro era el día que no me llamase Juan Carlos para anunciarme una buena noticia. En definitiva, mi vida gris y anodina era ahora un arco iris que se abría majestuoso a mi paso.

Sin embargo, mis demonios tenían algo que decir al respecto y me recordaban día sí y día también que era un asesino, una mala persona. Y, aunque trataba de convencerme de que lo que hice era necesario para mi salud mental, recordar como ese ser humano moría desangrado a mis pies era una tortura para mi conciencia.

Y eso condicionaba mi felicidad.

Al día siguiente, después del almuerzo, el nuevo Sergio se disponía a arreglarse para visitar a Patricia. Con una camisa de flores, unos vaqueros ajustados y unas botas de piel me miré al espejo con satisfacción y reconocí a aquel que en su día fui. Rematé mi look con una americana ceñida a la cintura y unas gotitas de Adolfo Domínguez antes de salir de casa dispuesto a comerme el mundo.

Hacía mucho tiempo que no pisaba con seguridad, que no andaba con la cabeza erguida y con una sonrisa por bandera. No solo me gustaba a mí mismo, con un corte de pelo y cuatro trapos nuevos me había enamorado de mí.

Llegué a la consulta diez minutos antes. Temblaba como una hoja y me sudaban las manos. Toda la seguridad que llevaba encima se desmoronó en cuanto entré por la puerta y una sensación de ridículo me invadió hasta tal punto, que estuve a punto de marchar de ahí. Mientras esperaba mi turno, en la

sala de espera me dediqué a cotillear una revista del corazón y cuál fue mi sorpresa cuando vi que hablaban de mí en las páginas centrales. La publicación tenía tres semanas, coincidiendo con el momento más álgido de la investigación, cuando mi cara salía por todas las televisiones señalándome como principal sospechoso del asesinato de Mario Carrasco. Saqué una foto con el móvil y se la envié a Juan Carlos.

«Tela, tela... ¿Les demandamos?»

Juan Carlos me contestó con tres emoticonos riéndose a lagrimones y no dijo nada más. Entendí que no le importaba mucho y que no veía con buenos ojos meterse en una batalla judicial contra una de las principales revistas de actualidad. Y lo cierto es que a mí tampoco me apetecía, así que arranqué las páginas e hice con ellas un barrullo que tiré a la papelera.

Y en ese momento se abrió la puerta del despacho y Patricia salió radiante, si cabe, todavía más atractiva que el día que me atendió en el turno de urgencias. En cuanto dijo mi nombre me ruboricé y creo que entré con las mejillas delatoras.

—Hola, Sergio. Me alegra verte.

Asentí con cara de gilipollas y entré en la consulta. Era un despacho diáfano y minimalista en cuanto a mobiliario, solo destacaba una mesa recia, de apariencia antigua y una librería al fondo, con más cachivaches que libros. No había diván, ni un triste sofá, así que me senté en una de las dos sillas para visitas que había junto al escritorio.

—Si te soy sincera, no esperaba que fueras a llamar.

—Bueno... me diste la tarjeta —repuse encogiéndome de hombros—, se supone que si me la diste era porque creías que podía necesitar de tus servicios.

Ella asintió mientras desplegaba su elegante sonrisa.

—Y bien... ¿en qué puedo ayudarte —me dijo mientras se sentaba en su sillón y adoptaba una postura más profesional.

—Verás... te parecerá una locura y quizás pienses que soy un gilipollas pero no he venido aquí a tratarme, de hecho, lo que quería hacer era conocerte.

Patricia arqueó las cejas y frunció el ceño, evidenciando perplejidad. Sin embargo no perdió su sonrisa y me invitó a explicarme.

—Lo cierto es que no sé muy bien por dónde empezar —me atreví a decir—. Simplemente me atraes y lo que me dijiste el otro día en el hospital me hizo abrir los ojos.

—Vaya... esto tampoco me lo esperaba —me reconoció—. Y, ante todo,

tengo que decirte que tengo por norma no establecer vínculos extraprofesionales con mis pacientes, así que..

—Pero yo no soy tu paciente, de hecho no quiero serlo. Ya te dije que he venido para conocerte, no para tratar ningún problema psicológico.

Patricia volvió a sonreír de nuevo y restó en silencio, lo que me pareció una buena señal, por lo menos estaba sopesando mi propuesta.

—Solo un café —insistí—. Cuando salgas, sin compromiso, como si fuéramos dos viejos amigos.

Negó con la cabeza pero sin aparentar demasiada rotundidad, de modo que seguí desplegando todas mis artimañas para tratar de convencerla.

—Aunque si tienes novio, pareja o algo parecido solo tienes que decírmelo y me iré y no te molestaré más.

Si su habitual sonrisa ya me embelesaba, la que me concedió en ese momento me contestó.

—¿Sabes qué pienso? —dijo al fin—. Que de verdad necesitas tratamiento, porque estás loco... Y yo debo estarlo también. Mi último paciente acaba la sesión a las ocho. Quedamos aquí delante, en el bar de la esquina.

—¡Genial! —exclamé con efusividad.

—Pero solo un café —me advirtió.

Salí de la consulta como un crío de dieciséis años, orgulloso de haberle sacado una cita a ese ser angelical, aunque solo fuese para tomar un café. Era un comienzo. Volvía a sentirme especial y me gratificaba haber sido capaz de convencerla y eso era una inyección de autoestima.

Faltaban más de dos horas para las ocho y no sabía qué hacer durante ese tiempo. Conociéndome como me conozco, esperar dos horas en un bar podía ser peligroso, al menos si quería cumplir mi palabra de no beber ni gota en una temporada; tampoco me apetecía ir a casa a hacer tiempo. Y de pronto supe qué haría, una visita simbólica que en ese momento tenía su razón de ser.

Me fui hasta el barrio de la Barceloneta y me acerqué a la playa de la Mar Bella, me quité los zapatos para sentir el tacto de la arena bajo mis pies y me senté en una de las rocas del espigón con la mirada perdida en el horizonte. Había ido hasta allí para cerrar una etapa, algo que consideré imprescindible antes de empezar otra. Allí, junto a ese conjunto rocoso esparcimos las cenizas de Clara para convertirlo desde ese día en un lugar de encuentro.

Y empecé a hablar con ella en silencio.

«Te he echado de menos, Clarice —era así como le llamaba—. No ha habido un solo día en que no haya pensado en ti, ni un día en que no haya

recordado alguno de nuestros mejores momentos juntos y en el día en que te fuiste. Ha sido horrible, seguro que lo sabes... Lo he pasado mal pero he cumplido todo aquello que prometí cuando te fuiste, cuidar del niño y.... Lucas ya es un hombre, un poco cabrón nos ha salido, pero es buen chico. Estarías muy orgullosa de él, estoy seguro; de hecho es como tú: es espontáneo, explosivo, emotivo y carismático. También te ha echado de menos.

También he cumplido mi otra promesa, aunque no estoy seguro de si estarás contenta con lo que hice, pero de no haberlo hecho hubiese faltado al compromiso que siempre he tenido contigo. Era un ser humano, sí... pero te arrebató la vida y a mí me la destrozó. Espero que sepas comprenderlo...

Y ahora quiero rehacer mi vida y estoy seguro que querrías que lo hiciese. Siempre te querré, nunca te olvidaré y siempre serás my first, my last, my everything, pero mi corazón necesita volver a querer y a ser querido, necesito compartir mis penas y mis ilusiones como lo hacía contigo, necesito sentirme vivo...»

Y así fue, casi dieciocho años después, me despedí de ella, derramando las últimas lágrimas.

CAPÍTULO 28

Regresé a la calle Mallorca, donde Patricia tenía su consulta y me dirigí al bar de la esquina. Me hubiese tomado un whisky de malta o una cañita, pero opté por pedirme una infusión de menta. Me senté junto al ventanal, desde donde podía ver la entrada principal y consulté la hora. Todavía quedaban veinte minutos para las ocho.

Di un sorbo a la infusión y me escaldé la lengua, momento en que volví a pensar en tomarme un whisky; siempre ha sido el mejor jarabe para calmar mis nervios y soltar la lengua. De hecho lo necesitaba. La visita al espigón me había dejado bastante tocado y quizás no era ese el mejor estado anímico para tratar de ligarme a alguien. Así que...

—¡Camarero! Por favor, llévese esto y tráigame una copa de Cardhu.

El muchacho hizo lo que le pedí sin hacer comentarios, algo que agradecí. Luego paseé el elixir de malta, lo olí y le di un buen trago. Me sentía mucho mejor.

Patricia se retrasó unos minutos y llegó diez minutos más tarde. Advertí que se había pintado los labios y se había soltado la melena. Eso era bueno, se había arreglado para quedar conmigo y quise entender que yo también le atraía.

—Gracias por venir.

—Gracias por invitarme —contestó de inmediato—. Me has dicho que me invitabas, ¿verdad?

Asentí.

Llegado a ese punto me sentí imbécil. No sabía qué decirle ni cómo empezar la conversación, así que tomé otro trago para coger carrerilla.

—¿Continúas creyendo que estoy loco? —fue lo primero que se me ocurrió decir.

—Pues sí, un poco —empezó a decir mostrando nuevamente su sonrisa—. Doy fe de ello... Y te lo dice alguien que entiende de esto.

Me gustó su sentido del humor.

—Muy pocas locuras he cometido en mi vida —le dije, tratando de sacarme de la cabeza el cadáver de Mario Carrasco—, quizás esta haya sido una de las más gordas.

—Eres original y espontáneo, hay que reconocerlo. Y estas cosas suelen gustarles a las mujeres.

Llegados a este punto, algo me decía que Patricia estaba abierta a conocerme. No solo había aceptado mi alocada invitación, además se había arreglado para acudir a la cita y parecía muy receptiva y predispuesta a hacer de ese encuentro el inicio de algo. Quizás me estaba equivocando, pero nuestro momento había empezado con tan buena sintonía, que quise disfrutarlo hasta al final, con independencia del resultado. Durante algo más de una hora estuvimos hablando de libros, de cine, de política, de la Sanidad; incluso de fútbol. Estábamos tan a gusto que se nos hizo la hora de cenar y, allí mismo, nos partimos unas bravas, unos choquitos y un generoso pincho de tortilla. Ella no eludió el contacto físico y dejó que posase mi mano sobre la suya, aceptó el reto del silencio mientras escrutaba en el interior de sus ojos, y me rió las gracias y yo las suyas.

Todo era tan perfecto...

Llegué a pensar que la noche podría culminar en una noche tórrida, aunque tenía muy claro que no sería yo quién diese el paso para ello. Por el contrario, no quería que nos despidiéramos sin concertar otro encuentro.

—Me lo he pasado muy bien —me reconoció después de pagar la cuenta a medias.

—Yo también. Incluso mejor de lo que me esperaba. De hecho, me gustaría volver a quedar contigo otro día.

—Sí, claro —accedió ampliando su sonrisa.

—Pero deberías darme tu teléfono, el privado. No me gustaría tener que volver a pedir cita a través de tu secretaria.

—Sergio... —empezó a decir tornando una expresión más sobria—. No te lo tomes a mal, pero no me gusta ir muy rápido con estas cosas. Ya te he contado que tuve una mala experiencia con mi última pareja y necesito establecer mucha confianza con las personas que conozco antes de plantearme tener una relación con ellas.

—Sí, claro. Me parece muy sensato y respetaré tu tiempo si hace falta. Eso no será un problema.

—Y para conseguir esa confianza necesito, sobre todo, sinceridad, mucha sinceridad.

—Claro —contesté casi por inercia.

—Y eso implica saber si asesinaste a ese hombre...

No me lo esperaba. Me pilló y me quedé sin palabras, totalmente

bloqueado. Sabía que cada instante de mi silencio era una respuesta afirmativa a su pregunta, a no ser que me hiciera el ofendido y me largase de allí cantándole las cuarenta. No sé la razón, pero fui incapaz de negar nada y al final le respondí.

—Sí, lo hice yo. ¿Es eso lo que querías escuchar?

Supongo que Patricia esperaba que negara mi implicación y así poder analizar mi comportamiento gestual y establecer por ella misma si estaba mintiendo o no. Lo cierto es que le sorprendió mi respuesta, o al menos, su rotundidad. Ahora era ella la que se quedó sin palabras y cada instante de su silencio significaba rechazo y miedo.

—Es broma —dije—. ¿Tú también crees que soy capaz de matar a un hombre?

—No lo sé.

Me acabé la tercera copa de Cardhu de un solo trago y me levanté de la silla con gesto rápido, me puse la chaqueta y me quedé mirando a Patricia. Seguía aturdida, como si le hubiesen dado un mazazo en la cabeza. Hice ademán de irme y ella me detuvo.

—¡Espera, Sergio! —. Patricia me agarró del brazo para que no me fuera. —Siéntate, te lo ruego.

Sin borrar el enfado de mi rostro, accedí a quedarme. Volví a ocupar mi silla y me crucé de brazos, esperando sus explicaciones.

—Siento tener que dudar —empezó a decirme—. Sobre ti han pesado unas acusaciones muy graves y debes comprender que eso pueda echar atrás a la gente...

—¿Acusaciones? —levanté la voz—. ¿Qué acusaciones? Ningún juez me ha juzgado por delito alguno y lo único que ha habido es una investigación que se ha magnificado por culpa de las televisiones, que me han acusado sin pruebas. Esta sociedad está loca, majareta, como una puta cabra...

—Lo siento... —Pareció arrepentida—. Si tú me aseguras que no lo hiciste, yo debo creerte.

—Maldita sinceridad... La sinceridad está sobrevalorada. A veces decir la verdad se convierte en algo doloroso y destructivo. La sinceridad en una pareja solo es útil si existe comprensión y perdón, de lo contrario solo sirve para crear un conflicto que una mentira podría evitar.

—Entonces... ¿Eso es una confesión? —repuso ella totalmente confundida.

—Sí, Patricia. Yo maté a ese hijo de puta. ¿Y sabes qué? Lo volvería a hacer, porque solo con su muerte yo puedo volver a vivir. A partir de aquí, si

eres capaz de comprender y perdonar, llámame y podremos quedar para tomar un café con las conciencias preparadas para una relación.

Ahora sí, me levanté y me fui.

De camino a casa me eché a llorar. Comprendí que mi vida jamás volvería a ser igual y que en las cabezas de todos aquellos que me conociesen siempre residiría esa duda. El estigma de la presunción de culpabilidad conviviría conmigo durante el resto de mis días porque mi imagen solo podría lavarse encontrando a un culpable que no fuera yo. Y eso era del todo imposible. Me creí capaz de cometer el crimen perfecto y no supe ver que todo crimen tiene su castigo y el mío era peor que la cárcel.

Y llegué a casa a las tantas; abatido, oliendo a whisky y a tabaco. No soy consciente de cuántas horas estuve vagando por las calles y visitando bares que iban cerrando a mi paso, solo sé que llegué tarde, muy tardé. Lucas me vio entrar y con su mirada me lo dijo todo.

CAPÍTULO 29

Al día siguiente me desperté a las tantas, con un dolor de cabeza insufrible y la vejiga a punto de reventar. Después de aliviarla con una micción poco certera y tomarme un ibuprofeno, me fui a la terraza para fumar. Llovía. Era un día feo y gris, de esos en que te gustaría quedarte en la cama y no salir de ella por muchas obligaciones que te reclamasen. Eso me hizo pensar que esa mañana tendría que haber ido a trabajar al bar de Miguel y automáticamente encendí el teléfono y comprobé que tenía cinco llamadas perdidas de él.

—¡Mierda!

En otras circunstancias, le hubiese llamado al instante, pidiéndole disculpas e inventando alguna excusa ingeniosa para justificar mi retraso, pero no lo hice. Lo peor es que ni siquiera me importaban las consecuencias. Quizás porque Miguel es un buen amigo y me imaginaba que al día siguiente me cantarían las cuarenta, pero que entendería mis circunstancias y me perdonaría por enésima vez.

Apagué el teléfono para no tener que dar la cara.

Era consciente de que acababa de tocar fondo una vez más, justo cuando solo un día antes parecía que debía empezar una vida nueva, plena y feliz, como la que había tenido diecisiete años atrás. Entonces puse en duda mi capacidad de regular traumas y entendí que lo que necesitaba en ese momento era visitar a un psicólogo. Y claro, la primera persona en quien pensé fue Patricia.

La falta de tabaco me obligó a vestirme y a salir de casa. Tras fumarme dos cigarrillos de un tirón y beberme un carajillo que me sentó como una patada en el estómago, como si fuera un autómatas, empecé a vagar por las calles, sin un rumbo fijo; tal reflejo de mi vida. Me adentré en el barrio de San Antonio y me apeteció impregnarme de recuerdos de infancia. Sumido en una dulce melancolía, me gustó comprobar que algunos de los bares de mi época de estudiante todavía existían, aunque algunos de ellos regentados por chinos. A mi memoria volvieron caras de compañeros que el tiempo me había hecho olvidar y traté de recordar sus nombres sin demasiado éxito. Cada esquina me evocaba una vivencia, un cambio de cromos, una pelea, mi primer beso, mi primer cigarrillo y mi último chupito de cazalla. Me entró una arcada solo de

pensarlo.

Me sentía a gusto, reconfortado con esa visita a mi infancia y quizás por eso no pude resistirme a asomar la cabeza por mi antiguo colegio. Reconocí ese olor inefable al instante y me transporté a los años setenta. La conserjería estaba vacía y en el vestíbulo solo había una mujer limpiando los cristales del tablón de anuncios. Entré sin saber por qué, con las manos en los bolsillos, como si esa fuese mi casa; que en cierto modo lo era. Salí al patio, escenario de infinidad de partidos de fútbol y de juegos absurdos, y me quedé allí durante un par de minutos. Me sorprendieron sus dimensiones, en mis recuerdos era una espacio mucho más grande y diáfano. Luego subí las escaleras que conducían a las aulas y me paseé por los pasillos del segundo piso. Me crucé con un profesor, que me miró despistadamente y me dio los buenos días; me extrañó que no me preguntara qué hacía por allí. Mi recorrido acabó en el último piso, en el aula de Plástica, que me pareció exactamente igual a como era hacía treinta años atrás; incluso podría afirmar que las mesas de trabajo eran las mismas. Olía a barro fresco, a cola blanca y a ceras; cómo no, olía a aula de Plástica.

Pensé en lo feliz que era de pequeño, en lo insignificantes que eran los problemas. En esa época infantil mis únicas preocupaciones eran tener los deberes al día, hacer un buen examen sin que me pillasen con la chuleta y recordar alguna de las poesías ñoñas que me hacía aprender la Señorita Maribel. A pesar de lo mal que lo pasaba intentando memorizar versos, me congratuló que muchos de ellos todavía residían intactos en mi memoria.

Y sin ser consciente del cómo y del por qué, me vi recitando a Bécquer para mis adentros...

*Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y, otra vez, con el ala a sus cristales
jugando llamarán;
pero aquéllas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha al contemplar,
aquéllas que aprendieron nuestros nombres...
ésas... ¡no volverán!
Volverán las tupidas madre selvas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde, aun más hermosas,*

*sus flores se abrirán;
pero aquéllas, cuajadas de rocío,
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer, como lágrimas del día...
ésas... ¡no volverán!
Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar;
tu corazón, de su profundo sueño
tal vez despertará;
pero mudo y absorto y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido..., desengáñate:
¡así no te querrán!*

Todos esos versos que hasta ese momento de mi vida solo habían sido una secuencia de frases que rimaban de manera asonante en los renglones pares, ahora se convertían en toda una revelación y tomaban sentido para entender mi miserable existencia.

Me di cuenta de que me había empeñado en retomar mi vida una vez vengada la muerte de Clara, creyendo que solo así volvería a ser feliz. Y por culpa de eso eché a perder diecisiete años de mi vida y, después de mi crimen, quizás también de la que me quedaba por vivir.

Ahora, además, comprendía que esas malditas golondrinas que habían anidado el mes pasado en la azotea de mi casa y que yo creí que me habían animado a cometer el crimen, en realidad me estaban diciendo que no lo hiciera, que esa vida que tuve antes nunca volverá. Sí, quise mucho a Clara; sí, tuve un buen trabajo; sí, tuve una buena casa y una vida repleta de diversión... pero la muerte de ese hijo de puta no me había devuelto nada de todo eso, mas al contrario, solo había conseguido hacerme un desgraciado.

—Malditos pajarracos...

La vida me agotaba y ya no podía con ella, porque no sabía vivirla. Si no fuese porque me moría de pena, pensando en Lucas, en ese mismo momento hubiese abierto una de las ventanas del aula de Plástica y hubiese acabado con todo de una vez; quizás así me encontraba de nuevo con Clara, allí donde estuviese; y quizás así me quitaría de la cabeza el tormento de saberme un asesino.

Pero no podía hacerlo, por Lucas y porque soy un cobarde.

La otra opción era ir a comisaría y confesar mi crimen.

CAPÍTULO 30

Me crucé todo el Raval con paso firme, confusamente convencido de que entregarme era lo mejor que podía hacer. Me parecía increíble que después de planificar el crimen perfecto y salir indemne de cualquier sospecha tras la investigación, ahora, por mí mismo me entregara a la policía. La imperfección de toda esa trama que había creado había sido creer que psicológicamente estaría preparado para afrontar las consecuencias. En cierto modo, sentía que me habían pillado.

En la puerta de la comisaría me encendí un cigarro, supongo que para postergar durante cinco minutos más mi libertad. Y muy a mi pesar, me lo fumé muy rápido.

Me atendió una mujer uniformada, que me pidió el DNI, creyendo que había ido a poner una denuncia.

—Me gustaría hablar con el Inspector Llorente.

Fue entonces cuando la mujer reconoció mi cara y se dio cuenta de la relevancia que tenía mi visita.

—Aguarde un momento. Espere en esa sala —dijo con cierto nerviosismo, señalándome una especie de pasillo que habían habilitado como sala de espera.

Me senté en el extremo de una hilera de sillas de plástico de color azul y solté aire para templar mis nervios. Mientras esperaba encendí mi teléfono para llamar a Juan Carlos y explicarle lo que iba a hacer. Seguro que él conocería a un buen abogado para llevar mi caso. Imaginé que pondría el grito en el cielo y que trataría de convencerme de no hacerlo. Cuando el teléfono cargó todos sus contenidos me notificó las doce llamadas perdidas de Miguel y más de cincuenta mensajes de Whatsapp de diferentes contactos. Miguel se llevaba la palma con siete mensajes, casi todos cagándose en mis muelas. Y luego otro que me hizo erguir de golpe. Era de Patricia.

«Hola, Sergio!» 9:50 √√

«Creo que te debo una disculpa» 9:50 √√

«No debería haber dudado de ti. Si la policía ya ha determinado que no tuviste nada que ver, quién soy yo para ponerlo en duda?» 9:51 √√

«Bufff... Estas enfadado, verdad?» 11:02 √√

«Lo arreglaría invitándote a una cerveza?» 11:03 √√

Había dos renglones más, con emoticonos diversos, con caritas lloronas y otras de bochorno. Y otro con un beso en forma de corazón.

—¡Joder! —se me escapó en alto.

«¿Y ahora qué?» —pensé.

Apoyé los codos sobre mis rodillas y paseé las manos por la cara nerviosamente, pensando a toda velocidad, refregando mi piel una vez y otra, arriba y abajo. Hundí los dedos entre mi pelo y tiré de él. Notaba como mis pulsaciones se aceleraban y como se me oprimía el pecho. Me costaba respirar.

—Señor Azorín —escuché una voz familiar.

Me incorporé y giré la vista a mi izquierda. Allí estaba el Inspector Llorente, invitándome a pasar a la zona de despachos. Casi como un autómatas, me levanté sin mediar palabra y le seguí pasillo abajo hasta llegar a una zona administrativa donde había más escritorios vacíos que funcionarios usándolos; luego abrió una puerta y me hizo pasar.

—Espéreme aquí, por favor —me dijo estrechándome la mano con más cortesía que amabilidad—. Siéntese en esa silla. Regreso en un par de minutos.

Estaba en un despacho polivalente, al menos eso deduje al no ver ningún objeto personal sobre el escritorio ni en el mueble auxiliar que había junto a la pared. Había tan pocas cosas que las que había eran muy evidentes. Lo más relevante era un plafón del que colgaban las fotografías, supongo que de los más buscados; sobre el mueble solo había una pila de documentos y al lado unos chalecos reflectantes, junto a unas esposas. Se me erizó el bello al imaginarme con mis muñecas apresadas.

Me imaginé qué tipo de gente se había sentado en esa silla antes que yo. Malhechores de toda condición, desde chorizos de poca monta a pederastas, violadores... gente mala. «Y hasta asesinos...» —pensé— «Pues como tú, Sergio, que eres un puto asesino. Un puto a-se-si-no».

Los mensajes de Patricia cambiaban el panorama y el escenario en el que estaba me estaba acojonando. Me veía ya en un módulo triste y frío de las afueras rodeado de gente mala, gente mala como yo.

Mis pensamientos iban a velocidad de vértigo, contradictorios, tan magnánimos y comprensivos como duros y acusadores. «¿Qué hago?» —me preguntaba una y otra vez.

Dice un refrán popular que quién roba a un ladrón tiene cien años de perdón y me preguntaba si habría algún tipo de escala de medida en cuanto a

los delitos. «¿Y quién mata a un asesino?, ¿cuántos años de perdón le corresponden?»

Volví a leer los mensajes de Patricia y advertí que estaba en línea. Ella sabía que los había leído.

«¡Mierda! Está escribiendo.»

La puerta se abriría en cualquier momento y aparecería el Inspector Llorente y, cuando eso sucediera, yo tendría que confesar mi crimen. De hecho se escuchaban unos pasos que se acercaban por el pasillo que retumbaban con la misma cadencia que los latidos de mis sienes.

Y entró el mensaje de Patricia.

«*Venga, capullo, dime que sí. No querrás que te suplique???*» 12:14 √√

Me hizo sonreír. Desde la muerte de Clara nunca antes una mujer había conseguido hacerme sonreír de esta manera. Me hacía sentir como un jovencillo en edad de acné y eso era como cosquillear mi corazón.

Me puse a escribir.

«*Para cuándo esas birras?*» 12:14 √√

«*(emoticono beso)*» 12:14 √√

«*Te llamo en un rato*» 12:14 √√ —concluí justo cuando se abría la puerta y aparecían tras ella el Inspector junto a su ayudante, quien portaba un ordenador portátil bajo el brazo.

Y yo ya acababa de dar marcha atrás.

—Bien, creo que quería hablar con nosotros, ¿verdad? —empezó hablando el Inspector con un rictus circunspecto.

Asentí. En ese momento no se me ocurrió otra cosa, de hecho no sabía qué decirles.

—Pues usted dirá... —me invitó a hablar el Inspector, que parecía impacientarse.

Y entonces salió el otro Sergio, aquel tipo sobrado que se ofendía cada vez que alguien sugería que podía ser el asesino de Mario Carrasco. Me recosté en la silla y crucé los brazos, adoptando una postura altiva que me surgió espontáneamente.

—Estoy muy molesto —fue lo primero que dije—. Mucho.

Ambos funcionarios se cruzaron la mirada y se abstuvieron de decir nada, esperando a que continuase hablando. Y así lo hice.

—Miren, entiendo que yo debía ser investigado por la muerte de ese tío. Sí, lo comprendo. Hay unas imágenes de televisión de hace diecisiete años en las que aparezco amenazándolo de muerte y es lógico que sea uno de los

principales sospechosos. Lo acepto, sí, lo acepto. Ahora bien, no han llevado bien esto, me han jodido ustedes y los malditos medios de comunicación.

—Perdone, pero no le sigo —intervino el Subinspector Julve—. ¿A qué se refiere?

—A qué me refiero... Me refiero a que mi entorno tiene dudas sobre mi inocencia. Mi hijo, mis amistades... mi madre. Aunque creen en mí, tienen esa sombra ahí detrás...

—Entiendo —asintió el Inspector—. Pero no puede responsabilizarnos a nosotros de su imagen pública. Además, creo que todo esto le ha servido de trampolín a nivel profesional y no dudó en pasearse por todas las televisiones vendiendo su historia.

—¡Y una mierda! —contesté exaltado.

—Le sugiero que se calmé —intervino de nuevo el subinspector con firmeza.

—Fui a esas televisiones para tratar de lavar una imagen que ustedes estaban echando por tierra. Les recuerdo que no tuvieron ningún reparo en presentarse en mi casa para hacer un registro delante de docenas de periodistas, cosieron a preguntas a mi hijo en plena calle y estuvieron con los coches aparcados durante casi tres horas. ¿Qué mierda de procedimiento es ese?

Lo cierto es que ambos agentes aguantaron la retahíla de reproches sin abrir la boca, incluso asintiendo en alguna de mis aseveraciones. Al Inspector Llorente se le veía molesto y a la vez contenido mientras me miraba fijamente, escrutándome sin disimulo alguno. Hizo una mueca de fastidio y contestó con una forzada tranquilidad.

—Entonces, supongo que ha venido aquí a por una disculpa. ¿Es eso?

—No, no me sirven sus disculpas. Creo que lo que deberían hacer es alguna nota pública o una declaración exculpándome del crimen.

—A ver, Señor Azorín. Creo que eso no va a ser posible, no nos compete. Hay un juez que está instruyendo las diligencias y solo él dictaminará quién es el culpable, no nosotros.

—¿Y han pillado al culpable?

—Lo desconozco. Nosotros no llevamos el peso de la investigación, solo hicimos una colaboración con el Cuerpo de Policía Nacional y no tenemos acceso al expediente.

Seguir allí pegando garrotazos verbales a diestro y siniestro ya no tenía sentido. Protesté varias veces más y los policías capearon el temporal con

bastante temple, hasta que decidí dar por terminar la pantomima. Eso sí, inquiriéndoles que me informaran si tenían alguna noticia al respecto.

CAPÍTULO 31

Salí de allí confuso, algo que empezaba a no ser novedad y, es que desde que vi auella noche a Mario Carrasco en el televisor del Hotel Roma, mis pensamientos habían sido un divagar continuo. Me levantaba por la mañana eufórico o deprimido para acabar el día en total viceversa, sumido en una trepidante montaña rusa de emociones que ni yo mismo sabía comprender. Solo sabía que eso no era bueno. Quizás por este motivo, en cuanto crucé las puertas de cristal de la comisaría, contento porque la vida me daba una oportunidad con Patricia, yo empezaba a arrepentirme de no haberme entregado a la policía. Incomprensible...

Desde esas puertas de cristal para adentro también había confusión. El Inspector Llorente y su mano derecha, el Subinspector Julve trataban de comprender a qué se debía la visita de Sergio Azorín. Junto a la máquina de café, que solía ser el punto de reunión de todo el departamento, discutían sobre las intenciones con las que había venido ese hombre.

—¿Qué le parece, jefe?

El inspector soltó un respingo, se frotó el montón pensativo e hizo un sorbo de café. Estaba cabreado.

—Ese tío es un capullo —dijo al fin—. Y se la está buscando.

—Sigue creyendo que esconde algo, ¿verdad?

—Seguro, Julve. Cada vez lo tengo más claro y la visita de hoy acaba por despejar cualquier duda de ello.

—Quizás su olfato ya no es tan fino como antes. Lo investigamos y quedó claro que no pudo ser él.

—Pocas veces me ha fallado el olfato —repuso con enfado—. Hay cosas que no se aprenden en la academia, Julve. Este tío tiene un cadáver pegado a su sombra.

El subinspector sonrió.

—Os falta raza. Estáis todos muy cachas y el uniforme os sienta de maravilla, pero no tenéis ni idea de psicología.

—¡Claro que la tenemos! Precisamente es una de las asignaturas que...

—¡Paparruchas! —le cortó su superior—. Te digo que este tío ha venido aquí para cachondearse de nosotros, reconozco el perfil de un asesino en cuanto lo veo y en el caso de Sergio Azorín es más que evidente. Le divierte el juego del gato y el ratón y como no hemos sido capaces de cazarle ahora viene en busca de más. No sé cómo, pero Azorín se tomó muchas molestias para no ser descubierto y nosotros apenas hemos buscado en la superficie.

—El término técnico del perfil que ha definido es el de un homicida egocéntrico, que se recrea rememorando su crimen.

—Dígalo de la manera que quiera. Para mí es un listillo “tocacojones” que se cargó al asesino de su mujer. Punto —sentenció acabándose de un solo trago el vaso de café, estrujándolo y lanzándolo a la papelera.

—Entonces... —barbotó Julve.

—Mira, llevé treinta y cinco años en este negocio y solo me quedan nueve para jubilarme. A mí nadie se me presenta y me dice cómo tengo que hacer mi trabajo y me acusa de haberle hundido la vida. ¿Perdona? No, no... A este capullo lo cazo.

CAPÍTULO 32

Llamé a Miguel para disculparme con una milonga que improvisé a media conversación. Le expliqué que la policía había querido hablar conmigo a propósito de la investigación y que en comisaría me habían obligado a poner el teléfono en silencio. Alegué que esos cabrones me habían tenido ahí dentro toda la mañana y que con todo el trasiego se me olvidó avisarle. No solo se creyó mi historia, sino que además se disculpó por el tono de sus mensajes y me dio el resto del día libre. Pobre Miguel, no tiene remedio.

Mi vida se había convertido en una mentira constante en la que, en ocasiones, yo mismo me había creído mis propias imposturas, hasta el punto de ofenderme cuando alguien me las cuestionaba. Y no solo me engañaba a mí mismo, también lo hacía con los demás, con mi entorno más cercano, tapando con argucias lo que realmente era.

—Miguel —le dije—. Desde que murió Clara te has portado muy bien conmigo. Demasiado bien... de hecho eres la persona a quién más le debo en todos los sentidos. Sé que llevas años pagándome un sueldo más por caridad que por necesidad y te lo agradezco. Pero creo que ha llegado el momento de dejar el bar.

—¿Qué dices? Claro que te necesito... —me interpeló al instante no muy convencido.

—No, Miguel. Ya basta de aguantar a un trabajador como yo. Que si un día llego tarde porque mi resaca no se habla con mi despertador, que si otro no vengo porque me encuentro mal y al tercero por cualquier otra historia de dudosa verdad. No te lo mereces y yo te quiero como amigo, no como a un jefe; que a veces eres un jefe capullo, lo sabes ¿verdad?

—¿En serio que quieres dejarme?

—Sí, amigo. Además, ahora mi carrera de escritor me da dinero y, toco madera, creo que a partir de ahora podré vivir de esto.

Me sentí profundamente liberado, con mi dimisión cerraba otro capítulo de mi vida, uno muy gris. Trabajar de camarero durante todos esos años me había servido para pagar facturas y para poder tener cada día un plato en la mesa, pero a la vez se había convertido en una actividad tediosa, monótona y deprimente.

Casualidades de la vida, ese día se cumplían dieciocho años desde la muerte de Clara y mis penas llegaban a la mayoría de edad, por lo tanto, ya era hora de que madurasen.

Los siguientes diez días fueron magia, luz y color. Dos horas compartiendo cervezas con Patricia me habían servido para comprobar que era posible rehacer mi vida al lado de otra mujer. Hubo amor, hubo risas, hubo complicidad y hubo sexo; mucho sexo. Cada tarde la recogía cuando terminaba de pasar consulta, tomábamos algo y nos íbamos a su casa a estremecer nuestros cuerpos entre cálidas sábanas. Hablábamos mucho, de todo, excepto de Mario Carrasco y de Clara. Ella me escuchaba y me daba consejos, me acariciaba después de hacer el amor mientras me observaba con unos ojos rendidos que me desarmaban. Varias noches me quedé a dormir con ella y su gato. Sí, solía dormir con nosotros.

No nos habíamos prometido nada, no habíamos puesto un nombre a lo nuestro, solo adjetivos calificativos. No había planes de futuro, solo ganas de vivir el momento y de disfrutarlo.

Ese Sergio malhumorado y huraño había desaparecido y ahora el espejo me devolvía cada mañana la imagen de un tipo feliz, desacomplejado y liberado. Mis fantasmas habían desaparecido con la mejor de las terapias: el amor. Quizás por eso, le llamaba cariñosamente mi *ghostbuster*. Ese estado catártico, de sosiego y paz me sirvió para escribir con una soltura inaudita y acabé la novela mucho antes de lo que hubiese pensado, para regocijo de Juan Carlos. Eso sí, no pude evitar que el protagonista se enamorara de la teniente de la policía.

Me reuní con mi editor toda la tarde de ese viernes y estuvimos cerca de cuatro horas destripando mi última creación, hasta que le dije que la reunión acababa porque tenía que ir a recoger a mi chica.

—Me alegro por ti, Sergio. Te veo muy bien, de hecho, desconocía que sabías sonreír —me dijo mientras me iba.

—Lo sé, amigo. Gracias.

—Pero tío, intenta no poner tanto romanticismo en tu próxima novela —sentenció antes de darnos el último apretón de manos.

Con una promesa que no tenía claro que pudiese cumplir, salí de su despacho y me fui a buscar a Patricia. Habíamos quedado en el bar de triste recuerdo dónde quedamos el primer día.

Y allí la esperé, con mi vaso de agua con gas, junto a la ventana que me

ofrecía una buena perspectiva de la puerta principal del edificio de su consulta. Entre sorbo y sorbo de lo que se había convertido en mi bebida habitual la última semana, le envié un mensaje a Lucas para advertirle de que esa noche no dormiría en casa y me imaginé que aprovecharía mi ausencia para montar alguna fiesta con los amigos, o mejor/peor aún, para convertirla en un picadero. Estaba tan en Babia que ni me molestaba que lo hiciese. Diez días atrás le hubiese cortado los co... Como puede cambiar alguien con un par de polvos.

Patricia se retrasaba y yo me inquietaba por ello. Y pasaban los minutos y ella sin salir, así que pagué la cuenta y salí a la calle a fumar mientras consultaba con el móvil los horarios del cine. Quería proponerle ir a ver una película antes de sumirnos en otra noche llena de placer. Por lo pronto, Lucas había contestado con un triste Ok a mi parrafada.

Mientras Google se lo tomaba con calma para devolverme los resultados de las novedades cinematográficas, levanté instintivamente la vista y vi que se abría la puerta del edificio y sonreí pensando que sería mi princesa. Pero no era ella.

—Pero qué...

El Inspector Llorente y su lacayo salían del portal y se disponían a cruzar la calle en dirección a mi posición. Sin entender muy bien lo que estaba ocurriendo y sin saber la razón por lo que lo hacía, me subí las solapas de la chaqueta y empecé a andar calle arriba, sin mirar atrás, hasta que llegué a una perfumería, donde me detuve para girarme. Los dos policías estaban entrando en un coche oscuro aparcado justo delante del bar donde instantes antes apuraba las últimas caladas de mi cigarrillo. Me escondí hasta que el coche arrancó y pasó por delante de mí.

El corazón me iba a mil.

«¿De qué te escondes?» —me pregunté.

Uno de los fantasmas que creía haber exorcizado volvía a aparecer de pronto y lo hacía con contundencia, para advertirme que seguían investigándome. El caso no estaba cerrado y debía seguir estando alerta. Me pregunté si mi visita a comisaría unos días antes habría tenido algo que ver y me maldije por haberlo hecho. Había despertado yo mismo al fantasma.

Sin embargo, había algo que todavía me turbaba más que el hecho de continuar sintiéndome investigado. ¿Qué tenía que ver Patricia con todo esto? ¿La visita de los Mossos d'Esquadra había sido un palo de ciego?, ¿una batida desesperada entre mi entorno más cercano para tratar de averiguar algo? Y a

la vez había una pregunta que todavía era mucho más inquietante:
¿Patricia estaba colaborando con la policía?

CAPÍTULO 33

Instantes después, la puerta del edificio volvía a abrirse y esta vez sí era Patricia quién salía de él a paso rápido. Se la veía nerviosa. Miró a lado y lado y cruzó la calle en dirección al bar mientras se soltaba el pelo y trataba de peinárselo con los dedos. Mientras, yo seguía allí, en la entrada de la perfumería, confuso y nervioso, incapaz de moverme.

El móvil me notificó un mensaje entrante. Era ella.

«*Dónde estás?*» 20:36 √√

«*Estoy en el bar*» 20:36 √√

«□» 20:36 √√

Ella seguía en línea y veía que yo también lo estaba, de modo que debía contestar.

«*Estoy llegando*» 20:36 √√

«*Dos minutos*» 20:36 √√

Cogí aire y lo expulsé con un enérgico soplo para templar mis nervios y tratar de aparentar naturalidad cuando la viese, luego salí de la perfumería y me fui al bar. Allí estaba ella, junto a la ventana, en la misma mesa en la que había estado sentado yo minutos antes. Di un par de toques al cristal con los nudillos y le puse la mejor sonrisa a mi turbación. Ella levantó la cabeza y me devolvió la sonrisa.

—Perdona el retraso —le dije antes de darle un beso—. Estaba reunido con Juan Carlos y se me ha pasado la hora. ¿Hace mucho que estás?

—Un poco, quince minutos —mintió—. Pero no te preocupes, todavía no me han atendido. ¿Te lo puedes creer?

Sonreí, aunque no me hacía ninguna gracia descubrir que me estaba mintiendo.

—¿Te apetece dar un paseo? Empiezo a estar harto de beber agua con gas —bromeé.

Salimos a la calle, cogidos de la mano, envueltos en un silencio extraño e incómodo que no habíamos vuelto a vivir desde la primera cita. Afortunadamente, ella rompió el hielo.

—¿Qué le ha parecido la novela?

—Le ha gustado. Dice que me he vuelto un poco pastoso con las escenas

románticas. Menos besos y más balas, me ha dicho.

Ella rió y su carcajada me sonó a algo celestial.

—¿Y tú? ¿Qué tal tus loquitos?

—No los llames así —se quejó, dándome un puñetazo amistoso en el brazo—. Te aseguro que los locos no suelen ir a consulta. Mis pacientes solo son gente con problemas que necesita un poco de ayuda.

—Nunca me cuentas nada de ellos, ¿es por el código ese odontológico?

—Deontológico —carcajeó—. Se llama deontológico. No, podría hablarte de mis pacientes, sin entrar a fondo en sus problemas. Pensé que igual no te interesaba...

—¿Por qué no debería interesarme? —le dije encogiéndome de hombros—. Es tu trabajo, todo lo que está relacionado contigo y con lo que haces me interesa. Así es cómo funcionan las parejas, ¿verdad?

—¿Pareja?, ¿somos pareja?

Patricia no parecía querer contarme nada de la visita de la policía y eso era mala señal, además me había mentido y actuaba con demasiada naturalidad. Sin embargo, la entendía. De hecho, quién era yo para pedirle sinceridad si yo no lo había sido con ella con algo tan serio como una declaración de culpabilidad.

Y sin estar previsto y sin pensar en las consecuencias de lo que iba a hacer, decidí ponerla a prueba corriendo un gran riesgo. Me detuve y la miré a los ojos.

—Tengo que contarte algo.

No contestó, solo me miró con intranquilidad.

—El otro día me preguntaste si había matado a ese hombre y yo me ofendí por no confiar en mí. Y soy un capullo porque... Verás, no me considero un asesino, ni soy peligroso; soy una persona normal que siente y sufre... De hecho he sufrido mucho estos últimos años tras la muerte de Clara. Y sí, yo maté a Mario Carrasco.

La cara de Patricia se desencajó y, al instante me rehuyó la mirada. Negó con la cabeza y se sentó en un banco, luego lloró en silencio durante unos segundos que a mí se me hicieron eternos.

—Lo siento —dije—. No pretendo que me comprendas y entenderé que me juzgues por ello. También entenderé que no quieras saber nada de mí.

La abracé e hizo un amago instintivo de zafarse, pero consintió mi arrumaco y luego pasó su brazo por detrás de mi espalda para corresponderme. Eso me gratificó.

—¿Y bien? —le pregunté para salir de mi inquietud.

—No lo sé, Sergio... De verdad que no sé cómo tengo que reaccionar ante esta situación. No sé si salir corriendo, si llamar a la policía o quedarme abrazada a ti durante toda la noche.

No la quise atosigar. Solo quería que ese abrazo se eternizase mientras ella digería mi verdad. Le acaricié el pelo un centenar de veces y la besé la mejilla otras tantas.

—Te pedí sinceridad —dijo de pronto, separándose ligeramente de mí— y lo has sido. Esto te honra.

—¿Pero?

—Pero has matado a un hombre —susurró.

—He matado al hombre que apuñaló seis veces a la mujer que amaba, a la madre de mi hijo. ¿Sabes? Lucas tenía cuatro años.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho?

—No, no me arrepiento. Y lo volvería a hacer.

—No soy nadie para juzgarte —consiguió decir con voz entrecortada—. Entiendo tus motivos aunque no los comparta, pero no sé si a partir de ahora seré capaz de volverte a mirar a los ojos. Llegué a convencerme de que eras inocente.

—¿Crees que merezco ir a la cárcel?

—No, no lo sé... —repuso nerviosa—. Necesito pensar y evaluar la situación tranquilamente.

—Entenderé que vayas a la policía a contarlo todo. No debes preocuparte por ello.

—Pero no lo entiendo, la policía te ha investigado y llegó a la conclusión de que tú no podías ser el asesino; al menos, eso es lo que dijeron por la tele hace unas semanas.

—¿Querías sinceridad?

—Me cago en tu maldita sinceridad, Sergio —me recriminó con un mohín de broma que me supo a gloria.

—Y tú, Patricia. ¿Tienes algún secreto? Puestos a sincerarnos, no sé, igual cuando tenías dieciocho años robaste unos zapatos o falseaste la declaración de la renta.

—No... No tengo secretos yo.

Había perdido su oportunidad. Solo tenía que haberme dicho que media hora antes dos policías se habían presentado en su consulta para preguntar por mí, pero su silencio me hacía entender que colaboraba con ellos. Y vete a

saber desde cuándo. Incluso empecé a dudar que la casualidad nos encontrará en el box de urgencias del Hospital Clínico.

—¿Y cómo lo hiciste? No han encontrado el arma ni...

Ahora su pregunta parecía más inquisidora. Dudé si era su curiosidad o un mecanismo para comprenderme mejor, o incluso peor, quizás quería recabar información para entregarme a la policía.

—¿De verdad quieres saberlo?

No contestó.

Estuvimos unos minutos más abrazados en ese banco, en silencio, saboreando quizás los últimos instantes juntos. Luego cogió un taxi y se fue a su casa.

Y yo me fui a la mía con la sensación de haberme quitado un gran peso de encima.

CAPÍTULO 34

Me sentía traicionado y a la vez querido, una sensación sumamente compleja para alguien que había tenido que aprender de nuevo a amar a una mujer. El afecto que me regalaba Patricia parecía sincero, de hecho no dudaba de ello; cada caricia, cada beso y cada sonrisa era real e imposible de imitar. Pero la había puesto a prueba con toda mi mala leche y desconocía cuál podría ser su reacción.

Esa noche soñé que me delataba y desperté con unos oscuros pensamientos que me asustaron. Me rondó por la cabeza la conveniencia de hacerla desaparecer. Sí, de matarla a ella también, aunque solo fue un pensamiento fugaz dictado por el humano instinto de supervivencia. No existía odio, sino miedo.

Nunca he sido malpensado con mis parejas. No soy celoso ni veo fantasmas allí donde no los hay, pero debo confesar que me puse en guardia cuando esa tarde Patricia me dijo que no podía quedar ese día. Fue un mensaje de Whatsapp escueto, frío y exento de emoticonos que le diesen algún tipo de expresividad. Solo me dijo que tenía cita en el médico desde hacía semanas y que se acordó en el último instante. Ni un triste lo siento, o un te llamo por la noche. Y entonces mis entendederas empezaron a cortocircuitarse, haciendo conexiones absurdas y maliciosas. El hombre que se enorgullecía de no ser malpensado se pasó toda la tarde delante del despacho de su novia para observar sus movimientos.

Poco antes de las siete salió del portal y se dirigió a la parada de taxis de la esquina y allí tomó el primero de la hilera. Casi por inercia me monté en el siguiente de la hilera y pegué de tónico pelicularo.

—Siga a ese taxi.

El conductor, un hombre con evidente acento gallego me miró por el retrovisor para luego girarse con cara de pocos amigos. De buenas maneras y sin darme muchas más indicaciones que una evidente cara de enfado me negó la carrera y me invitó a abandonar el vehículo. Mientras, el taxi en el que viajaba Patricia desaparecía de mi campo de visión y se perdía entre la multitud.

Y en ese momento hice lo que no debía.

En un ataque de ira, con mis entendederas enajenadas, como si en ellas hubiese anidado un ejército de golondrinas histéricas, no se me ocurrió otra cosa que darle una patada al retrovisor del taxi. El gallego salió al instante del vehículo, me cogió por la pechera y me empotró contra el coche, luego levantó el puño y trató de incrustarlo en mi cara.

Ojalá lo hubiese hecho, ojalá no hubiese aparecido ese agente de la Guardia Urbana para impedir que me partiese la cara.

Todo fue muy rápido, casi al instante apareció otro agente para tirar de mi brazo y conducirme hasta la parte trasera del taxi. Me pidió la documentación y no tuve otro remedio que acceder.

Si mi caso no hubiese sido tan notorio, si no hubiese salido durante tantas semanas en tantos programas de comunicación ni se hubiese escrito tanto de mí, ese agente de la Guardia Urbana me habría tomado los datos y todo habría acabado en una pequeña indemnización y un juicio de faltas de poca monta, pero yo era Sergio Azorín, el famoso escritor que había sido investigado por el asesinato de Mario Carrasco y, como era de esperar, avisó por la emisora y a los cinco minutos había dos patrullas de los Mossos d'Esquadra conmigo.

No opuse resistencia ni discutí con ninguno de los agentes, mas lo contrario; traté de colaborar y de reconocer mi culpa para que todo aquello no fuera a más. Pero no fue así. Media hora después, después de un cacheo en profundidad y las cuatro preguntas de rigor me sentaron en el coche patrulla y me condujeron hasta la comisaría de Vía Layetana. Allí me tuvieron sentado un par de horas, hasta que me llevaron a una sala de interrogatorios de la planta baja, donde tuve que esperar otros treinta minutos hasta que entraron por la puerta mis amigos Llorente y Julve.

—Vaya, vaya, vaya... Mira a quién tenemos aquí otra vez —dijo Llorente con sorna.

Me contuve de contestar y adopté una actitud paciente y conciliadora. Al menos al principio.

—Dice el atestado que la ha tomado con el retrovisor de un taxi —intervino ahora Julve.

Asentí sin más.

—Y supongo que usted sabrá que le podemos acusar por un delito de faltas por daños a una propiedad privada...

Volví a asentir, aunque esta vez sin poder ocultar el enfado que empezaba a instalarse en mi rostro. Julve siguió recreándose en los cargos.

—¿Es consciente de las consecuencias que puede acarrearle este acto?

Piense que lo ha presenciado todo un agente de la autoridad y puede denunciarle por eso.

—A ver... —dije al fin— solo es un retrovisor. Hablaré con el taxista y le pagaré la reparación y una propina por las molestias, pero creo que toda esta pantomima sobra.

—No se confunda —me dijo ahora el Inspector Llorente—, que esto no es una escena de sus ridículas novelas policiacas. Esto es serio.

Me levanté indignado.

—¿Esto es serio, me dice? Pero si me han cacheado y me han llevado en el coche como si fuese un terrorista. ¿Qué ocurre? ¿Les escuece no haber encontrado pruebas de mi culpabilidad y ahora quieren hacérmelo pagar con una retención ilegal por un puñetero espejo?

El Inspector Llorente hizo voltear la silla que había justo al otro lado de mi posición y se sentó del revés, apoyando sus brazos en el respaldo.

—Es cierto, no hemos encontrado nada en su contra, aunque también le digo que cada vez estoy más convencido de que usted está detrás de ese crimen. Pero hoy ha cometido un delito y hay pruebas de ello, por lo que permítanos que nos regodeemos con ello del mismo modo que ha estado haciendo usted con nosotros durante las últimas semanas.

Lejos de ofuscarme por la postura desafiante de los policías, accedí a jugar a ese juego; que de hecho empezaba a gustarme. Así que cambié mi semblante y adopté la personalidad del protagonista de *La bala marcada*. Si querían jugar, yo estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Estoy detenido? —pregunté con un tono tranquilo—. Porque entonces me gustaría llamar a un abogado y explicarle que me tienen aquí sentado sin haberme leído los derechos... Como sabrán tengo derecho a no declarar contra mi propia persona, ni a confesarme culpable, ni a callar, a no declarar o a hacerlo delante de un juez.

El Inspector Llorente sonrió un ínfimo instante.

—¿Quiere declarar delante de un juez?

—Dudo mucho que todo esto llegue a un juzgado. Yo solo he roto un retrovisor y he declarado que pienso pagarle la reparación a su dueño. No tengo ningún problema en declarar por este hecho, pero ya estoy harto de hablar con ustedes del crimen de Mario Carrasco. El día que tengan pruebas me detienen y me juzgan, mientras tanto deberán conformarse con una concesión, un regalo que les hago para que puedan dormir más tranquilos.

El Inspector Llorente frunció el ceño y restó expectante, si saber a qué

obedecía mi última sentencia. Sonreí, sabedor de que iba a volver a ganar el partido y entonces les regalé una confesión.

—Sí, señores. Yo maté a Mario Carrasco, y lo hice con mis propias manos, a sangre fría, con total predeterminación y alevosía. Fue un acto de venganza rotundo y no me arrepiento de haberlo hecho. Y volvería a hacerlo —añadí.

Llorente, no parecía satisfecho. Al contrario, su rostro mostraba una expresión que divagaba entre la confusión y el enfado. Se levantó de la silla y se dirigió a la estantería situada al otro extremo de la sala, extrajo de un cajón una especie de bloc de notas de gran tamaño y lo trajo de vuelta para dejarlo caer sobre la mesa, luego se sacó un bolígrafo del bolsillo interior de su chaqueta y me lo entregó.

—Póngalo por escrito.

Sin dudarle ni un instante, tomé el bolígrafo y empecé a escribir en uno de los folios del bloc de notas. Al terminar, firmé a pie de página, sobre mi nombre y el número de mi DNI; luego arranqué la hoja y le entregué al Inspector Llorente una confesión por la cual me declaraba culpable de haber roto el retrovisor de un taxi.

CAPÍTULO 35

El incidente del retrovisor acabó a las diez de la mañana del día siguiente, después de un juicio exprés que acabó con una multa de cuatrocientos euros y una muesca en mi ficha policial. Al salir puse el teléfono en marcha y me sorprendió no tener ningún mensaje. Lucas habría supuesto que estaría pasando una noche loca con Patricia, Miguel ya no tenía que escribirme como cada mañana para preguntarme si pensaba presentarme al trabajo y Patricia... Patricia no me había escrito ni una palabra, ni siquiera para darme las buenas noches.

—«¿Por qué tenías que explicarle nada?» —me reocriminé.

Confesar el crimen a alguien de mi entorno era estúpido y peligroso, pero cada vez que lo hacía soltaba una parte del lastre que me acompañaba. Me liberaba hacerlo, quizás para limpiar mi conciencia; y además, porque disfrutaba regodeándome con la ejecución de un plan perfecto. No obstante, ese masaje a mi ego solo había traído consigo un distanciamiento con Lucas y, ahora, con quién creía que debería haber sido mi nuevo amor. Y habérselo contado a la policía esa noche, a sabiendas que haciéndolo en una conversación informal no tenía ningún sustento legal, había sido tan placentero como innecesario.

Camino de casa me detuve en un bar en la Plaza Urquinaona para tomarme un café con leche reparador. Mientras esperaba en la terraza a que el solícito camarero me lo trajera, saqué el teléfono y le envié un mensaje a Patricia. Algo me hacía pensar que sería el último que le enviaba.

«Hola, cosita. Ya no me quieres?»

Como si fuese un adolescente, me quedé mirando la pantalla un buen rato, a la espera de que Patricia apareciese en línea y que el doble check se tornara azul. Estuve así durante dos minutos, lo que tardó el camarero en traerme el café con leche. Entonces guardé el teléfono y hojeé un periódico de cortesía para saber un poco por encima qué ocurría por el mundo. Me salté las hojas de internacional y no fui más allá de los titulares de política. Me tomé mi tiempo en las páginas de actualidad y le dediqué toda mi atención a la sección de deportes.

Me sorprendió que saliese en ese momento el camarero, platillo en mano,

dejándome la cuenta sobre la mesa.

—«¿Acaso te he pedido la nota, gilipollas?» —pensé.

—¡Oye! —le dije en un tono impertinente—. Tráeme otro café con leche.

El muchacho asintió y entró de nuevo al interior del bar. Aproveché ese lapso de tiempo para consultar el teléfono y comprobar que el doble check estaba en azul y con ella fuera de línea.

—«¿Y no piensas contestar?».

Seguí hojeando el periódico, saltándome los resultados del tenis y de los europeos de atletismo para mirar la programación televisiva del día. Momento en el que salió de nuevo el camarero con mi segundo café con leche y otro platito con la nueva cuenta.

Lo reconozco, me puede. No puedo soportar que me traigan la cuenta antes de que la pida. ¿Y si quiero seguir pidiendo más cosas? Sin pudor alguno decidí tomarla con el camarero, a degüello.

—¿Tengo aspecto de ser de los que no pagan?

—Lo siento, es norma de la casa —repuso al instante sin ni siquiera mirarme a la cara.

Ofendido por el agravio y la insolencia, resquemado por el vacío que me hacía Patricia y fuera de mis cabales como consecuencia de no haber dormido en toda la noche, me levanté y me dirigí hacia él con cara de pocos amigos; me detuve a poco más de un palmo y entonces me volví loco. Cara contra cara, empujándole como un chulillo de discoteca mientras le dedicaba todo tipo de improperios e insultos.

Quizás el camarero había dormido menos que yo, quizás le pillé en un momento crítico de su vida o quizás estaba más loco que yo. Se me encaró, se acordó de mis muertos e hizo presunción sobre la reputación de mi madre; luego yo repliqué a sus insultos con los míos. Nos empujamos y nos zarandeamos, caímos sobre las sillas y echamos al suelo a una pobre mujer que solo hacía que gritar, horrorizada con la lamentable escena. Cuando parecía que la trifulca iba a menos y que todo empezaba a apaciguarse intervino otro camarero, quizás más loco que nosotros dos, y me estampó contra un coche.

Quedé aturdido y con un intenso dolor en el pecho que me impedía respirar con normalidad. Por fortuna, los camareros se apiadaron de mí y me dejaron en paz.

Minutos después, con mi respiración un poco más acompasada, me levanté, dejé sobre la mesa un billete de cinco euros y me fui a casa antes de

que apareciese algún coche de la policía. Lo hice cabizbajo, arrepentido una vez más por dejarme llevar por mi impulsividad y recordé el día en que murió Clara. Perdió la vida por mi culpa.

Al llegar a casa puse en marcha el ordenador, abrí el editor de textos y empecé a escribir:

"Mi vida cambió hace dieciocho años, y dos días. Durante todo este tiempo he creído ser una persona normal, pero ha sido un engaño. Desde que falleció mi mujer, las circunstancias me han superado y me he convertido en una persona enferma. Estoy desquiciado y desde este momento sé que nada ni nadie cambiará mi estado. Nunca más volveré a ser amado por una mujer, la poca familia que me queda dejará de hablarme y yo caeré en una profunda depresión.

Mi nombre es Sergio Azorín y desde estas líneas confieso que asesiné a Mario Carrasco".

CAPÍTULO 36

Ocho meses después.

Le estaba dando las últimas caladas al cigarrillo mientras observaba el horizonte desde el balcón de mi casa. El sol empezaba a asomar detrás de las montañas entre las débiles nubes que el viento había diezmado tras la tormenta de la noche anterior. El ambiente era fresco y olía a tierra mojada. Llené mis pulmones de aire, a la vez que cerraba los ojos para que mi cuerpo se adueñase de la paz de ese nuevo día. Entonces sonó el teléfono.

—Dime —contesté.

Juan Carlos estaba excitadísimo y se atropellaba mientras me confirmaba la noticia que se rumoreaba desde la tarde anterior.

—¿En serio? ¿Está confirmado? —me apresuré a preguntar, todavía perplejo por la enormidad de los acontecimientos.

—Sí, sí, Juan Carlos... No te preocupes, estoy preparado y no tengo miedo. Luego nos despedimos y colgué.

Encendí otro cigarrillo mientras trataba de digerir la noticia y empecé a llorar en silencio. No podía parar de hacerlo. Todas las emociones, los miedos y los viejos fantasmas hicieron tambalear los cimientos de mi resistencia y las emociones se desbordaron mejillas abajo. Ese día era el principio del fin, o quizás el principio de una nueva vida. Fuese como fuese, ese ocho de octubre de 2019 era un punto de inflexión, aunque todavía no era consciente de la magnitud que llevaba consigo.

Como sabía que recordaría ese día durante el resto de mi vida, decidí dedicármelo a mí, disfrutarlo como si fuera el último. Así pues, me di una ducha de las largas, desayuné caliente en la mesa del balcón y luego me afeité con triple hoja. Me puse algo cómodo y bajé al centro de la ciudad dando un paseo, visité al peluquero y compré un buen traje, sin importarme en absoluto los cuatrocientos euros que pagué; me dejé asesorar en el color de la corbata y transigí en culminar mi elegancia con unos zapatos de color marrón. A mediodía comí marisco en uno de los mejores restaurantes de la ciudad y regresé a casa en un taxi, como un señor. Me permití una siesta larga, de esas que te dejan el cuerpo apelmazado, merendé dulce de leche, me vestí de gala y me perfumé —seguramente en exceso—.

Posé ante mi mismo para comprobar que era capaz de reconocermelo. El espejo de la puerta del armario me devolvía la imagen de un tipo elegante, de mirada altiva y la sonrisa del éxito por todo lo alto. Quién me hubiese dicho que ese triunfador era la misma persona que un año antes estaba tumbado en el suelo de casa, alcoholizado, empastillado y deprimido.

Llegué a la gala pocos minutos más tarde de las siete y media, me acredité y me reuní con Juan Carlos, quien me esperaba dentro desde hacía ya un buen rato. En cuanto me vio entrar se abalanzó sobre mí y me dio un abrazo.

—No se lo has dicho a nadie, ¿verdad? —fue lo primero que me dijo.

—Que no, pesado... ¿Adónde tenemos que ir?

La ceremonia se iba a realizar en una especie de sala auditorio transformada en comedor donde ya estaban buena parte de los invitados. Un fotógrafo iba capturando almas con una cámara que parecía más cara que mi propio traje y posé para él varias veces; también las televisiones me dedicaron su zoom, quizás porque a esa temprana hora yo era el personaje más mediático que había llegado. A diferencia de meses atrás, no me importaba que me persiguiesen de un lado a otro con ese frenesí intrínseco del periodista de actualidad. Ahora me traía sin cuidado esa persecución, es más, la disfrutaba y me hacía sentir como una gran diva.

Con el paso de los minutos la sala empezó a abarrotarse y el jolgorio se acomodaba en estridente resonancia en el interior del improvisado comedor. Y cuando pasaban muy pocos minutos de las ocho y media de la tarde, coincidiendo con la ingesta de mi decimosegundo canapé, el presentador tomó el micrófono y nos pidió que fuésemos tomando asiento en la ubicación asignada. Tras un aplauso cálido y espontáneo del público presente, el maestro de ceremonias empezó su discurso. Allí se me aceleró el corazón, incluso me mareé ligeramente producto del nerviosismo.

El presentador puso una pausa a su discurso y mostró en alto un sobre mediano. Lo abrió, leyó el contenido de este, lo cerró, sonrió y entonces lo anunció alto y claro.

—... y el ganador o ganadora de la sexagésimo octava edición del Premio Planeta es para...

Hizo una pausa indeciblemente larga.

— ...para Sergio Azorín, con la obra *El arrebató de las golondrinas*.

Cerré los ojos un instante y cogí aire antes de levantarme. Los aplausos atronaban feroces a mi alrededor mientras mis pulsaciones se desbordaban. Recuerdo que me cubrí la cara con ambas manos y me quedé de esa guisa unos

segundos, luego me acabé la copa de cava de un trago y me levanté con mi mejor sonrisa colgando de la cara para dirigirme al escenario.

Nunca sabré si ese premio lo ganó Sergio Azorín o lo hizo aquel escritor de segunda que vio como su carrera literaria se disparaba a raíz de unos acontecimientos que se desbordaron mediáticamente. Llegados a ese punto, me importaba un pito la razón. Había ganado. Y todo aquel dinero, o aquel que no se me quedase Hacienda, restituía una parte de todo aquello que la vida me estafó.

Allí arriba, en el escenario, rodeado de cámaras, de colegas y de todo tipo de gente del mundo de la cultura, mis pensamientos fueron para Clara; desafortunadamente ella había hecho posible todo aquello. Pensé en Lucas, a quién no le había dicho nada de la gala, ni tan siquiera sabía que me había presentado al certamen. También me acordé de Mario Carrasco y mi alegría ensombreció porque comprendí que ese premio estaba manchado de odio y sobre todo de sangre. Porque las oscuras golondrinas volverán siempre a mi balcón para recordarme quién soy en realidad y lo harán siempre con el mismo arrebató histérico que me condujo a cometer un crimen espantoso, pero aquellas que el vuelo refrenaban tu hermosura y mi dicha a contemplar, aquellas que aprendieron nuestros nombres... ésas... ¡no volverán!

FIN